

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

MEDIO SIGLO DE INDUSTRIA EDITORIAL Y LECTURA EN MEXICO: 1900-1950

TESIS

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE MAESTRO EN BIBLIOTECOLOGIA Y ESTUDIOS DE LA INFORMACION

PRESENTA
ROBERTO GONZALEZ MORENO



BIBLIOTECA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
ASESORA:
● RAJELSA MORA RAMIREZ LEYVA
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
EXAMEN PROFESIONAL

MEXICO, D. F. AGOSTO DE 2007



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

INTRODUCCIÓN	I	
CAPITULO I	ANTECEDENTES DE LA INDUSTRIA EDITORIAL 1867-1910	
1.1	Los lectores y sus lecturas	1
1.2	Impresores, librerías y editores	14
CAPITULO II	LA REVOLUCION Y LA DEMANDA SOCIAL DE EDUCACIÓN	
2.1	Lectores y protagonistas de la Revolución	24
2.2	Acciones culturales en la Revolución	31
2.3	Impresores y editores	33
CAPITULO III	MUCHO RUIDO Y POCOS LIBROS	
3.1	Vasconcelos y la alfabetización	43
3.2	La alfabetización, la lectura y los lectores	50
3.3	Los autores y sus editores	56
3.4	La política educativa de Calles	63
CAPITULO IV	FUNDACION DE MODERNAS CASAS EDITORIALES	
4.1	La alfabetización	69
4.2	De librero-impresores, a editores	79
4.3	Fundación de nuevas casas editoriales	86
CAPITULO V	EL DESARROLLO EDITORIAL Y LA EDUCACIÓN	
5.1	Política educativa (1940-1964)	104
5.2	La alfabetización y la lectura	109
5.3	Los intelectuales y la lectura	111
5.4	El desarrollo editorial	116
CONSIDERACIONES FINALES	138	
ANEXOS	143	
BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA	151	

INTRODUCCION

En las últimas décadas se han publicado trabajos sobre la historia de la cultura en México poniendo énfasis en el tema de la cultura impresa. Así, encontramos estudios sobre los impresos, la elaboración, edición y distribución de textos, su recepción por parte de los lectores, la lectura, el libro y su difusión, entre otros temas. Los periodos de los estudios abarcan las distintas épocas y periodos de la historia de México: la época colonial, el siglo XIX y el siglo XX.

Si bien la edición de libros en nuestro país se remonta al siglo XVI, es hasta el siglo XX cuando se da un desarrollo industrial en su producción, manifestándose en la fundación de casas editoriales, en la distribución del libro a sectores sociales hasta entonces prácticamente ajenos a él, y por tanto, en el incremento de la población que sabe leer. En este sentido, este trabajo se propone abordar, con una visión general, el desarrollo de la industria editorial y su estrecha relación con la formación y diversificación de los lectores durante la primera mitad del siglo XX en México. La investigación está integrada por dos ejes: el desarrollo de la industria editorial, y la promoción e impulso de la lectura en la población.

Dentro del periodo que abarca el presente trabajo (1900-1950) existen procesos sociales y culturales muy marcados: la revolución mexicana; el cardenismo, la emigración española de 1939 y el inicio de la industrialización del país. En cada uno de ellos, la lectura y el libro desempeñaron una función y un rol, asignado ya sea por los líderes intelectuales, los distintos gobiernos o las organizaciones sociales. Por tanto, en el presente trabajo se persigue poner de manifiesto las particularidades que presentó en cada uno de esos periodos, el tema de la cultura impresa, la elaboración de textos, la edición y distribución del libro, su oferta y demanda; así como la formación de los lectores, es decir, se estudia el proceso de desarrollo de la cultura impresa.

Para la mejor comprensión del presente trabajo, debemos entender el concepto de producción *industrial* en un sentido opuesto al de la producción *artesanal* y *manufacturera*, pues mientras en la fase de producción artesanal y manufacturera predomina el uso de la mano de obra, en la fase industrial se impone el uso de las máquinas sobre el trabajo humano, con el fin de elaborar una mayor cantidad de

productos –en este caso libros- lo que implica un mercado más amplio, ya que a mayor producción, mayor consumo, es decir, un incremento en el número de lectores en una época distinta.

Cuando en esta investigación se aborda el concepto de *públicos lectores* se refiere principalmente a los grupos identificados como: los estudiantes, en sus distintos niveles educativos, que requieren de libros de texto; los intelectuales, que elaboran los diversos textos de lectura, y algunos grupos sociales, como los trabajadores urbanos y agrícolas, ya que fueron –a grandes rasgos- los sectores a quienes se dirigió la producción editorial de la primera mitad del siglo XX. Aun cuando existen otros tipos de lectores no nos es posible detenemos en cada uno de ellos debido al carácter general de la investigación, que propone una visión de conjunto del periodo mencionado.

Con respecto a los editores es necesario plantear que se les distingue en tres tipos, de acuerdo a sus características de origen: 1) los editores privados, 2) el Estado y 3) las instituciones de educación universitaria. Por las características de este trabajo, se privilegia a las dos primeras, ya que jugaron un rol más activo en la oferta de libros y en la promoción de la lectura. De los primeros, únicamente se consideran a aquellos que representan una importancia y significación en el panorama editorial mexicano, descartando todos aquellos que tuvieron una vida efímera o que no tuvieron un papel relevante en la vida cultural del país. En ese mismo sentido de acotación, se analiza únicamente la edición de libros, dejando fuera otros formatos como las revistas, periódicos, partituras, boletines y folletos.

Una vez terminada la revolución (1910-1917) el nuevo Estado impulsó la educación básica en todo el país, conceptualizando al libro como la principal herramienta del aprendizaje. Para ello, se imprimen grandes tirajes de libros para distribuirlos entre la población, y con ello, el Estado hace su aparición en la primera mitad de la década de los años veinte como editor, atendiendo una de las demandas sociales de la Revolución Mexicana. Más aun, su actividad fue más allá de la edición ya que también se convirtió en un promotor de la lectura.

Si partimos de la idea de que los lectores no nacen, se forman, y se forman bajo condiciones individuales, familiares, de pertenencia a una comunidad y a un sector social, además de la oferta de textos y lecturas de que se disponga en la sociedad, debiendo ser el Estado (en el marco posrevolucionario) el principal impulsor de las campañas de alfabetización y lectura en la sociedad, entonces vamos a encontrar en las diversas etapas del periodo estudiado (1900-1950), como en unos gobiernos se pone mayor énfasis que en otros, en la promoción de la educación básica, la edición de libros y, por tanto, en las políticas de formación de lectores.

Objetivos de la investigación

Los objetivos que guiaron el desarrollo del trabajo se concretan de la siguiente manera:

- Identificar cuáles son los factores y las variables que hicieron posible el incremento de la producción bibliográfica, pasando de un nivel manufacturero, artesanal y familiar, hasta el establecimiento de industrias editoriales durante la primera mitad del siglo XX en México.
- Analizar cómo se fueron conformando y ampliando los diversos públicos lectores en el periodo que comprende el estudio (1900-1950), teniendo como marco el acontecer social, económico y cultural del país.
- Determinar el momento en que el Estado se inicia como editor y las subsecuentes políticas educativas gubernamentales, así como su influencia en la conformación de los públicos lectores.
- Analizar el impacto que el incremento de la cobertura y la matrícula educativa, tuvo en la producción y oferta de textos de lectura, así como en la diversificación e incremento de los tipos de lectores.

El estudio inicia con el régimen de Porfirio Díaz y la consolidación de la Escuela Nacional Preparatoria (ENP) después de su creación, en búsqueda de los antecedentes de un público lector escolarizado, principalmente de educación media, que al tiempo que significó un incremento en el número de lectores, dejó sentir su influencia en las primeras décadas del siglo XX, al constituir la generación del Ateneo de la Juventud como una de las expresiones más significativas.

Sin embargo, el porcentaje de lectores seguía siendo una minoría en relación al total de la población del país, de allí que muchos de esos *ilustrados mexicanos* consideraron de fundamental importancia la distribución y circulación de la palabra impresa, como una de las condiciones del progreso social, antes y después de la Revolución Mexicana (1910-1917). Así, en las décadas siguientes hubo una preocupación por parte de los sucesivos gobiernos para llevar la alfabetización y la educación a la población, de tal manera que al terminar la primera mitad del siglo XX, el panorama de la producción de libros, su circulación, la diversificación de los públicos lectores, la diversidad de temas y géneros literarios, así como conceptualizar al libro como el medio para la educación y el aprendizaje, brindaron las condiciones sociales para el desarrollo de la industria editorial. Considerando lo anterior se partió de las siguientes hipótesis:

- Hasta antes de 1921, a pesar de existir un alto grado de analfabetismo en México, había un grupo reducido de lectores que tenía un alto índice de lecturas, por lo tanto, fueron esos lectores quienes dieron vida y existencia a la actividad editorial.
- El impulso otorgado a la educación después de la Revolución Mexicana, llevó al Estado a participar en la producción y distribución de libros, así como en la creación de escuelas y bibliotecas, promoviendo así la formación de lectores.
- El desarrollo económico e industrial de México después de 1930, se acompañó de un crecimiento en la matrícula escolar en todos los niveles y la creación de nuevas instituciones de educación superior, conformándose un sector social que requirió de libros de texto.

- El desarrollo de un sistema escolarizado en todo el país, además de significar un avance en la democratización del acceso a la educación y la lectura, representó una base importante para el desarrollo de la industria editorial en México.

Metodología

Considerando que la línea temática que se estudia en este trabajo es la evolución de la industria editorial y su relación con la promoción de la lectura y el desarrollo de los lectores en la primera mitad del siglo XX, elementos que están unidos en su devenir, pero que sin embargo, al ser afectados por las circunstancias sociales, económicas y políticas, se procedió a retomar la periodización de los historiadores, con el fin de facilitar el estudio.

En lugar de hacer una cronología sobre la fundación de cada una de las casas editoras, señalando a sus fundadores, año de creación y el perfil temático de sus catálogos, se prefirió contextualizar el crecimiento de la industria editorial en cada etapa del periodo que abarca la investigación, con la finalidad de proporcionar una visión amplia de las circunstancias y coyunturas que influyeron en el desarrollo de la cultura impresa.

Por lo tanto, al ser también un trabajo de interpretación de acontecimientos históricos, tiene la característica de ser una historia descriptiva, ya que se pretende poner de manifiesto como de un nivel artesanal y manufacturero, el impresor y el librero pasaron a ser dos sujetos diferenciados en la industria editorial, con actividades especializadas.

Cabe mencionar que la información sobre las casas editoras del periodo estudiado, se encuentra dispersa en una infinidad de publicaciones que van desde suplementos periodísticos, revistas, boletines, ensayos y trabajos sin publicar, lo que hace laboriosa su búsqueda. Además de estas fuentes, se procedió a realizar una interpretación de los documentos bibliográficos y hemerográficos, en especial de aquellos que han abordado o se han acercado al tema desde otros ángulos de análisis.

Otra de las fuentes a las que se recurrió, fueron las memorias de personas que estuvieron involucradas directamente en los procesos educativos, en la fundación de editoriales o en la promoción de la lectura. Así, los testimonios de personajes como José Vasconcelos, Jaime Torres Bodet, Daniel Cosío Villegas, Jesús Silva Herzog y Emmanuel Carballo, entre otros más, nos brindan información sobre su relación con la

lectura, las librerías y casas editoriales de entonces, siendo de gran importancia para la elaboración de este trabajo.

Sin embargo, es oportuno señalar que al encontrar pocas investigaciones sobre la fundación de las casas editoras, en una posterior investigación sobre el tema, con un objeto de estudio más específico y delimitado en el tiempo, se hace necesario recurrir a fuentes primarias de información.

Estructura

El presente trabajo se expone en cinco capítulos. Cada uno comprende un periodo que fue delimitado de acuerdo a los procesos que vivió el país. Así, el primer capítulo tiene la finalidad de dar un panorama de cuáles eran los públicos lectores en el último tercio del siglo XIX, sus características generales y el estado en que se encontraba la elaboración de libros. Así también, se hace referencia a la importancia que tuvo la Escuela Nacional Preparatoria en el desarrollo y conformación de un tipo de lectores: los estudiantes de nivel medio superior.

En el segundo capítulo veremos como los estudiantes egresados de la Escuela Nacional Preparatoria, convertidos en los nuevos intelectuales, jugaron un rol y ejercieron una influencia sobre los caudillos militares de la Revolución Mexicana, cumpliendo un papel de asesores, consejeros o protagonistas de las políticas educativas que se implementaron en el periodo posrevolucionario, contribuyendo así, al desarrollo y formación de nuevos lectores.

El tercer capítulo abarca el periodo dominado por dos de los principales líderes de la revolución: Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles (1921-1928). Durante el mandato de Obregón, por primera vez en la historia del país, se llevó a cabo una política de Estado en la producción y distribución masiva de libros, lo que significó el inicio de una participación en una actividad que había permanecido hasta entonces en manos de particulares.

El Estado surgido de la Revolución Mexicana puso su atención en la educación básica, teniendo al libro como el principal instrumento de enseñanza y aprendizaje. La creación de escuelas y bibliotecas, además de democratizar la educación y la lectura, establecieron las bases para la formación de un público lector, escolar principalmente.

El cuarto capítulo está dedicado a analizar los años treinta, periodo en el que se fue consolidando la incipiente industria editorial, no sólo a partir de una política educativa gubernamental con características diferentes a las que se implementó en la primera parte de la década de los años veinte, sino también a partir de la fundación de varias casas editoriales.

En este periodo, el impulso en la formación de nuevos lectores tuvo su origen tanto en las políticas estatales, como en los programas impulsados por parte de las organizaciones sociales, que realizaron un papel importante acorde con la coyuntura nacional e internacional. Todo ello repercutió en el incremento y diversificación de los textos de lectura, así como en su proceso de producción. Por otro lado, la creación de nuevas instituciones de educación y el desarrollo de las ya existentes, también fueron factores que incentivaron la demanda de textos de estudio. Así, cada sector de la población estableció una relación peculiar con la lectura, de acuerdo a sus intereses, sus juicios y prejuicios individuales.

Finalmente, en el capítulo cinco, se analiza el periodo en el que se consolida la industria editorial mexicana. Al mismo tiempo que se iniciaba el proceso de industrialización como base del desarrollo económico del país y se transformaba el panorama de la industria editorial nacional. Además se plantea la cuestión sobre cómo se dio esa evolución y desarrollo de la actividad productiva y comercial del libro y de qué manera satisfacía los requerimientos de lectura de una población en constante crecimiento.

CAPITULO 1

ANTECEDENTES DE LA INDUSTRIA EDITORIAL 1867-1910

Como un par de vías en las que avanza un tren, en donde ambas están unidas por medio de durmientes y sufren la influencia de los cambios climáticos, así encontramos los dos ejes sobre los que se desarrolla nuestra historia. Un eje está constituido por los textos escritos, las imprentas, librerías y editoriales; el otro lo constituyen los diversos tipos de lectores, autores e intelectuales. Estos ejes, al igual que aquellas, sufrieron constantemente los cambios que tuvieron lugar en el país en el terreno de la política, la economía, la sociedad, las invasiones externas, etc.

Durante todo el siglo XIX, el número de personas que sabía leer y escribir era una minoría en proporción al total de la población. Esta realidad no fue desconocida para los que dirigían al país, pues por ejemplo, en la sesión de la Cámara de Diputados del 15 de noviembre de 1875, Juan A. Mateos expresó: “Tenemos señor, nueve millones de habitantes –y da dolor decirlo– ¡ocho millones que no saben leer!”¹ Es decir, aproximadamente el 90% de la población no sabía el alfabeto. En otras palabras, los rieles de nuestra historia eran de alcance limitado.

1.1 Los lectores y sus lecturas.

¿Pero quiénes eran esa minoría de lectores y cómo estaba conformada? ¿Quiénes imprimían los libros y demás textos de lectura?

Pues bien, dentro de esa minoría lectora mencionemos a la jerarquía de la Iglesia, que va desde los sacerdotes y monjas hasta los obispos y cardenales. Cabe mencionar que es una de las instituciones sociales que más se ha resistido a los cambios y transformaciones de la sociedad, y que por su estructura vertical de organización y jerarquía, sin duda le proporciona una fuerte cohesión en momentos de crisis. Así, tenemos que en la segunda mitad del siglo XIX, esta jerarquía era uno de los sectores de la población que sabía leer y escribir, ya que por diversos motivos gozaba de bibliotecas, tenía talleres de imprenta y publicaciones.

¹ *Diario de los Debates de la Cámara de Diputados*, citado por Fernández de Zamora, Rosa María. *La Biblioteca del H. Congreso de la Unión, 1821-1994*. México: Senado de la República, 2004. p. 43

Frente a la Reforma Liberal impulsada por Benito Juárez, la Iglesia buscó la manera de enfrentar ese liberalismo. Una de las primeras acciones fue la fundación de la Sociedad Católica a fines de 1868, con el fin de defender el espacio social del catolicismo. Esta organización dividió sus actividades en comisiones como: las de doctrina, la de colegios, la de culto y la comisión de publicaciones.

En el apéndice 2 que proporciona Manuel Ceballos en su artículo sobre las lecturas católicas entre 1867 y 1917, podemos contar 46 imprentas, tipografías y editoriales católicas existentes por el territorio del país. Tan sólo en el Distrito Federal existían 14 y en Guadalajara 12. Sin duda, a partir de estos centros de impresión se distribuyeron publicaciones a lugares carentes de imprenta².

De esta manera, la Iglesia fue uno de los entes que proporcionó una oferta de textos de lectura, por medio de la impresión y edición de libros, periódicos, revistas, hojas parroquiales, catecismos y folletos. Sin embargo, al mismo tiempo que promovía cierto tipo de textos, limitó otros, ya que desde su punto de vista lo único que provocaban era “prostituir el noble arte de la imprenta [...] hasta el extremo de que ha sido llamada con razón *la lepra de las sociedades modernas*.”³ Un ejemplo de cómo se limitaban las lecturas de los fieles católicos, queda de manifiesto en la siguiente cita:

“Yo, el infrascrito, en acatamiento a los preceptos de la iglesia y advertencias de sus legítimos pastores, para guarda y defensa de la Fe y preservación de las buenas costumbres prometo sinceramente, al Sagrado Corazón, no leer o favorecer en lo sucesivo ninguna publicación o periódico de cualquier manera contrario u hostil a las enseñanzas y decoro de la iglesia, o a la moral y buenas costumbres, ni permitir su lectura a ninguna persona que de mí dependa o en quien ejerza yo autoridad. Consiento asimismo en que esta mi promesa sea ofrecida al Sagrado Corazón en reparación de las ofensas que se le hacen y para obtener de El su divino auxilio y las gracias que más necesito.”⁴

² Ceballos Ramírez, Manuel. “Las lecturas católicas: cincuenta años de literatura paralela, 1867-1917” En: *Historia de la lectura en México*. México: El Colegio de México, 1999. pp. 153-204

³ op. cit. p. 160

⁴ op. cit. p. 184

El número de fieles católicos que sabía leer y escribir era una minoría, pues una persona perteneciente a la plebe no era capaz de hacer un escrito como el de la cita. Es claro que la Iglesia manejaba dos tipos de textos de lectura: la que estaba en manos de la jerarquía, y la que se dirigía a la población.

Otra comunidad de lectores la encontramos en el Ejército. No en el soldado raso, sino en los mandos medios y altos, pues por su verticalidad, organización, y el poder que dan las armas, es la otra institución con mayor unidad después de la iglesia. Ambas instituciones contaron, antes que la sociedad, con sus respectivos centros educativos para preparar a sus futuros cuadros, ya sea el Seminario o El Colegio Militar, respectivamente. José Juan Tablada, que había estudiado en El Colegio Militar, nos dice:

“En el Colegio Militar aprendí también a estudiar, que es lo que los verdaderos estudiantes, que lo siguen siendo toda su vida, aprenden en los colegios [...] Los deberes del estudiante en preparatoria, comparadas con los del plantel militar me hacían, por lo fáciles, sentirme en perpetuas vacaciones.”⁵

Otro grupo de lectores lo encontramos en los intelectuales y escritores, quienes en cuanto se restauró La República liberal, retomaron la pluma y regresaron a sus actividades, ya que muchos de ellos habían participado con las armas en la defensa del país. Así, aprovechando de inmediato las nuevas condiciones que brindaba la paz, empezaron a producir obras literarias y a editar publicaciones. Individuos brillantes como Ignacio Ramírez, El Nigromante, Francisco Zarco, Guillermo Prieto, Vicente Riva Palacio, Manuel Altamirano, entre otros más. Todos ellos, sin duda, formaban parte de esa minoría alfabetizada.

La estabilidad política y el desarrollo económico bajo la dictadura porfirista generó en la sociedad un sector social aristocrático y otro intelectual, que cultivaron la literatura, la música y otras artes. Si bien eran una minoría, fue suficiente para que floreciera un ambiente literario, que se manifestó en la fundación de varias revistas, en la importación de libros y en la celebración de veladas literarias, reuniones en cafés, cantinas, y muchas veces dentro de las mismas librerías, promovidas por los dueños. En otras ocasiones, las reuniones literarias se realizaban en casa de algún escritor.

⁵ Tablada, Juan José. *La feria de la vida*. México: CNCA, 1991. p. 103

En esos lugares se llevaba a cabo la lectura en voz alta o se comentaban y discutían las lecturas hechas en el ámbito privado, ocurriendo un fenómeno que podemos llamar de “entrecruzamiento,” que consiste en que mientras en la esfera privada se daba la apropiación de las ideas o del contenido de un texto, el entrecruzamiento se llevaba a cabo cuando el individuo se reunía con sus pares e intercambiaban sus puntos de vista sobre las lecturas acabadas de realizar. Comentándolas o discutiéndolas, se pasaba de la esfera privada a la esfera colectiva, complementando y modificando la lectura realizada en el ámbito individual. Al hablar de este tipo de intelectuales me refiero específicamente a los que escribieron durante el porfiriato y que tuvieron un estilo de vida bohemio.

Por ejemplo, *El Renacimiento, periódico literario*, fundado por Manuel Altamirano en 1869, representa uno de los primeros esfuerzos por contar con una publicación que diera a conocer las obras escritas por los intelectuales de la época. Apareció el 2 de enero de ese año y Altamirano fue su editor director, junto con Gonzalo Esteva. Se imprimió en la ya famosa imprenta de Francisco Díaz de León y de Santiago White.

Al periódico literario *El Renacimiento* le siguieron otras publicaciones entre las que destacan: *Revista Azul*, (1894-1896) fundada por Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo; la *Revista Moderna*, (1898-1911) publicación literaria que al tener una vida más larga, sirvió para que concurrieran en ella todos aquellos que admiraron y siguieron la corriente literaria predominante en Hispanoamérica, es decir, el Modernismo. Otro famoso suplemento literario, pero de mediados del siglo XX, haciendo una breve historia de la literatura mexicana, expresó:

“No es posible comprender debidamente el desarrollo de las letras modernas sin recurrir a las publicaciones periódicas que muestran la habilidad de los escritores primerizos o que acercan, de acuerdo con criterios afines, a quienes hacen de su profesión un oficio constante. Anticipos de obras próximas a salir, poemas luego reunidos, recensiones que afirman la pluma, polémicas capaces de producir vagas luces, [...] eso y más contienen las revistas literarias aparecidas en México, con breves interrupciones, y donde la literatura ha ido renovando su continuidad y ofreciendo la imagen inmediata de lo que se escribe en el país. A través de sus columnas resulta conveniente perseguir la tradición de las ideas que, en muchos casos, habrán de convertirse en libros.”⁶

⁶ “Las revistas literarias de México” en: *La Cultura en México: Suplemento de Siempre!* Núm. 94, diciembre de 1963. p. XIX

Por otra parte, tenemos que en el último tercio del siglo XIX se conformó un tipo de lectores integrado por los estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria, bajo la influencia de varias personalidades que impulsaron la educación media superior como: Gabino Barreda, Antonio Balderas, Francisco Bulnes, José María Bustamante, Manuel Contreras, Isidro Chavero, José María Marroquí, Leopoldo Río de la Loza, Justo Sierra y Ezequiel A. Chávez, fungiendo todos ellos como maestros de los alumnos que reunió la preparatoria en San Ildefonso. Recordemos que en 1867, se sentaron las bases para un sistema educativo por medio de la Ley Orgánica de Instrucción Pública y la fundación de la Escuela Nacional Preparatoria. Con el paso del tiempo, de este proyecto educativo salieron de la Escuela Nacional Preparatoria personalidades que destacaron en la política, las letras y la economía, forjadores culturales de fines del siglo XIX y principios del siguiente.⁷

En relación a la mujer como un tipo de lector, a pesar de existir escuelas para varones y para mujeres, el acceso a los diversos tipos de lectura no fue el mismo. A las mujeres se les proporcionaba una formación más inclinada a los cantos, rezos y prácticas religiosas, descartando cualquier contenido que fuera contra “la moral y la decencia”. Además de enseñar el alfabeto, la escritura y la construcción de oraciones simples, en los primeros ciclos escolares se daban nociones de materias como geografía, física y matemáticas. Después de haber cursado las clases anteriores, los alumnos llegaban a la 7ª clase para ejercitar la lectura, que consistía de: “Lectura corrida y declamada, en textos adecuados para los niños, que insensiblemente les inculquen máximas de moral, principios de buena educación y les hagan adquirir de la propia manera, conocimientos elementales de geografía, historia, etcétera.”⁸

Más que lectura de recreación, era una lectura de aprendizaje, donde es posible pensar que se trataba de un tipo de lectura intensiva, repetitiva, hasta el grado de que se memorizaba por parte de los alumnos, semejante al aprendizaje que realizaban las catequistas con los rezos, las oraciones y los textos religiosos.

⁷ Véase a Garzón Lozano, Luis Eduardo. *La historia y la piedra: El Antiguo Colegio de San Ildefonso*. México: Miguel Ángel Porrúa, 1998. pp. 89-116

⁸ “La educación de mujeres en Morelia durante el Porfiriato” En: Arredondo, María Adelina. (coord.) *Obedecer, servir y resistir. La educación de las mujeres en la historia de México*. México: Miguel Ángel Porrúa, 2003. p.183

Cuando llegaban a la mayoría de edad, las mujeres que podían asistir a una escuela se les enseñaba canto, música, sin faltar las clases de bordado, costura, cocina, pasando por lecciones de “buenos modales” como el recibimiento de visitas, la atención al marido, a los hijos, “el llevar los asuntos de la casa” como el manejo de los recursos y la limpieza de la misma. A pesar de las discusiones sobre la “bondad” de la educación de las mujeres, lo cierto es que la tradición conservadora se imponía:

“La mujer, señores, tiene los mismos destinos que el hombre, y como ser inteligente está revestida de los mismos derechos. Ella ha nacido para conservarse, reproducirse y perfeccionarse y la personalidad, la libertad, la igualdad, la propiedad y la sociabilidad, son medios que se corresponden para llegar a su fin moral”⁹

En lo que a educación básica se refiere, el encono que entre la Iglesia y el Estado mantuvieron después de las Leyes de Reforma sobre la orientación y dirección de la educación, bien pronto pasó a ser historia, pues Porfirio Díaz no pretendió tener al clero como enemigo, sino más bien como aliado. Decidió, por tanto, seguir una política de tolerancia, condescendencia y complicidad con la Iglesia. Gracias a esta postura, esa institución se reorganizó obteniendo los espacios suficientes para intervenir en la educación y realizar actividades que contrarrestaran la creciente laicidad de la sociedad.

Pero no sólo la Iglesia tenía escuelas de educación básica durante el Porfiriato. En estos años, el sector aristocrático y conservador prefería enviar a sus hijos a escuelas privadas, con la finalidad de no mezclarse con la “chusma”. Una de las escuelas particulares que creció rápidamente fue la de los hermanos Lasallistas. Esta orden de origen francés, llegó a México en 1905, y en pocos años “...ya contaban en el país, en 1911, con 13 escuelas gratuitas y 3240 alumnos y se habían comprometido a atender una escuela primaria elemental y superior, una escuela normal y otra de instrucción secundaria a escuela preparatoria con ayuda de la Iglesia.”¹⁰

Durante el Porfiriato, este tipo de escuelas proliferaron por las ciudades más importantes del país como Monterrey, Guadalajara, Puebla, la Ciudad de México, entre otras. Lo

⁹ *Ibidem* p. 187

¹⁰ Torres Septién, Valentina. *La educación privada en México (1903-1976)*. México: El Colegio de México, 1997. p.57

anterior tiene importancia para el presente trabajo, porque si bien era una minoría la que asistía a este tipo de escuelas, significó la formación de un grupo de lectores que necesitó de libros en los cuales formarse, aunque fueran libros de texto.

Sin embargo, no se crea que esta demanda de textos escolares creaba las condiciones para el desarrollo de un mercado editorial, pues muy pronto los directivos de estas escuelas privadas se dieron a la tarea de imprimir los libros que requerían. Tan sólo por mencionar dos ejemplos, la escuela de los Lasallistas y la de los Maristas, editaron medio millón de textos escolares en 15 años. Además:

“Aunados a la labor editorial y en estrecha relación con ella, se distinguieron algunos comercios dedicados a la venta de libros católicos...Entre otras podemos mencionar a la Librería Religiosa de Herrero Hermanos fundada en 1890; a la casa de J. Ballezá y Compañía, y a la Librería de Vila y Escobedo. Las dos primeras en la capital y esta última en Guadalajara.”¹¹

En fin, que la vida cultural, literaria, de lectura individual o en grupo, era desarrollada por una minoría intelectual y parte de la aristocracia, consumidora de libros extranjeros y nacionales lo mismo que de revistas y periódicos literarios. Para un acercamiento a la vida social e intelectual de algunos de estos lectores en este periodo, (1890-1911) donde se detallan las reuniones frecuentes en cantinas del centro de la ciudad de México, las de fin de semana en casa de Jesús Valenzuela, donde existía suficiente vino, música y alimentos, además de leer e intercambiar opiniones sobre las lecturas, véase el libro de Rubén M. Campos.¹²

Rubén M. Campos, testigo directo de esos años, expresó en sus memorias que existía una fuerte tendencia a comprar libros españoles y a menospreciar la edición de autores mexicanos desconocidos, al tiempo que los pocos que se editaban, eran de mala calidad. Los pocos que lograban publicar, tenían que conformarse con recibir una cantidad mínima de ejemplares, a cambio de la cesión total de su obra al editor.

¹¹ Ceballos Ramírez, M. *op. cit.*, p. 176

¹² Campos, Rubén M. *EL bar: La vida literaria de México en 1900*. México: UNAM, 1996.

“Los dos vehículos de publicidad, el periódico y el libro, estaban por tanto, cerrados al escritor novel que hasta entonces no se había conquistado un nombre, y tenía que concretarse a la pequeña publicidad de la velada literaria, de la fiesta de aniversario, del concurso poético, en que le era preciso triunfar para obtener el honor de la publicidad merced al reclamo del premio obtenido.”¹³

Es importante señalar que mientras se daba un incremento en el número de las publicaciones periódicas y en el tiraje de algunos periódicos, debido a la introducción de nuevas técnicas de producción y con ello el abaratamiento de sus costos, no ocurrió lo mismo en el proceso de impresión y edición de libros, ya que las actividades de impresión estaban separadas del taller de encuadernación y eran realizadas con predominio de la mano de obra sobre las máquinas. (imágenes 1 y 2). Por otro lado, era propiamente el *librero-editor* quien ejercía las actividades de vendedor y editor de libros, libros que salían con el sello de su librería como casa editora.

Cuando un *librero-editor* entregaba un manuscrito al impresor, éste trabajaba con cajistas, compositores, prensistas, etc., haciendo un trabajo casi artesanal, pues los impresores no contaron con los privilegios y el favor del gobierno que pudiera permitirles adquirir maquinaria nueva de impresión, razón por la cual no pudieron abaratar sus costos de producción. Podemos prácticamente hablar de la existencia de pequeños impresores, a nivel de negocios individuales o familiares, pero no de asociaciones o de grupo, situación que limitó aun más su relación con el gobierno.

Existía –es cierto– un grupo que leía libros extranjeros y que estaba constituido por los estudiantes de preparatoria, así como los de las escuelas de Jurisprudencia, Medicina, Filosofía, sin embargo, ellos lo hacían más por necesidad que por gusto, ya que carecían de libros de texto en español. Como se sabe, los libros de texto de la Preparatoria, así como los utilizados en las escuelas de jurisprudencia, medicina, ingeniería, etc., eran extranjeros, principalmente franceses. Así, tenemos que: “Los libros de texto de las carreras científicas eran casi en su totalidad extranjeros, aun finalizando el porfiriato. En 1907, por ejemplo, de 26 libros que llevaban los ingenieros en sus diferentes especialidades, sólo tres eran escritos por mexicanos”¹⁴

¹³ *Ibidem*. p. 105

¹⁴ Milada Bazan. “Lecturas del Porfiriato” en: *Historia de la lectura en México*. México. Op. cit. p.237

que las únicas profesiones que se impartían en algunas escuelas de altos estudios, eran la jurisprudencia, la ingeniería, medicina, agricultura, entre otras, y con grandes deficiencias en la formación, pues “Los programas de estudio de las carreras científicas eran demasiado enciclopédicos, al grado que se afirmaba que preparaban a un sabio, pero no a un profesionalista”¹⁵

También existió un tipo de lector que se diluía en la sociedad. A diferencia de los ya mencionados, que podemos identificar fácilmente en un grupo social o cultural, a éste se le ubicó aisladamente. Sus relaciones como lector no se da con otros lectores, sino más bien con aquellos que no saben leer. Aquí la lectura en voz alta no se realiza para los que saben leer, sino para los analfabetos. Es el obrero, artesano, ferrocarrilero, minero, vecino, que prestaban su voz poniéndola al servicio de los escuchas, para leer el periódico, la hoja suelta, el folleto o el volante.

La lectura de textos, a diferencia de las zonas rurales, fue más propicia en lugares donde las laborales se desarrollaban colectivamente, por ejemplo: las minas, los talleres textiles, las fabricas y los ferrocarriles. Esa colectividad, brindaba las condiciones para que se realizara la lectura en voz alta por parte de quienes sí sabían leer, además de la interpretación de las hojas volantes por parte de los analfabetas, a partir de los dibujos, caricaturas y grabados que acompañaban los textos. Este fenómeno incrementó el número de publicaciones obreras.

Tan sólo entre 1900 y 1910, se fundaron en varias regiones del país una cantidad considerable de periódicos de oposición, impresos ya fuera en el país o en el vecino del norte. Su precio por ejemplar no sólo los hizo accesibles a un mayor número de lectores, sino que el contenido de sus textos conquistó nuevos lectores. No cabe duda que el desarrollo de este periodismo contribuyó para desatar el movimiento de la Revolución en 1910. Sus lectores, sin duda, se incrementaron en los últimos años de la dictadura, ya que en los movimientos huelguísticos de Cananea y Río Blanco (1906), mucho influyó el periódico *Regeneración*.

¹⁵ Ibidem pp. 236-237

Otras publicaciones de oposición con bastantes lectores en los centros urbanos, fueron: *El Diario del Hogar*, *El Monitor Republicano*, *El Hijo del Ahuizote*, *La Metralla*, *La Oposición*, *El Demócrata*, *Regeneración*, *El Porvenir*, *Renacimiento*, *El Demófilo*, y tantos más que sería largo mencionar. Todos ellos fueron reprimidos, clausurados, encarcelados sus editores y redactores. Muchas de sus imprentas fueron incautadas y quedaron en manos del gobierno.¹⁶

Esa toma de conciencia, junto con las aspiraciones y el ambiente represivo de la dictadura, llevó a muchos intelectuales a buscar una integración con otros descontentos, ya fuera por medio de filiaciones grupales, círculos de estudio, corrientes, logias, clubes, sin olvidar la publicación de una revista o un periódico, que sirvieron además como entes de unión. Allí expusieron sus reflexiones, sus ideas, sus críticas y demandas, buscando reflejar el sentir de sus lectores y público al que se dirigían.

Por ejemplo, sin ser los únicos, pero sí los más sobresalientes, José Guadalupe Posada y Antonio Vanegas Arrollo, trabajaron juntos para editar y distribuir una serie de publicaciones de fácil acceso a la población y sarcásticamente divertirlo por medio de sus imágenes. Junto con Manuel Manilla, otro grabador que trabajó en el taller de Vanegas, pero que casi no se menciona, proporcionaron textos de lectura al pueblo, utilizando el dibujo, el grabado y la caricatura, como una posibilidad amplia de circular el mensaje.

“...publicaron oraciones, vidas de santos, relatos de crímenes, leyendas, crónicas políticas, corridos y canciones populares, en papel de colores con precio de uno a dos centavos. En un país que no sabía leer, sus hojas sueltas se vendían en las esquinas, mercados, ferias, etc. y donde las ilustraciones tenían la función de sustituir el texto, dando al pueblo una idea de la noticia reseñada.”¹⁷

James Cockcroft nos dice que la batalla contra la dictadura de Díaz no sólo fue producto de las luchas obreras y campesinas, sino que también hubo una gestación y un desarrollo en el ámbito intelectual. Muchos de los intelectuales participaron de una u otra manera en la Revolución. Por ejemplo, el profesor Otilio Montañón ayudó a Zapata en la elaboración del Plan de Ayala; Luis Cabrera, abogado y maestro, fue el principal consejero de Venustiano

¹⁶ Ruiz Castañeda, María del Carmen. *El periodismo en México. 450 años de historia*. 2ª ed. México: UNAM, ENEP Acatlán, 1980. pp. 229-262

¹⁷ “José Guadalupe Posada” en: *La Cultura en México*. Suplemento de Siempre! Núm. 55, 6 de marzo de 1963. p. XIII

Carranza, y Martín Luis Guzmán, que fue secretario de Pancho Villa. Un caso particular lo encontramos en Camilo Arriaga, quien fue propietario de minas, ingeniero y diputado local y federal. Cuando en 1875 ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria, empezó a familiarizarse con lecturas sobre anarquismo y socialismo:

“A pesar de la sesuda atmósfera de los positivistas conversos, Camilo empezó a leer las obras de Proudhon, Marx, Engels, Bakunin y otros socialistas y anarquistas europeos. Más tarde, antes de su declaración liberal de rebelión, en 1900, Arriaga fue a Europa en donde adquirió su posteriormente famosa biblioteca de libros y folletos radicales europeos.”¹⁸

Esa biblioteca de Camilo Arriaga fue el punto de reunión de Juan Saravia, Antonio Díaz Soto y Gama, Benjamín Millán y otros más, que abrazaron las ideas del liberalismo político. Con frecuencia se reunían para leer y comentar algunas obras que ponía a disposición de ellos muchos. Por ejemplo, Antonio Díaz Soto y Gama, recibió allí la influencia de las ideas liberales del siglo XIX y también de las ideas socialistas y anarquistas.

“Durante la última década del porfiriato, estas obras podían adquirirse en San Luis Potosí y otras ciudades de México a un precio de, aproximadamente, veinticinco centavos la copia, gracias al esfuerzo editorial y de distribución de la casa española Editorial Maucci. Al final del siglo XIX, Maucci, rico idealista con tendencias anarquistas, instaló una imprenta en México. Díaz Soto y Gama no conoció a Maucci sino en 1910 e hicieron estrecha amistad.”¹⁹

Juan Saravia, a pesar de no ser un intelectual escolástico, ya que muy pronto abandonó el Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí, aprendió lo básico de la impresión durante unos meses en una escuela nocturna. Trabajó lo mismo en una librería que en una imprenta. Años más tarde, aprovecharía sus conocimientos de la imprenta, tanto en el periodismo político como en los manifiestos. En 1899, recibió ayuda económica de Camilo Arriaga y empezó a publicar *El Demócrata*, publicación antiporfirista. Una vez cerrado este periódico, empezó a publicar *El Porvenir* y el periódico *Renacimiento*, del Club Liberal “Ponciano Arriaga”. Así, “La distribución de periódicos mexicanos aumentó rápidamente

¹⁸ Cockcroft, James. *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana, 1900-1913*. 14ª ed. México:

Siglo XXI, 1991. p. 64 y ss

¹⁹ op. cit. p. 70

durante el porfiriato, de un periódico por cada 53,858 [habitantes] en 1884, a uno por cada 9,337 habitantes en 1907.²⁰

Indudablemente, el estado que guardó la actividad librera, editorial y escolar, lo mismo que el estado de la actividad lectora, tuvo mucho que ver con la situación económica familiar, lo mismo que con las condiciones sociales que predominaron en términos generales. El censo de 1910, reportaba que el 96.6% de las familiar rurales no tenían tierras y que el 80% de la población dependía de salarios agrícolas. No hay que dejar de considerar que estos salarios eran excesivamente bajos, donde los había, ya que la forma de pago más común eran los préstamos a cuenta, lo cual aumentaba la deuda familiar, que al morir el padre, era heredada a los hijos. Por tanto, las posibilidades de una familia rural de mandar a sus hijos a la escuela eran nulas. (imagen 3)

Imagen 3. Efectivamente, "las familias ya no son como antes". En 1910 la población mexicana era prácticamente rural, sin posibilidades de tener acceso a la educación ni a la lectura y el 80 % de la población dependía de salarios agrícolas.



Fuente: Consejo Nacional de Fomento Educativo. *Así fue la revolución Mexicana*. Vol. 13 México: CONAFE, 1985.

²⁰ op. cit. p. 77

Hasta aquí, podemos estar de acuerdo cuando se afirma que: “Las obras de lectura nos brindan en buena medida las aspiraciones e inquietudes culturales de un pueblo. Es sintomático no sólo el contenido, sino el número de ejemplares que se imprimen de un determinado periódico, revista o libro.”²¹

Como hemos visto, existieron aspiraciones e inquietudes muy diferenciadas en los sectores que constituían la sociedad mexicana, que se reflejaron en sus lecturas. Por ejemplo, la clase aristocrática y los intelectuales científicos, al identificarse con los parámetros de la cultura francesa, importaban libros de este país, entre otros objetos; por otro lado, la clase obrera, al identificarse con las ideas anarquistas y socialistas, leía los textos que distribuían los líderes de esa época. Así, cada grupo social o cultural estableció una relación particular con la lectura y los textos, a partir de su interés político, literario, social o económico.

1.2 Impresores, librerías y editores.

A fines del siglo XIX y primeros lustros del siglo XX, además de las imprentas de la Iglesia y las que estuvieron al servicio de escuelas privadas como la de los Lasallistas y los Maristas, existieron en el país una cantidad de impresores que dieron vida a la actividad editorial. Muchas de estas empresas eran pequeños negocios de tipo artesanal, individuales o familiares, de distinta calidad en sus impresiones.

La historiadora Clara E. Lida, al referirse al término *artesano*, nos dice que se le asocia a formas de trabajo previas a la revolución industrial, donde las relaciones laborales se caracterizan por la existencia de una jerarquía laboral en donde hay aprendices, oficiales y maestros, siendo la destreza manual y el conocimiento especializados de una importancia fundamental dentro de esa jerarquía. Los maestros eran, por lo general, los dueños de los talleres artesanales, de las herramientas de trabajo y la materia prima. Por su relación directa con el proceso de trabajo y el resto del personal, ejercían un control directo sobre la calidad de los productos.²²

²¹ Bazant, Mflada. “Lecturas del Porfiriato”, op. cit. p. 205.

²² Lida, Clara E. “De artesanos a proletarios” En: *Crónicas de la Ciudad de México. A pie*. México, año 2, núm. 6, julio-septiembre de 2004. pp.56-61

Por ejemplo, el trabajo del tipógrafo no sólo era técnico-mecánico que consistía en formar con letras sueltas, palabras, líneas, párrafos y páginas, sino que algunas veces se permitía realizar pequeñas modificaciones al texto, previa entrevista o no con el autor, con el fin de aclarar, profundizar, modificar o eliminar ideas, conceptos, expresiones, es decir, en algunos casos la labor del tipógrafo tenía también características intelectuales. “El nombre de tipografía deriva de que los textos de la imprenta se obtenían con base en la reunión de una multitud de piezas llamadas tipos, o letras de imprenta y, por extensión, a los que trabajan en esta actividad se les conoce como tipógrafos.”²³ Junto con el tipógrafo o cajista, existían otros oficios dentro del taller como el prensista, el litógrafo, los grabadores o dibujantes, el corrector, por mencionar algunos.

En el último tercio del siglo XIX, la impresión mecánica apenas empezaba a sustituir la impresión por medio de prensas de brazo, donde el trabajador prensista utilizaba básicamente su fuerza sobre las hojas de papel para dejar impreso el trabajo compuesto por el tipógrafo o cajista, dando lugar así a la división del trabajo al interior del taller. El primero estaba más desligado de la actividad intelectual y más cercano a una labor estrictamente mecánica; en cambio, la actividad del tipógrafo lo obligaba a trabajar letra por letra, palabra por palabra, línea por línea, idea tras idea, proporcionándole la posibilidad de formarse como futuro corrector, maestro o redactor. Hasta este momento, la tipografía consistió en juntar o componer los tipos para imprimir un texto. Más tarde, a mediados de la última década del siglo XIX, con la introducción del linotipo, se moderniza el proceso de composición en el que en una impresora, constituida por una superficie plana con relieves se realiza la impresión de los textos.

Por ejemplo, Rafael Reyes Spíndola, que había estado en Estados Unidos y había observado las imprentas más modernas de la época, compró un equipo de fotograbado para ilustrar periódicos y libros, e importó un par de rotativas que utilizaban los linotipos Mergenthaler “y la primera rotativa de gran producción que se usó en México”²⁴.

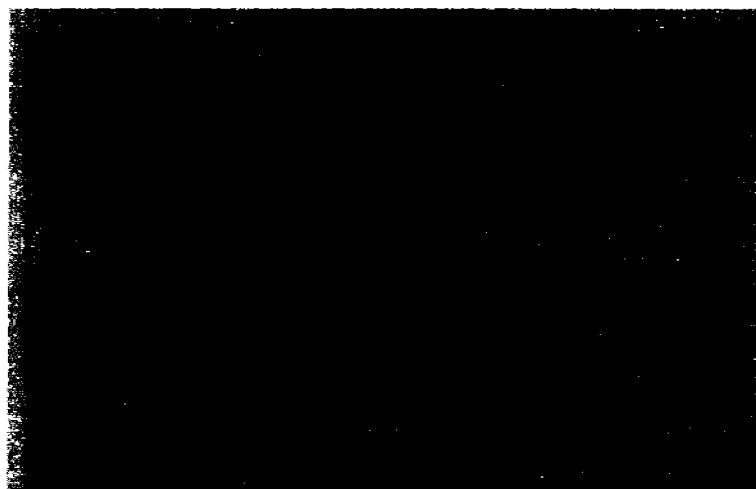
²³ González, Everardo G. Carlos. “Los tipógrafos y las artes gráficas: Procesos de trabajo y espacio laboral en las imprentas mexicanas del siglo XIX” En: Suárez de la Torre, Laura B. *Empresa y Cultura en tinta y papel (1800-1860)*. México: UNAM, Instituto Mora, 2001. p 27

²⁴ Bazant, Mláda. op. cit. p. 219

En este periodo (1875-1910) aun no se distinguen las actividades propias de un editor. Sabemos de la existencia del autor, del impresor, del lector y del librero, sin embargo, es importante mencionar que la figura del editor se diluía entre el librero, el impresor y el autor, toda vez que el oficio de editor, como se le conceptúa hoy en día, no estaba bien diferenciado en estos años. Las actividades de impresión y edición de libros, estuvieron muchas veces vinculadas con las actividades propias de las librerías. Así, un librero, además de dedicarse a la venta de libros o a la compra de bibliotecas familiares, muchas veces también se dedicó a la edición de libros. Esta característica, que no era propia de unos cuantos, nos permite hablar de la existencia de *librero-editores*.

Un librero-editor, al seleccionar la obra que decidía publicar, la llevaba al impresor y éste realizaba su trabajo por un pago en efectivo. Sin embargo, en la relación que existió entre el librero-editor y el autor del texto, muchas veces no mediaba un pago en efectivo, sino en especie. El autor intelectual del texto recibía una cantidad mínima de ejemplares como pago por su obra. Así, un librero no únicamente vendía libros nacionales y extranjeros, sino los publicados bajo el sello de su casa editora, en este caso su librería. Editaban incluso boletines, folletos y catálogos bibliográficos. (imagen 4)

Imagen 4



Fuente: *Almanaque Bouret* para el año 1897. Ed. Facsimilar. México: Instituto Mora, 1992. En la imagen se pueden leer los oficios desempeñados: librero, editor, encuadernador, impresor y vendedor de muebles escolares y de oficina.

También es común encontrar librerías que, además, se dedicaron a ser centro de reunión de intelectuales, lugar de tertulias, cafés, centro de conferencias, lugar de exposiciones y presentación de algunas novedades editoriales. Por tanto, las librerías desempeñaron un papel importante como impulsoras del desarrollo cultural del país, ya que su función fue más allá de la venta de libros, desde el momento en que funcionaban como centros de difusión cultural.

Milada Bazant nos dice que en los años ochentas del siglo XIX, había aproximadamente 16 librerías en la ciudad de México y que al final del Porfiriato, esa cantidad casi se duplica. Algunas de esas librerías son famosas por las personas que estuvieron al frente de ellas como Aguilar e hijos, Eduardo Murguía, la viuda de Charles Bouret, y los Herrero Hermanos, por mencionar sólo algunos ejemplos

Pero la oferta de libros y otros textos de lectura no se limitó a los recintos de las librerías, ya que también lo vendían personas conocidas como *merceros* o *baratillos*, es decir, aquellos que andaban en sus burros ofreciendo y comprando todo tipo de artículos, y que entre sus objetos de compra-venta ofrecían algunos libros. Otro lugar lo constituían las agencias de suscripciones, que además de ser puntos de venta de periódicos y revistas, se realizaba el pago de anuncios.

Muchas veces estos anuncios promovían un título por editarse, con el fin de reunir a los interesados en dicha obra por medio de la suscripción. Con el monto recabado se iniciaban los trabajos de impresión, ya que los costos, principalmente del papel, obligaba a imprimir el número de ejemplares de acuerdo al número de suscriptores. Cuando se editaba una obra en varios volúmenes, se pedía el adelanto del primero y una vez publicado y entregado, se solicitaba la suscripción para el segundo volumen, y así sucesivamente hasta terminar la obra. Si el número de suscriptores no reunía los gastos requeridos para una edición mínima de ejemplares, ésta se suspendía regresando el importe abonado.

De lo anterior, podemos deducir que existía un reducido número de lectores interesados en una obra, y por otro lado, las dificultades a las que se enfrentaba un autor se hacían más grandes si no contaba con un mecenas para dar a conocer su obra, ya que era mejor publicar

en edición limitada y obtener algo de dinero, a no obtener más que ejemplares por parte del librero-editor y tener finalmente que regalarlos a los amigos, sin la obtención de una remuneración con que vivir.

Por el lado gubernamental, fue sólo hasta el establecimiento de un gobierno fuerte, con estabilidad política y un poco de solvencia económica, que se dieron las condiciones para que éste pudiera contar con imprentas, es decir, en el último tercio del siglo XIX, durante la dictadura de Porfirio Díaz. Antes, la inestabilidad política y la carencia de recursos económicos, dificultaban que el Estado pudiera contar con alguna imprenta, incluso, con la integración de una biblioteca en forma, para el desempeño de las actividades del Congreso de la Unión.²⁵ Algunas de las imprentas de los periodistas opositores al régimen fueron confiscadas por el gobierno, y pasaron a formar parte de las imprentas oficiales. Sin embargo, antes de que esto ocurriera, el Estado ya contaba con una que otra imprenta, en sus dependencias:

“Entre las impresoras oficiales, desde 1890 hasta 1910, tenemos la de la Secretaría de Fomento; la Imprenta del Timbre, de la propia Secretaría de Hacienda, de donde salió a la luz en 1888, *Apuntes biográficos y bibliográficos de Don José Joaquín Fernández de Lizardi*, cuyo autor es Luis González Obregón,...La Imprenta del Museo Nacional, editora de los *Anales del Museo Nacional de Historia y Arqueología...*”²⁶

Fue a partir de la segunda década del siglo XX, cuando empezó a aparecer la figura del editor y las casas editoras, como hoy en día se les conoce, que podemos hablar del surgimiento de la industria editorial en México, desarrollo que veremos con más detalle en el capítulo siguiente. Mientras tanto, en el periodo que estamos mencionando, la elaboración de libros no se compara con la producción en grandes cantidades de ejemplares que se dará más adelante. En estos años, una mayor producción no necesariamente implicó una modernización de la infraestructura, sino jornadas más largas de producción. Sin embargo, los bajos niveles de alfabetización no permitían la edición de grandes cantidades de ejemplares, sino únicamente la impresión de los que pudieran ser adquiridos por los lectores existentes e interesados.

²⁵ Cf. Fernández de Zamora, Rosa María y Margarita Martínez Leal. *La Biblioteca del H. Congreso de la Unión, 1821.1994*. México: Senado de la República, 2004. pp. 29-48

²⁶ Rodríguez Díaz, Fernando. *El mundo del libro en México*. México: Diana, 1992. p. 104

Con la llegada del siglo XX, muchas librerías modificaron sus instalaciones para brindar un mejor servicio, otras se transformaron al cambiar de dueño, y algunas desaparecieron para dar paso a la fundación de otras. Lo cierto, es que continuaron con la publicación de textos como una de sus actividades. Por ejemplo, Don Enrique del Moral fundó *La Librería General*, y una vez que empleó a Francisco Gamoneda, introdujo cambios físicos en su librería y publicó una revista con el nombre de *Biblos*, entre 1912 y 1913. Un año antes, Francisco Gamoneda había publicado *Memoria sobre la constitución de una Sociedad Librera en México*. Finalmente, a mediados de 1915, esta librería pasó a manos de Gamoneda y de Joaquín Ramírez Cabañas, quienes fundaron otra librería con el nombre de *Biblos*, tomando como base el fondo editorial de la anterior.

La Librería Biblos, es la continuación de la Librería General cuando ésta pasó a manos de la sociedad que formaron Francisco Gamoneda y Joaquín Ramírez Cabañas, historiador, periodista, escritor y figura destacada en el mundo de los libros como editor, bibliófilo y librero. *Biblos* editó la novela de Rafael Delgado, *La Calandria*, en formato de libro, pues ya antes había sido publicada por entregas. La sociedad Gamoneda-Ramírez se disolvió en 1916, quedando como único dueño el señor Gamoneda.

Otro ejemplo lo es la *Librería Porrúa*, que tiene sus orígenes en 1900 cuando tres hermanos de origen español se reunieron para establecer un bazar de libros y muebles. El negocio de los hermanos se llamó en un principio “Librería Universal de Porrúa Hermanos” y desde el nombre ya dejaban ver que su idea era el tener una librería abierta a todas las ideas y áreas del conocimiento. En 1904, publicaron un boletín bajo el nombre de *La Bibliografía*, con el objetivo de buscar nuevos clientes, tanto nacionales como extranjeros, para sus colecciones adquiridas. Cuatro años más tarde, editan su primer Catálogo, de 154 páginas, en el que anuncian la venta de impresiones antiguas mexicanas. En 1913, editan otro catálogo dedicado a “Obras de América”, otorgando importancia a los libros raros de México. Francisco Porrúa, en una entrevista concedida a Margarita Pinto expresó:

A partir de 1910, a pesar de los graves problemas económicos que sufría el país por la Revolución, aparecieron varios libros bajo el sello de Porrúa, dando preferencia al material que tenía que ver con algún aspecto de la cultura mexicana. Puedo recordar, por ejemplo, *Las cien mejores poesías líricas mexicanas*, una selección de Antonio Castro Leal, Alberto Vázquez del Mercado y Manuel Toussaint; *Los discursos a la nación mexicana* de Antonio Caso; *La muerte del Cisne*, de Enrique González Martínez; la colección *El Parnaso mexicano* donde se publicaron obras de algunos autores como Justo Sierra y Manuel Gutiérrez Nájera, entre otros, y posteriormente se editó el primer libro de poemas de Jaime Torres Bodet.²⁷

Los factores que incidieron en la consolidación de la Librería Porrúa fueron sin duda los siguientes: a) ofrecer a la venta libros de varias áreas del conocimiento como: Derecho, Medicina, Literatura, Historia, entre otras; b) representar una opción en la edición de textos, y c) que esa variedad y riqueza bibliográfica vino a satisfacer las necesidades de estudiantes y maestros del barrio universitario, convirtiéndose muy pronto en una especie de *librería universitaria*.

Pedro Robredo Galguera, quien fundó la *Librería Robredo* en 1908, también editó catálogos y dio a conocer los libros antiguos y modernos, raros y curiosos sobre México. Entre los libros que imprimió se encuentran: *La grandeza mexicana* de Bernardo de Balbuena, en edición facsimilar; *Obras de Sigüenza y Góngora*; poemas inéditos de Fray José Manuel M. de Navarrete, y la *Crónica de la Merced de México*, de Fray Cristóbal de Aldana. Finalmente, Pedro Robredo traspasó su librería a José Porrúa Estrada a mediados de 1935, para convertirse en *Antigua Librería de Robredo, José Porrúa e Hijos*.

Es importante llamar la atención sobre la conservación del nombre del dueño anterior, ya que ello implicaba un reconocimiento y la intención de seguir cultivando la relación entre los clientes y la librería, mantener ese nexo que se establece entre el asiduo asistente al negocio y quienes están al frente del mismo.

Por último, uno de los librero-editores de esta época que también se destacó fue Andrés Botas, fundador de la *Librería Botas* en 1907. “En 1911 Ediciones Botas publicaba su

²⁷ Pinto, Margarita. “La editorial Porrúa: entrevista con Francisco Porrúa” en: *Sábado*, suplemento cultural del diario *UnomásUno*, 11 de agosto de 1979. Cfr. también la página web de la librería: <http://porrua.com/interior/libreria.html> (sept.2000) y posteriormente: www.porrua.com.mx

primer libro: *Un crimen monstruoso en Mazatlán*, de Ramón P. Buxó”.²⁸ Años más tarde, con la ayuda de su hijo Gabriel, editó obras de escritores como Mariano Azuela, Federico Gamboa, Julio Jiménez Rueda, Mauricio Magdaleno y José Vasconcelos. Víctor Ronquillo afirma que Ediciones Botas llegó a publicar hasta la década de los 40, más de dos mil títulos de autores mexicanos.

Existió una librería con el nombre de *Librería Bouret*, fundada desde la primera mitad del siglo XIX. A pesar de que la casa matriz se encontraba en París, las ediciones se realizaban en español o en francés, editando desde libros especializados hasta textos de primaria o para la Escuela Nacional Preparatoria. La Librería Bouret tuvo presencia en nuestro país hasta la segunda década del siglo XX, cuando fue absorbida por la empresa “Sociedad de Edición y Librería Franco Americana”. Con los acervos de esta Librería se formarían dos editoriales: Ediciones Águila, de poca duración, y la Editorial Patria. Esta última tomó forma en 1933, bajo la dirección del señor Jacinto Lasa Sarriegui, de origen vasco.²⁹

Ante este panorama considero que el estado del arte que guardaba la edición del libro en esos años, mucho tuvo que ver con el estado en que se encontraba la educación por todo el territorio nacional. Veamos una de las causas de tan largo aletargamiento de la educación oficial en la mayor parte del régimen porfirista.

Uno de los hombres que rodearon a Porfirio Díaz durante muchos años fue el Ministro de Justicia e Instrucción Pública, Joaquín Baranda, abogado que mantuvo su distancia del partido político de los *científicos*. La actitud de no recibir ordenes más que de su jefe directo, es decir, Porfirio Díaz, sin duda le valió para asegurar su cargo por más de veinte años. Sin embargo, como el jefe del partido científico era José Ives Limantour, Ministro de Hacienda, éste mantuvo una táctica para eliminar sistemáticamente a Baranda del gabinete que consistió en no darle dinero para ampliar la educación pública. A su vez, Baranda, para

²⁸ Cfr. “Nace un libro” En: *Memoria de papel*, n.- 9, año 4 marzo de 1994. p.10

²⁹ Víctor Ronquillo, aún cuando no cita sus fuentes, asegura que la familia de libreros Bouret llegó a México en 1819, llegando en el siglo XIX a controlar una buena parte del comercio del libro. Más adelante, asegura que la librería de la viuda de Charles Bouret se convirtió en la Editorial Nacional y luego en la Editorial Patria.

no ser eliminado, no pedía lo que sabía le estaba negado de antemano, sujetándose estrictamente a la mísera cantidad que del presupuesto se le asignaba cada año.

Porfirio Díaz, cuya política consistía en una economía social de absoluta sobriedad, seguramente se sentía halagado con aquella disciplina económica. La consecuencia, en una de las áreas más importantes para el desarrollo del país, fue el estancamiento de la educación nacional durante largos años hasta que, finalmente, Joaquín Baranda fue sustituido en 1905 por Justo Sierra.

Este cambio en el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, modificó rápidamente el ambiente cultural del país. Intelectual con fuerte personalidad, Justo Sierra supo imponerse con la fuerza de la razón y rápidamente se rodeó de todos los jóvenes intelectuales y escritores de la época. Buscó la manera de impulsar la enseñanza y la educación nacional, congregando a uno de los sectores interesados: los profesores.

“La elaboración de nuevas leyes de educación y nuevos programas de estudio absorbió todas las horas de estudio del profesorado, y por la noche, en vez de ir a descansar, reúnanse los consejeros de educación pública en la sala que después sería paraninfo de la Universidad de México, en sesiones que se prolongaban a veces hasta medianoche. Una fiebre de distinguirse, de aportar el contingente de su intelectualidad para la elaboración de la nueva legislación educativa, convertía el salón en una palestra de inteligencias en que jamás hubo disputas ni choques de intereses personales.”³⁰

Desde la política educativa implementada por Gabino Barreda, no había existido un interés del gobierno en la vida cultural, educativa y artística del país, hasta la llegada de Justo Sierra, quien buscó que varios intelectuales, músicos y pintores, fueran a terminar su educación en Europa, para que posteriormente regresaran a difundir los conocimientos adquiridos.

Sin embargo, con respecto a la educación pública elemental, le hizo falta tiempo para implementar una política al respecto, ya que el fin de la dictadura estaba en puerta. Por tanto, si la lectura en las clases bajas era un fenómeno casi de excepción, no se podía concebir a la educación como medio para buscar un ascenso social y económico, ya que la

³⁰ Campos, Rubén M. *op. cit.* pp. 102-103

movilidad social era nula. El ejemplo de Benito Juárez fue realmente una excepción, ya que de indio pobre y huérfano, había llegado a la cumbre del poder. Así, la educación pública no era un factor que contribuyera al desarrollo de lectores en la sociedad, es decir, el mercado consumidor de textos de lectura.

El siglo XIX en México concluye en el año de 1910, no sólo por el fin de la dictadura porfirista y el inicio del movimiento de revolución, sino también por la inauguración de la Universidad Nacional. Desde el punto de vista cultural, una generación había tomado la estafeta que Justo Sierra levantó: El Ateneo de la Juventud.

Al cabo de esta breve revisión podemos observar que a fines del siglo XIX, el número de lectores fue limitado, lo que influyó necesariamente en la elaboración, distribución y diversidad de los textos de lectura. En este periodo, caracterizado por la crisis y finalización de un régimen social, cada grupo o tipo de lectores se relacionó de una manera particular con los diversos textos de lectura, en el que entraron en juego varios factores como: el interés literario, religioso, político, social, además de los conceptos e ideas imperantes socialmente, ya sea a nivel individual o de grupo.

Visto desde otro ángulo, podemos observar cómo las características de la sociedad, lo mismo que las características de cada grupo social, son factores que influyen en la elaboración y diversidad de los textos de lectura, su distribución y recepción por parte de los lectores, donde entran en acción las costumbres, las formas de pensar, los prejuicios, la religión, la educación y muchos otros elementos.

El régimen de Porfirio Díaz, al mostrar poco interés por la educación básica, dejó claro que las políticas educativas de cualquier gobierno tienen un papel importante en el fomento e incremento del número de lectores en una sociedad, pero también, pueden ser un factor de atraso y estancamiento.

LA REVOLUCION Y LA DEMANDA SOCIAL DE EDUCACIÓN

2.1 Lectores y protagonistas de la revolución

En la primera década del siglo XX asistimos al relevo generacional de un conjunto de intelectuales, caracterizados por una vida bohemia, que en una mano sostenían la pluma o el libro, mientras que en la otra sostenían la copa de vino. Estos intelectuales bohemios (modernistas, principalmente) fueron relevados por una generación más formal, más estricta consigo misma, más disciplinada. Me refiero a la generación que pasó a la historia con el nombre de *Ateneo de la Juventud*. Sin duda, este relevo se acompañó de la llegada de Justo Sierra en 1905, al Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.

Esta nueva generación, que hizo acto de presencia en la vida cultural, llegó con la intención de romper la camisa de fuerza del positivismo, es decir, las limitaciones ideológicas, filosóficas y literarias. Integrada por profesionales de las más diversas disciplinas, se reunieron en primera instancia para estudiar y analizar autores como Platón, Kant, Descartes, Weber, Schopenhauer, Nietzsche, Hegel, entre muchos más, lo que nos muestra que este tipo de lectores (una pequeña élite) realizaban una lectura extensa, amplia, sobrada, pero sobre todo, en el campo de las humanidades. A diferencia de la generación anterior, realizaron también una lectura en grupo, pero no limitada al círculo reducido de intelectuales, pues la intención fue abrirse a la sociedad. Ya no se trató de un círculo, sino más bien de un arco, es decir, abierto. Más tarde, continuando con este proyecto fundaron la Universidad Popular Mexicana (1912).

Así, se inició un movimiento de renovación cultural en los planos espiritual, cultural, y educativo, oponiéndose a un positivismo anquilosado. Este cambio cultural tiene una primera etapa que va de 1907 a 1921. En ella se comprenden las actividades realizadas por El Ateneo de la Juventud y las que llevaron a cabo la *Generación de 1915*. Una segunda etapa, que va de 1921 a 1924, se caracteriza por la promoción del libro de Vasconcelos.

Los miembros de la generación del Ateneo de la Juventud, fueron intelectuales muy disciplinados, familiarizados intensamente con el libro y otros textos de lectura. El caso más paradigmático en la historia cultural de nuestro país lo es José Vasconcelos. Su relación con los libros le llegó desde muy chico, gracias a sus padres y en especial a su madre, con quien realizó y comentó muchas de sus lecturas.

Durante su niñez y adolescencia, Vasconcelos mantuvo con su madre una relación en la que las lecturas fueron el vaso comunicante. Cada uno hacía la lectura de un texto que después era comentado, discutido y analizado. Esa actividad los unió de tal manera que, años más tarde, Vasconcelos reflexionó:

“Desde antes de la pubertad, cuando comencé a tener conciencia, me empecé a sentir como una especie de prolongación espiritual de mi madre. No sólo interiormente la heredaba, con las mismas maneras de ver las cosas, los mismos gustos y un idéntico reflexionar profundo y mudo (como el que se tiene cuando se lee) que nos hace parecer melancólicos...Cuando platicábamos juntos, en las largas conversaciones de mi despertar, éramos lo mismo: éramos como una misma alma que se asomase a la vida por dos seres de sentidos iguales, unos más experimentados, otros más lozanos, pero era una, sin divisiones, nuestra conciencia.”³¹

A pesar de ser una familia que vivió en muchos lugares del país por motivos de trabajo del padre, siempre llevaron una pequeña biblioteca. Aun después de la muerte de su madre, Vasconcelos siguió compartiendo sus lecturas con otras personas, ya fueran compañeros de escuela o amistades. Por ejemplo, con Sofia, hija del rector del Instituto de Campeche, Vasconcelos amplió su interés libresco, al consultar los libros en francés e inglés que tenía el rector en su biblioteca particular. Con gran tristeza, cuando Vasconcelos decide irse a la capital a estudiar la Preparatoria, ambos prometen seguir comentando sus lecturas, e incluso, llegaron a formular un plan.³²

Cuando Vasconcelos ingresó a la preparatoria, sintió una gran emoción al poder tener a la mano tantos libros, que nos dice: “Por fin me sentía incorporado al grupo que disfrutaba el

³¹ Sametz, Linda. *Vasconcelos, el hombre del libro*. México: UNAM, Inst. de Investigaciones Bibliográficas, 1991. p. 49

³² Vasconcelos, José. *Memorias I Ulises criollo. La Tormenta*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993. p. 121

privilegio de los vastos recursos del saber. Los libros que en provincia conocíamos de oídas estaban al alcance de mi mano.”³³

Sin duda, el Ateneo de la Juventud significó para Vasconcelos el clímax de sus lecturas en grupo, con la salvedad de que ahora lee con el objetivo y la idea de compartir sus lecturas, es decir, hacerlas extensivas a un ámbito mayor al de las amistades, extenderlas hacia el pueblo. Y no era para menos, ya que el haber viajado por varios estados del país durante su niñez y adolescencia, le proporcionaron un conocimiento directo sobre el atraso cultural existente.

Este ejemplo de un lector asiduo no fue el único, ya que muchos de los miembros del Ateneo iniciaron su preparación individual por medio de amplias lecturas. Si bien el caso de Vasconcelos fue excepcional, el resto de los miembros de esta generación como Alfonso Caso, Alfonso Reyes, Henríquez Ureña, Martín Luis Guzmán, entre otros, acumulaban para entonces una vasta experiencia como lectores.³⁴

Las conferencias del Ateneo se iniciaron propiamente en 1907, bajo el nombre de *Sociedad de Conferencias*, para posteriormente denominarse: *Ateneo de la Juventud*, entre 1909 y 1910. Después de este año, cambiaron el nombre por el de *Ateneo de México*, con actividades hasta 1914. De fundamental importancia como promotora y difusora de la cultura, además de las conferencias, fue la creación de la *Universidad Popular Mexicana*, que en palabras de Alfonso Reyes sintetizó así sus actividades: “Si el pueblo no puede ir a la escuela, la escuela debe ir al pueblo. Esto es la Universidad Popular.”

La *Universidad Popular Mexicana*, fruto de las actividades del Ateneo de la Juventud, puede ser vista como el antecedente de lo que posteriormente realizaría Vasconcelos en la Secretaría de Educación Pública. Por medio de esta Universidad, se dan a la tarea de promover y llevar el conocimiento al pueblo, a los obreros, en vecindades, mercados, fabricas y plazas. Fue una acción concebida como una cruzada cultural, en donde se realizaban lecturas, pláticas y comentarios. En ella participaron jóvenes intelectuales como Julio Torri, Antonio Médez Bolio, Alfonso Cravioto, Pedro Henríquez Ureña, entre otros.

³³ op. cit. p. 129

³⁴ Sametz, L. op. cit. pp. 41-56

Como primer institución educativa sólida, la Escuela Nacional Preparatoria se convirtió en el semillero de los intelectuales que necesitaba el país, para que a su vez, éstos fueran extendiendo la necesidad de impulsar un cambio en la sociedad mexicana en muchos aspectos, pero principalmente en llevarle la letra impresa al pueblo, como medio principal de formación y educación de la sociedad.

A partir de 1910, el inicio de las acciones armadas de la revolución incitó a muchos ateneístas a incorporarse a algunas facciones revolucionarias; otros participaron en los distintos gobiernos que se sucedían, trayendo como consecuencia, su exilio voluntario o forzoso, lo que implicó que las actividades de la *Universidad Popular* y de la Universidad Nacional, sufrieran vaivenes en sus actividades.

En esas circunstancias la siguiente generación, aún en formación, se vio obligada a ocupar los puestos en las instituciones educativas que dejó vacantes la generación del Ateneo, es decir, en sus manos quedó el papel de hacerse profesores de esas instituciones, siendo aun muy jóvenes. Por ejemplo, en 1914, siendo aun muy jóvenes, Manuel Toussaint, Antonio Castro Leal y Alberto Vázquez del Mercado, impartieron las siguientes clases: Castro Leal, sobre Literatura Universal; Toussaint, sobre Gramática, y Vázquez del Mercado, sobre Literatura Mexicana e Hispanoamericana.³⁵ Jaime Torres Bodet, que terminó la preparatoria a los 16 años (1918), ocupó el puesto de secretario en la misma institución (1921), para luego ser secretario particular de José Vasconcelos.

Ante la gran movilidad de los profesores, la única personalidad en la vida académica que se mantuvo fue Antonio Caso. Elegido como director de la Escuela Nacional Preparatoria (ENP) en 1915, también fungiría como profesor de varias materias ante la escasez de profesores y como guía académico de los pocos alumnos que quedaban. En la ENP impartió las materias de Ética, Psicología, Lógica y de Problemas Filosóficos. En la Escuela de Altos Estudios promovió los estudios de Filosofía, Ética, Estética, Metodología e Introducción a los Sistemas Filosóficos, impartidos por él mismo.³⁶

³⁵ Krauze, Enrique. *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*. México: Tusquets, 1999. pp. 46-54.

³⁶ op. cit. p. 67

Antonio Caso fue el hilo o el vaso comunicante entre la generación ateneísta y la generación de 1915, pues fue maestro entre otros, de Vicente Lombardo Toledano, Teófilo Olea y Leyva, Alfonso Caso (su hermano), Manuel Gómez Morín, Daniel Cosío Villegas, Concha Álvarez, Saturnino Herrán, entre muchos más. Cosío Villegas nos da su testimonio:

“De hecho, ya había conocido o, más bien, visto, a Antonio Caso, y eso en circunstancias que revelaron la función importantísima que desempeñó en este periodo de 1911 a 1920...[...] aquellas conferencias, a más de mantener en nosotros una noción de la existencia y del valor de la cultura, nos despertó la esperanza de que aquella barbarie pronto daría lugar a un pujante renacimiento cultural...[...] Estaba el salón de clases, el mayor de Altos Estudios, repleto siempre, con gente de pie en los pasillos y algunos colgados de las ventanas del fondo. Y estaba en el centro Antonio Caso en su plenitud. Expositor brillantísimo, orador consumado, era, al mismo tiempo, un gran Actor, como todo verdadero maestro lo es. Y también como todo maestro excepcional, despertaba en uno el apetito de la lectura y el hábito de reflexionar.”³⁷

También es un testimonio del rol que jugaba la lectura en los estudiantes de esos años, y a pesar de que pronto colaboraron en los distintos gobiernos, no dejaron nunca de leer o promover la lectura. Pero volviendo a nuestro personaje, la actividad de Caso no se limitó al ámbito administrativo o docente, sino que también publicó algunos textos con uno de los librero-editores recién fundados, que empujaban la renovación librera de la capital.

La Librería Porrúa, continuando con su actividad editorial publicó a mediados de 1915, el primer libro de Antonio Caso: *Problemas filosóficos*. El cuidado de la edición corrió a cargo de Alberto Vázquez del Mercado, quien además escribió una nota sobre el libro en el semanario *Revista de Revistas*. Al año siguiente, en 1916, la Librería Porrúa editó otra obra de A. Caso: *La existencia como economía y caridad*, y una antología de Genaro Estrada bajo el nombre de: *Poetas nuevos de México: antología con noticias biográficas, críticas y bibliográficas*, claros ejemplos de que esta librería ejercía la actividad de editor, sin olvidar que ya para entonces había editado los catálogos que anunciaban sus colecciones de libros antiguos y raros.³⁸

³⁷ Cosío Villegas, Daniel. *Memorias*. México: Joaquín Mortiz, 1986. pp. 56-58

³⁸ Véase a Zahar Vergara, Juana. *Historia de las librerías de la Ciudad de México: evocación y presencia*. 2ª ed. México: Plaza y Valdés, 2000. pp. 66-68

Cuando Daniel Cosío Villegas llegó a la ciudad de México a estudiar la preparatoria, después de pasar su infancia y adolescencia en Toluca, una de las cosas que como estudiante más le llamó la atención fue la existencia de esta librería:

“El otro foco de atención, este sí enteramente nuevo, fue la librería de los Porrúa. En Toluca no existía ninguna, pues los pocos libros que llegaban (catecismos, devocionarios, vidas de santos) se vendían en las cererías. Esta de los Porrúa, a más de ser una auténtica librería, estaba plantada en el corazón mismo del barrio universitario, y físicamente era una especie de prolongación del edificio de la Preparatoria. No solo, pues, vendía única y exclusivamente libros, y en lo que parecían enormes cantidades, sino que tenía una actividad que al parecer no igualaba ninguna otra tienda de la ciudad, así fuera el imponente Palacio de Hierro...”³⁹

En la segunda mitad de 1916, Antonio Castro Leal y Alberto Vázquez del Mercado decidieron formar una nueva sociedad que reemplazara a la desaparecida *Sociedad Hispánica*. Para ello invitaron a otros cinco de sus compañeros de la Escuela de Jurisprudencia, organizando así la *Sociedad de Conferencias y Conciertos*, ente que tuvo como objetivo el propagar la cultura entre los estudiantes de la Universidad. Fue así como se consolidó lo que después sería conocido como el grupo de *Los siete sabios*.

Poco después, entre 1917 y 1918, cuando se discutía en el Congreso el proyecto de separar la Universidad Nacional de la Secretaría de Instrucción Pública, para hacerla dependiente de la Secretaría de Gobernación, así como el separar a la ENP de la Universidad, para hacerla dependiente del Gobierno del Distrito Federal, los diarios *El Universal* y *Excélsior*, fueron las publicaciones que brindaron espacios a “los siete sabios” para expresar sus inconformidades. Es así como en esas páginas, estos intelectuales universitarios fueron adquiriendo carácter de voz pública, y al mismo tiempo, iban siendo conocidos entre un público mayor. El grupo de los “siete sabios” estuvo integrado por A. Castro Leal, A. Vázquez del Mercado, Vicente Lombardo Toledano, Teófilo Olea y Leyva, Alfonso Caso, Manuel Gómez Morín y Jesús Moreno Baca.

Muy pronto, los nuevos conferencistas cayeron en la cuenta de que sus trabajos podrían tener mayor difusión si se publicaban en el diario *El Universal*, fundado en 1916. Otra

³⁹ Cosío Villegas. op. cit. p. 41

publicación que también recogió sus trabajos y conferencias fue el *Boletín de la Universidad de México*, en el año de 1917. Aquellos estudiantes que no formaban parte del grupo de los siete, crearon una revista con el nombre de: *San-Ev-Ank*, dirigida por alumnos de leyes como Luis Enrique Erro, Guillermo Dávila, Octavio Barrera y Fernando Velásquez Subikuski, entre otros, revista con vida apenas de unos meses, pero que sin embargo, denota la necesidad de contar con un medio para hacerse escuchar.⁴⁰

Hay un grupo conocido como *Generación de 1915*. El nombre tiene su origen en un escrito de Manuel Gómez Morín, titulado: *1915*, escrito en 1926 y publicado al año siguiente por la editorial Cultura. Esta generación, más que ninguna otra, estuvo marcada por las urgentes acciones que el país requería y la toma de decisiones inmediatas. Así, se fueron perfilando como *hombres de acción*, más que *hombres de letras*. La etapa posrevolucionaria los llevó a colaborar inmediatamente con los gobiernos surgidos de la revolución. Cosío Villegas lo sintetiza así:

“...la Revolución nos creó y mantuvo en nosotros por un tiempo largo, largo, la ilusión de que los intelectuales debíamos y podíamos hacer algo por el México nuevo que comenzó a fraguarse cuando no se apagaba completamente la mirada de quienes cayeron en la guerra civil. Y ese hacer algo no era, por supuesto, escribir o siquiera perorar; era moverse tras una obra de beneficio colectivo.”⁴¹

Por ejemplo, cuando Adolfo de la Huerta tomó posesión como presidente provisional después del asesinato de Carranza, expresó que quería contar en su administración con los profesionistas “recién desempacados” de la Universidad, o que estaban por terminar.⁴² Y si bien no se negaron a colaborar en los distintos gobiernos surgidos de la revolución, tampoco perdían la oportunidad de informarse en las bibliotecas de los países que visitaban. De alguna manera se convertían en autodidactas, como ocurrió con Manuel Gómez Morín y Daniel Cosío Villegas. En palabras de Octavio Paz, el intelectual de la *Generación de 1915*:

“...se convirtió en el consejero, secreto o público, del general analfabeto, del líder campesino o sindical, del caudillo en el poder. La tarea era inmensa y había que improvisarlo todo. Los poetas estudiaban economía, los juristas sociología, los novelistas derecho internacional, pedagogía o agronomía...”⁴³

⁴⁰ Véase: Krauze, Enrique. op. cit. p. 89 y ss.

⁴¹ Cosío Villegas, Daniel. *Ensayos y notas*. México: Hermes, 1966. Tomo 1, p. 14

⁴² Krauze, Enrique. op. cit. p. 102

⁴³ Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*. 3ª ed. México: Fondo de Cultura Económica, 1989. p. 141

La obra de todos estos intelectuales fue levantar las instituciones del nuevo Estado: entre las que hay que destacar las de educación y cultura, además de la fundación de casas editoriales, es decir, los medios e instrumentos por medio de los cuales se extendió la palabra escrita, y con ello, el conocimiento de nuestro país. Sin duda, la coyuntura en la que se desarrollaron influyó para que desde muy temprano se cuestionaran la necesidad de contar con una editorial, encargada no sólo de publicar sus obras, sino también de publicar textos traducidos de otras lenguas, que proporcionaran textos accesibles a las nuevas generaciones, poniéndolas así, en contacto con las últimas teorías, corrientes y vanguardias, en las distintas áreas del pensamiento humano.

2.2 Acciones culturales en la Revolución

Es importante mencionar algunas de las acciones que se tomaron en el aspecto cultural y educativo, durante los años álgidos de la Revolución Mexicana, por parte de los distintos grupos revolucionarios, ya que evidencian que la educación era una de las principales demandas enarboladas en el movimiento revolucionario, la cual se vio plasmada en la Constitución de 1917.

Por ejemplo, aunque el analfabetismo imperaba en las filas de cada una de las facciones revolucionarias, fue muy significativo que contaran con un medio impreso, pues la lectura se realizaba en pequeños grupos. Así, “gran número de soldados aprendieron a leer o se convirtieron en alfabetizadores por este medio.”⁴⁴ Entre los villistas se imprimía *El Monitor*; en las filas de los campesinos zapatistas se imprimía *Tierra y Justicia*; los carrancistas tenían *El Radical*, y el gobierno de la Convención: *La Convención*. Es decir, la necesidad de aprender a leer en medio de las balas, era una señal de que la población quería tener noticia de los federales, de los gobiernos en turno o de los otros movimientos revolucionarios y de cuándo terminaría la guerra.

Durante el gobierno interino de Francisco León de la Barra, se aprobó una ley conocida como *de escuelas rudimentarias*, que facultaba al ejecutivo para crear escuelas donde se enseñaría a leer, escribir, sumar y restar. Sin embargo, de inmediato surgió una protesta que defendía la autonomía de los estados en materia educativa y, por otro lado, se criticó esa ley

⁴⁴ *Ibidem*. P. 246

porque se limitaba únicamente a la enseñanza de la lectura y la escritura, sin que hubiera los textos para ello, ya que “el pueblo no tenía más acceso a la lectura que el silabario o el libro de texto, obras que en nada acrecentaban su cultura o aliviaban su condición económica.”⁴⁵ Madero, en su breve periodo de gobierno, también intentó impulsar algunas de estas escuelas, que fueron calificadas como de “peor es nada.”

Sin embargo, las acciones con mayor éxito fueron las desarrolladas por algunos gobiernos revolucionarios en el interior del país. Por ejemplo, de este periodo (1910-1917) fue muy significativa la labor realizada por el General Cándido Aguilar cuando fue gobernador en Veracruz (1916), y la realizada por el General Salvador Alvarado, cuando fue también gobernador en Yucatán (1915-1917).

En el primer caso, se organizó un Consejo de la Educación Popular con el fin de controlar la política educativa. “su gobierno destinó importantes recursos para construir escuelas y realizó dos congresos pedagógicos. Buscó secularizar la educación y sustituir al clero católico como principal agente educador.”⁴⁶ De entre las funciones del Consejo de la Educación Popular, estaba la elaboración y aprobación de planes de estudio y la designación del personal docente.

Durante los tres años de gobierno del Gral. Salvador Alvarado en Yucatán, se expidieron leyes y reglamentos en materia educativa, entre las cuales se encuentra una que se llamó “República escolar,” que consistió en la creación de numerosas escuelas primarias.

“Si se compara lo que existía en 1914, año anterior a la llegada de Alvarado, con 1915, encontramos un aumento de 61 escuelas (18%), pero el crecimiento de la matrícula es de 16,860 alumnos (105%)...*El dato más contundente del esfuerzo alvaradista en la materia, es que el 36 por ciento del gasto público en todo su periodo fue dedicado a la educación.* En pocos meses se fundaron o reactivaron en el Yucatán de Alvarado cientos de escuelas rurales, haciendo obligatorio para los hacendados el pago de salarios de los maestros en cada hacienda. Al terminar 1916 operaban 588 escuelas rurales en 502 haciendas. El gobierno de Alvarado organiza cerca de cien bibliotecas...”⁴⁷

⁴⁵ Véase a Loyo, Engracia. “La lectura en México, 1920-1940” en: *Historia de la lectura en...* op. cit. p 250.

⁴⁶ Paoli Bollo, Francisco J. *Conciencia y poder en México. Siglos XIX y XX*. México: Miguel Ángel Porrúa, 2002. pp. 108-109

⁴⁷ op. cit. pp. 109-110 (las cursivas son mías)

Lo anterior demuestra que algunos revolucionarios tomaron muy en serio el problema educativo del país, implementando políticas para fundar escuelas y bibliotecas. Cabe recordar que en estos años aun imperaba una autonomía estatal que se contraponía a cualquier política federal, de tal manera que dependía de cada uno de los gobiernos estatales la implementación de políticas para el desarrollo social y educativo.

En medio de las convulsiones violentas en las que se encontraba el país, estos ejemplos son muy significativos de la intención que existió en aquellos hombres, que al mismo tiempo que empuñaron las armas, implementaron leyes que modificaran el atraso escolar y el analfabetismo reinante en la población de aquellos años. Sin duda, la coyuntura política y militar condicionó el éxito de esas medidas, pero aun así, contribuyeron a sentar las bases para la formación de los futuros lectores, así fuera desde los centros de educación básica.

2.3 Impresores y editores

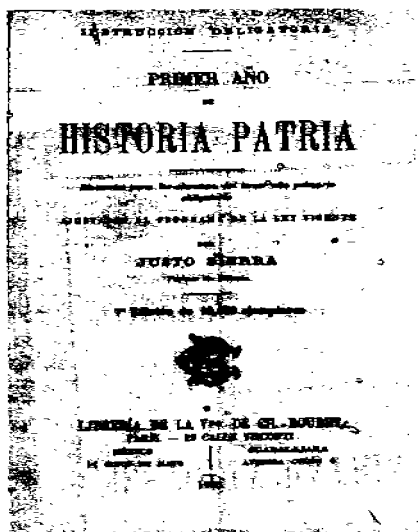
Hasta antes de 1916, si un autor quería imprimir su manuscrito, tenía necesariamente que recurrir a alguna de las figuras existentes: un impresor, un librero-editor, o recurrir a la mano de un amigo o conocido en el gobierno, para imprimir en las imprentas oficiales. Por ejemplo, Salvador Díaz Mirón publicó *Lascas*, en 1901, en la Tipografía del gobierno de Xalapa. Tampoco faltó el dueño de un periódico, quien movido más por el interés económico que por la calidad del texto, hacía el favor al autor de publicar en partes una obra. Esta situación, se presentaba por lo regular con los nuevos escritores o aquellos que no eran conocidos.

Con la excepción de unas cuantas imprentas como la viuda de Agüeros, la Imprenta de Viamonte, la Viuda de Bouret y otros, los autores se debatían entre las tipografías estatales y los pequeños impresores privados, pagando ellos mismos sus propias ediciones. Cabe mencionar que entre los librero-editores y las imprentas privadas, no existía un perfil temático que caracterizara sus ediciones, es decir, la conformación de un catálogo de publicaciones. El criterio más común era publicar sobre cualquier tema, ya que la principal actividad estaba conformada por la venta de libros, extranjeros y nacionales. En ese sentido: "No era la casa editora quien diseñaba una colección y elegía a sus autores; más

bien éstos últimos, de acuerdo con su presupuesto y a sus pretensiones en el formato externo de los libros -nunca en la distribución-; se acercaban a sus impresores conocidos.⁴⁸

Ante esta situación el número de ejemplares publicados era mínimo de acuerdo al presupuesto del autor, lo que implicaba una distribución casi privada, entre amigos y conocidos, dejando algunos ejemplares para distribución entre las librerías. (véase la imagen 7) Esto explica, en parte, por qué encontramos libros de la época con un formato muy rudimentario, con una encuadernación rústica de cartoncillo muy delgado, cuando no de papel en color, e impreso el texto en papel muy corriente. La mala calidad del papel en que se imprimían los libros, no sólo se debía al presupuesto del autor, quien elegía la calidad del papel, sino a los productores, que además de vender caro el papel, querían monopolizar la producción del mismo.

Imagen 7



Fuente: *Almanaque Bouret para el año de 1897*. Ed. Facsimilar. México Instituto Mora, 1992.

La excepción en el tiraje lo eran los libros de texto para las escuelas primarias, editados en cantidades muy superiores a los de un libro cualquiera. Véase la imagen 7, donde se ve un título en su 7ª edición con un tiraje de 10,000 ejemplares.

⁴⁸ Palou, Pedro Ángel. *La casa del silencio. Aproximación en tres tiempos a Contemporáneos*. México: El Colegio de Michoacán, 1997. p. 49

Mariano Azuela es un ejemplo concreto de las penurias que tenían que pasar los autores para que se les publicara una de sus obras. Como es sabido, Azuela dejó la tranquilidad de su vida en Guadalajara, para incorporarse a las fuerzas villistas de la revolución. Si bien ya había publicado algunas de sus obras en provincia, aún no era conocido por los escritores de la capital del país.

Al ser derrotadas las fuerzas de Francisco Villa por Álvaro Obregón, se fueron replegando hasta llegar a la frontera norte del país. Allí, en medio de varias necesidades, Azuela se vio obligado a ofrecer su manuscrito con el fin de obtener un poco de dinero para sobrevivir. Sin duda, el editor del periódico *El Paso del Norte*, Fernando Gamio Chipi, al ver la urgencia de Azuela, aprovechó para imponer sus condiciones e imprimir la obra *Los de abajo*. Esta primera edición vio la luz en lo que se denomina “por entregas”, entre el 27 de octubre y el 21 de noviembre de 1915. Fue una edición con muchos errores tipográficos y ortográficos que al decir del mismo Mariano Azuela

“Como mis recursos se estaban agotando, salí de Juárez a El Paso con diez dólares en la bolsa. Visitamos a varios agentes de casas editoras y me pedían el original para enviarlo. Pero como yo tenía urgencia inmediata de dinero, tuve que aceptar la proposición de El Paso del Norte: mil ejemplares de sobretiro y tres dólares a la semana a la cuenta, mientras se hacía la impresión.”⁴⁹

El dueño del periódico, al darse cuenta de la excelente calidad de la obra y queriendo sacar el mayor provecho posible, anunció “la próxima aparición” de la obra en forma de libro con un costo de 30 centavos, encontrándose aun calientes las imprentas donde se realizó la primera edición. Linn Robe Stanley, un estudioso de la obra de Azuela, nos da una imagen de la mala calidad y las condiciones en las que se imprimía ese periódico:

“Para la publicación de El Paso del Norte la mayor parte de la composición tipográfica la hizo un grupo de aprendices, muchachos de unos doce años que recibían un dólar por cada galera que componían. El texto impreso está plagado de errores y revela poca atención por parte de posibles correctores de pruebas.”⁵⁰

⁴⁹ Azuela, Mariano. *Los de abajo*. Edición crítica de Jorge Ruffinelli. 2ª ed. Madrid: UNESCO, 1996. p218 (Colección Archivos,5)

⁵⁰ op. cit. p. 221 y ss.

Lo cierto, dice Robe, es que las dos primeras ediciones de esta obra de Azuela en 1915, tuvieron una escasa distribución, que no ayudó en nada a la promoción de la obra y de su autor. Tal vez por ser un lugar de paso la obra no tuvo la atención que merecía por parte de los lectores que allí se encontraban. El periódico era muy local y además, el país no salía de la etapa violenta de la revolución.

Cinco años más tarde, Azuela mandó hacer una segunda edición con dinero de su propio bolsillo en la ciudad de Tampico, en 1920, y es conocida entre los estudiosos de Azuela como “Razaster”. Se corrigieron gramaticalmente los tiempos y se incorporaron nuevos capítulos. Pero lo que nos interesa recalcar es que esta segunda edición también fue hecha en provincia, y que tal vez por eso no fue objeto de atención por parte de los escritores y críticos literarios capitalinos. A ese provincianismo de las ediciones hay que agregar los factores que llamaban la atención de los lectores: la Primera Guerra Mundial; el asesinato de Carranza y las pugnas entre los caudillos de la revolución.

Lo cierto es que ya para entonces era notoria la existencia de un centralismo cultural con las respectivas consecuencias para aquellos escritores que no radicaban en la capital del país o que no pertenecieran a uno de los círculos literarios. En todo caso, ese centralismo cultural fue un factor –entre otros- que influyó en el proceso de concentración editorial en la ciudad de México.

En la segunda década del siglo XX, hicieron su aparición dos editoriales que desde su fundación cobraron una gran importancia. Me refiero a la *Editorial Cultura* (1916) y a *Ediciones México Moderno* (1919). La primera vino a cubrir un importantísimo hueco, ya que pronto adquirió prestigio entre los escritores e intelectuales y tuvo de inmediato una vida muy activa.

Un breve recuento de los libros que se publicaron en la ciudad de México entre 1916 y 1920, después de fundada la Editorial Cultura, nos confirma la importancia que hemos atribuido a esta editorial, considerando que había muchos escritores que publicaban fuera del país, como Amado Nervo, quien editaba sus libros en Madrid. Sobresalen los escritores jóvenes en comparación con los de generaciones anteriores, ya que la nueva casa editora fue una institución que los incorporó como, traductores, prologuistas y compiladores.

- *Las cien mejores poesías líricas mexicanas.*
(Castro Leal, M. Toussaint y Vásquez del Mercado)
México: Librería Porrúa Hnos., 1914.
- *Antología de poetas modernos de México.*
México: Cultura, 1920.
- Caso, Antonio. *La existencia como economía y caridad.*
México: Librería Porrúa Hnos., 1916.
- Caso, A. *La existencia como economía, como desinterés y como caridad.*
México: Eds. México Moderno, 1919.
- Caso, Antonio. *Drama per música.*
México: Cultura, t. XII, núm. 5, 1920.
- Díaz Mirón, Salvador. *Poemas.*
México: Cultura, t. VIII, núm. 3, 1918.
- González Martínez, Enrique. *La muerte del cisne.*
México: Librería Porrúa Hnos., 1915.
- González Martínez, Enrique. *Parábolas y otros poemas.*
México: Cultura, 1918.
- González Martínez, Enrique. *Antología general de tablada.*
México: Librería Porrúa, 1920.
- Jiménez Rueda, Julio. *Cuentos y diálogos.*
Paris-México: Vda. de Ch. Bouret, 1918.
- López Velarde, Ramón. *La sangre devota.*
México: Revista de Revistas, 1916.
- López Velarde, Ramón. *Zozobra.*
México: Eds. México Moderno, 1919.
- Niñez y Domínguez, José de Jesús. *Los poetas jóvenes de México y otros estudios nacionalistas.*
México: Vda. de Ch. Bouret, 1918.
- Pellicer, Carlos. *Colores en el mar y otros poemas.*
México: Cultura, 1921.
Ilust. Por Roberto Montenegro dedicado a R. L. Velarde.
- Pellicer, Carlos. (selec. prol. e impresiones)
Poemas de Antonio y Manuel Machado.
México: Cultura, t. v, núm. 3, 1917.
- Tablada, Juan José. *Al sol y bajo la lluvia.*
Paris-México: Vda. de Ch. Bouret, 1918.
- Tablada, J.J. *Parnaso de México.*
México: Librería Porrúa, 1920.
- Tablada, J.J. *La resurrección de los ídolos.*
México: El Universal Ilustrado, 1924.
- Torres Bodet, Jaime. *Fervor.*
México: Ballescá, 1918.
- Torres Bodet, Jaime. (Trad. y prol.) *Los límites del arte. Algunas reflexiones de moral y de literatura, paginas Escogidas de André Gide.*
México: Cultura, 1920.
- Torres Bodet, Jaime. *El corazón desirante.*
México: Librería Porrúa, 1922.
- Torres Bodet, Jaime. *Canciones.*
México: Cultura, 1922.
- Torri, Julio. *Ensayos y poemas.*
México: Librería Porrúa Hnos. 1917.
- Torri, Julio. *Los mejores poemas de José Asunción Silva.* (selec. y prol. de M. Toussaint)
México: Cultura, vol. v, núm. 5, 1917.
- Toussaint, Manuel. (Selec. y prol.) *Poesías escogidas de Sor Juana Inés de la Cruz.*
México: Cultura, vol. 1, núm. 6, 1916.
- Urbina, Luis G. *Poemas selectos.*
México: Cultura, 1919.
- Vasconcelos, José. *El monista estético.*
México: Cultura, t. ix, núm. 1, 1918.
- Vasconcelos, J. *Divagaciones literarias.*
México: Tip. Murguía, 1919.
- Vasconcelos, J. *Estudios indostánicos.*
México: Eds. México Moderno, 1920.

En palabras de un testigo de la época como lo es Daniel Cosío Villegas, nos dice que el panorama del mundo de la edición se dividía en estos años:

[Mientras que en el porfiriato]“...Las obras de menos ambición solían ser impresas en las imprentas de los diarios más importantes. En fin, las que tenían un sello oficial, las hacían, o en la Oficina Impresora de Estampillas, o la Escuela de Artes y Oficios. [Por otra parte] Una de las muchas consecuencias iniciales de la Revolución, en cierta medida porque a México lo aislaban los sacudimientos revolucionarios, fue despertar el interés en crear e impulsar la actividad editorial. Con este fin, Julio Torri y Agustín Loera Chávez iniciaron en 1916 la publicación, bajo el rubro general de “Cultura”, de unos cuadernos de buenos autores antiguos y modernos. Pronto se asociaron, como seleccionadores, traductores o prologuistas, Manuel Toussaint, Rafael Cabrera, Genaro Estrada, Carlos Barrera, Jaime Torres Bodet, José Gorostiza, Xavier Villaurrutia y algunos más.”⁵¹

La editorial *Cultura* funcionó de 1916 a 1947, en diferentes etapas. Agustín Loera y Chávez, quien también fue gerente de la Editorial México Nuevo, compartió la dirección de *Cultura* con Julio Torri hasta 1923, ya que Torri pasó a ocupar en ese año la jefatura del Departamento de Bibliotecas y luego la de jefe del Departamento Editorial de la Universidad Nacional.

Al parecer, tanto *Cultura* como *Ediciones México Moderno*, utilizaron para sus impresiones tipográficas maquinaria nueva, pues al decir de Rafael Loera, nieto de Agustín Loera y Chávez, empezaron a salir libros que se distinguían por su buena impresión, utilizando papel de calidad y poniendo cuidado en la composición tipográfica. Asimismo, se empezaron a utilizar adornos en las portadas hechos con tipos de madera y fotograbados de metal, “...de dibujos para las portadas, viñetas y orlas que salían de la pluma o el lápiz de Saturnino Herrán, Jorge Enciso, Alfonso Garduño, Emilio Valadés, Antonio Cortés, Julio Ruelas y Valerio Prieto.”⁵² Las características de impresión de la *Editorial Cultura* permitió que vieran la luz las “primeras monografías” de carácter fotográfico como son: *Iglesias de México*, y *Las artes populares*, del Dr. Atl; lo mismo que *Arquitectura hispano colonial en México*, de Silverter Baxter.

⁵¹ Cosío Villegas, Daniel. *Memorias*. México: Joaquín Mortiz, SEP, 1986. pp. 85-86

⁵² Velásquez Andrade, Manuel. *Monografías pedagógicas. Moral Ocasional*. Ed. Facsimilar. México: Editorial México Moderno, 1981. En especial, véase la nota preliminar que aparece en este librito.

Además de la edición de libros, esta editorial publicó unos *Cuadernos Literarios Cultura*, conocidos también como “lecturas literarias”, y que eran producto de las veladas y tertulias literarias, donde se leía los manuscritos inéditos para su comentario y análisis por parte de los asistentes.⁵³

La editorial *México Moderno* fue fundada en 1919 por Manuel Toussaint, Enrique González Martínez y Agustín Loera y Chávez. Con respecto al origen de los recursos que hicieron posible a esta editorial, Agustín Velásquez nos informa que se hicieron aportaciones de artistas, escritores, e incluso, alguna ayuda gubernamental, por parte de quienes simpatizaron con la idea de fundar una casa editorial que contribuyera a disminuir las dificultades para publicar y dar a conocer sus obras. Dice nuestro personaje:

“He sabido que las aportaciones se pagaron –aun cuando en varios casos no en un solo pago — pero el entusiasmo que provocó la posibilidad de tener imprenta, si no propia, cuando menos amiga y que estaba dispuesta a imprimir lo escrito en condiciones fáciles de pago hizo que los que aportaron su dinero empezasen (sic) a imprimir los libros de que eran autores bajo el rubro de EDICIONES MÉXICO MODERNO...”⁵⁴

La cita anterior es muy ilustrativa en varios aspectos, pues deja en claro los esfuerzos que hicieron algunos intelectuales para contar con otra editorial, que publicara buenos libros en cuanto a impresión se refiere. Pero además de ser una opción frente a las imprentas y librero-editores, esta editorial no estaba en condiciones de “liberar” a los autores del pago por editar sus obras, aun cuando se dieran “...condiciones fáciles de pago.”

Más tarde, los principales accionistas, en lo que a dirección editorial se refiere, no quisieron publicar cualquier manuscrito que se les presentara por el hecho de haber aportado una determinada cantidad. Ante ello, se tomó la determinación de regresar esas aportaciones en cuanto se estuviera en condiciones de pagarlas, evitando con ello verse obligados a publicar textos de mala calidad, que fuera en detrimento del prestigio de la nueva casa editora, ya que tenía como objetivo principal editar a buenos autores antiguos y modernos.

⁵³ Ibidem Pedro Ángel Palou, nos dice que la *Editorial Cultura* fue posible porque se le asignó el subsidio que recibía la revista estudiantil *Gladios*, cuando se armó un escándalo por ese subsidio. Quien otorgaba esa ayuda era la Secretaría de Instrucción Pública, a cargo de Felix F. Palaviccini. Véase: *La casa del silencio*. op. cit. p. 62

⁵⁴ Ibidem

Pero no era suficiente con la intención de hacer buenas impresiones y contar para ello con buena maquinaria, pues existía el problema de la calidad del papel para la edición de libros. Muchos editores e impresores, incluso autores, se quejaban constantemente del problema del papel, ya fuera por su precio, por su escasez, o por su mala calidad.

Si bien existían productoras de papel desde tiempos de la Colonia y se fundaron otras en la primera mitad del siglo XIX, fue a partir de la segunda mitad de ese siglo que se fundaron fábricas con maquinaria moderna. Considerando que la ciudad de México empezaba a ser el centro de la producción librera, sin olvidar que también se imprimían libros en otros estados del país, las productoras que se establecieron en la capital del país o próximas a esta ciudad, durante los años mencionados, satisfacían con muchos esfuerzos las necesidades de papel para imprimir, ya por el cambio de dueño y administración; las dificultades para introducir las materias primas, o transportar el papel fabricado, debido a la ubicación de la fábrica, la escasez de los desperdicios de las fábricas de textiles, la hilacha, papeles viejos y otros desechos. Incluso, existían algunas empresas (traperías) que se encargaban de reunir esos desperdicios para después venderlos a las fábricas de papel. Otro factor que limitó la producción fue la dependencia de la energía hidráulica. Por último, se dice que el raquítico consumo de papel no estimulaba la inversión para modernizar la infraestructura productiva. A todo ello, se sumaron los altos impuestos que sufrían las importaciones de papel, lo cual afectaba al mercado y a los precios.⁵⁵

Las ubicación geográfica de una fábrica o la desleal competencia con otras productoras de papel, también contribuía a incrementar los problemas para conseguir papel por parte de los editores. Por ejemplo, después de pasar por varios dueños en medio siglo, finalmente en 1900, la fábrica de papel denominada *Peña Pobre*, fue comprada por Alberto Woern, contando con una máquina que producía 4 toneladas diarias de papel, utilizando como materia prima, trapo y celulosa de madera. En 1906, se introduce una máquina más, de segunda mano, para papeles de litografía y cartulina de color. Sin embargo, a partir del inicio de la revolución mexicana y en los años subsecuentes, la producción de papel en esta

⁵⁵ Véase el artículo que sobre el papel aparece en *Enciclopedia de México*. México: Enciclopedia de México, 2003. v. IX pp. 6191-6192, lo mismo que el artículo que aparece en el *Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México*. 6ª ed. México: Porrúa, 1995. v. 3 pp. 2632-2634

fábrica se paró como consecuencia del movimiento armado, ya que constantemente se veía invadida por las fuerzas en pugna.

Al término del movimiento armado, el mal estado de la maquinaria hizo que la elaboración de papel bajara considerablemente en esta fábrica. Aun así, cuando de 1917 a 1928 siguió activa, las dificultades para hacer llegar las materias primas o sacar el papel elaborado eran muy grandes, ya que el pedregal se extendía hasta lo que hoy es San Ángel, Ciudad Universitaria y la colonia Santo Domingo, continuando por lo que ahora es el Periférico y la colonia Isidro Fabela. La única entrada era rodeando ese pedregal por lo que hoy es calzada de Tlalpan y Huipulco, “de donde partía a Peña Pobre, un trencito tirado por acémilas”, lo que encarecía el transporte y, por tanto, el costo del papel. Años más tarde, se hicieron las gestiones para que se colocaran las vías de un tren de Tlalpan a la fábrica Peña Pobre, lo que sería después la Avenida San Fernando. En todo caso, a fines de los años 20's, esta fábrica se encontraba en dificultades económicas y de producción.⁵⁶

Esas condiciones del desarrollo de la industria del papel, sin duda limitaron cualquier actividad editorial, lo que explica, en parte, la actitud de los impresores, librero-editores, y otros que se dedicaban a editar libros, al querer cobrar al autor por imprimir su manuscrito. Aunque no es justificable esa actitud desde la perspectiva que nos da el tiempo, explica muy bien el grado de desarrollo en que se encontraba la industria del libro, y más concretamente, la relación que existió en esos años entre el autor y sus editores.

Finalmente, no hay desarrollo de la industria editorial si no existe una labor que tenga por finalidad la formación y el incremento del número de lectores. Y nuestro país, por la etapa de desarrollo social en la que se encontraba al iniciar el siglo XX, se vio en la necesidad de disminuir los altos índices de analfabetismo que existían.

⁵⁶ Lenz, Hans. *Historia del papel en México y cosas relacionadas (1525-1950)*. 2ª ed. México: Miguel Ángel Porrúa, 2001. pp. 552-554

Es justo mencionar que en esa labor, los intelectuales del *Ateneo de la juventud*, *los siete sabios* y la *Generación del 15*, tuvieron un papel de mucha importancia, no sólo como asesores de los caudillos militares, sino proponiendo políticas educativas, la fundación de editoriales, el desarrollo de algunas universidades, entre muchas actividades más.

El país, que durante la segunda década había vivido un periodo de inestabilidad política y social, entró a partir de los años 20's en una fase de estabilización, como lo veremos en el capítulo siguiente, brindando nuevas condiciones para conseguir los objetivos de educación y alfabetización en los diversos sectores de la población.

MUCHO RUIDO Y POCOS LIBROS.

En el presente capítulo, abarco un periodo dominado por dos de los principales caudillos de la Revolución Mexicana: Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles. Durante el gobierno del primero, se dio un fuerte impulso a la educación por medio de José Vasconcelos, y en el gobierno del segundo, si bien no con el mismo ímpetu, se llevaron a cabo planes y proyectos educativos con una orientación distinta a la anterior.

Después de un fuerte impulso entre 1920-1924, la educación muy pronto pasó a un segundo plano durante el gobierno de Calles, ya que se tenían otras prioridades. Más tarde, las consecuencias de la crisis económica internacional de 1929, provocó que la educación dejara de ser una prioridad. Esta crisis afectó al país hasta 1932, cuando se dio una recuperación en los precios del petróleo y la plata, que sumados a una política de devaluación de la moneda y al abandono del patrón oro, permitieron una sustancial recuperación económica y una posterior expansión, que coincidió con la llegada al poder de Lázaro Cárdenas.

3.1 Vasconcelos y la alfabetización.

Antes de empezar con la política educativa de Vasconcelos, es importante contextualizar en forma breve, las condiciones en las que se encontraba el Estado, tanto en lo político como en lo económico, para entender mejor ese auge educativo. Así, tenemos que la estabilidad política, derivada del triunfo y continuidad en el poder del grupo de Álvaro Obregón, le permitió al Estado a partir de 1920, llevar a cabo algunos de los cambios estructurales que había prometido la revolución, y que no se habían efectuado por las sucesivas disputas entre las diferentes facciones revolucionarias. Pero lo que más favoreció a las arcas del gobierno, fue un aumento en la producción petrolera.

En este marco, es importante destacar que durante el gobierno de Obregón, fueron dos las Secretarías más beneficiadas: la de Guerra y Marina, y la Secretaría de Educación Pública. Tan solo en 1923, se aprobó para la primera una cantidad de 113 millones de pesos, y para

la de Educación Pública, la suma de 52 millones, en comparación con la Secretaría de Comunicaciones que recibió 10 millones menos, de un presupuesto federal estimado en 348 millones.⁵⁷

Lo anterior, debe complementar la interpretación que se hace de la obra de Vasconcelos, pues su política de fundar escuelas, abrir bibliotecas, editar y distribuir libros, fueron actos que se realizaron en base al considerable presupuesto que se le asignó, permitiéndole incluso, comprar ediciones baratas de algunos títulos de editores españoles. El otro factor que le permitió realizar su obra fue el apoyo y el entusiasmo de universitarios, jóvenes profesionistas, maestros, intelectuales, y todo aquél que estaba convencido de la lucha contra el analfabetismo.

Es muy conocida la obra de Vasconcelos al frente de la Secretaría de Educación Pública durante el gobierno de Obregón, por lo mismo, no es mi intención analizarla aquí en forma exhaustiva. Sin embargo, además de interpretar la obra de Vasconcelos desde el punto de vista editorial, me interesa destacar que el Estado, por medio de la política educativa, se convirtió en uno de los principales editores de textos de lectura, poniendo su atención en la educación básica.

A pesar de los cambios en la Constitución, seguía existiendo una actitud de *autonomía* en las clases políticas de cada estado, que rechazaba las políticas del gobierno federal en lo relacionado con la educación. Vasconcelos, aún cuando no se lo propuso, fue muy hábil en su intento por romper esas actitudes localistas, ya que primero propagó en todo el país su campaña de alfabetización, valiéndose de invitaciones en los diarios de circulación nacional, lo mismo que de la promoción en esos medios, sobre la entrega de libros y la fundación de bibliotecas. Finalmente, invitando a los gobiernos estatales para crear escuelas sostenidas por el gobierno federal o por los gobiernos locales, pero al fin y al cabo, contagiándolos y convenciéndolos de fundar escuelas,⁵⁸ buscando una homogeneidad en los planes de estudio desde la SEP. Sin embargo, cabe mencionar que este proceso

⁵⁷ Dulles, John W.F. *Ayer en México. Una crónica de la Revolución 1919-1936*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002. p. 113 Sin embargo, en el último año del gobierno de Obregón, el presupuesto de la SEP se redujo drásticamente para quedar en 25 millones y medio. Cfr.: Loyo, Engracia. *Gobiernos Revolucionarios y educación popular en México, 1911-1928*. México: El Colegio de México, 1999. p. 133

⁵⁸ *Ibidem.* véase especialmente la segunda parte llamada: *La reconstrucción educativa, 1920-1924*.

encontraba sus límites frente a los poderes de la iglesia, de los caciques y caudillos con poder regional.

La política educativa de Vasconcelos fue tolerada por la Iglesia porque no hacía hincapié en poner en práctica la Constitución de 1917, en relación a la educación laica. Por su parte, los caudillos y caciques regionales no tuvieron reparo porque no se cuestionaba su poder desde el gobierno central. En todo caso, la puesta en práctica de la Constitución y la consolidación del poder estatal federal, se tenían que dar tarde o temprano, desencadenando las contradicciones que encerraban.

Vasconcelos veía a la educación como la panacea que sacaría al pueblo de la ignorancia y de su condición miserable; la lectura tenía la finalidad de volverlo más racional, más humano, si se le educaba en los ideales de la cultura occidental.⁵⁹ En este marco, es que se tiene que insertar la amplia actividad desplegada por él, tanto en la edición como distribución de libros.

“José Vasconcelos personificaba en 1921 las aspiraciones educativas de la Revolución como ningún hombre llegó a encarnar, digamos, la reforma agraria o el movimiento obrero. En primer término, Vasconcelos era lo que se llama un intelectual, es decir, hombre de libros y de preocupaciones inteligentes; en segundo, había alcanzado la madurez necesaria para advertir las fallas del porfirismo, y lo bastante joven no sólo para revelarse contra él, sino para tener fe en el poder transformador de la educación; en tercero, Vasconcelos fue el único intelectual de primera fila en quien confió el régimen revolucionario, tanto que a él solamente se le dieron autoridad y medios de trabajar.....La educación no se entendió ya como una educación para la clase media urbana, sino en la única forma que en México puede entenderse: como una misión religiosa, apostólica, que se lanza a todos los rincones del país llevando la buena nueva de que la nación se levanta de su letargo y camina.”⁶⁰

Al revisar la historia de México desde su independencia política, no encontraremos una política de Estado encaminada a impartir educación básica a la población. Existieron, sí, planes e intenciones, que muchas veces se quedaron en el papel o en el escritorio. Si entre

⁵⁹ Existe una amplia bibliografía sobre la obra educativa de José Vasconcelos, sin embargo, una obra que me parece peculiar porque analiza al personaje desde un punto de vista más humano, es la obra de Linda Sametz, *Vasconcelos. El hombre del libro*. op. cit.

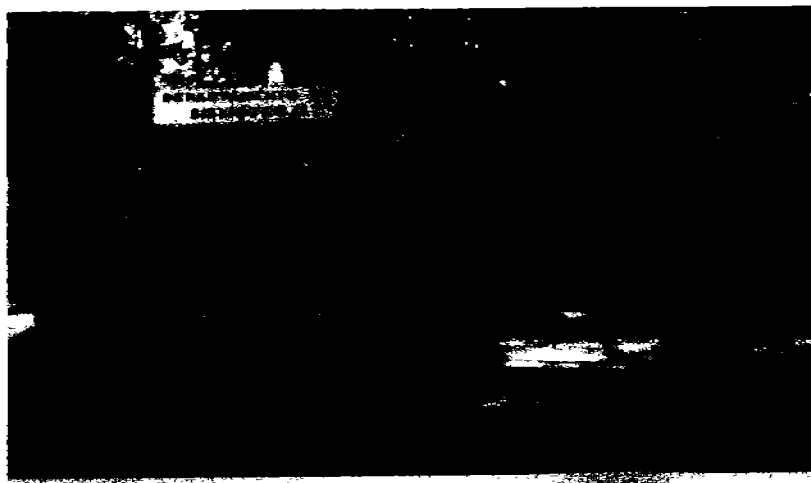
⁶⁰ Cosío Villegas, Daniel. *Ensayos y notas*. México: Hermes, 1966. Tomo I pp. 140-141

tanto desorden político, no existió un gobierno que se encargara de fundar escuelas, mucho menos hubo preocupación por la creación de bibliotecas públicas.

Por primera vez en la vida independiente del país, el Estado asumía una política educativa que fue más allá de la educación superior, ya no sólo para beneficio de una *clase media y urbana*, sino para beneficio de la mayor parte de la población. Para ello, se convirtió en el principal editor de textos de lectura en este periodo. “Como botón de muestra, basta señalar que entre 1920 y 1924 se editaron libros de texto para educación primaria y libros de lectura clásica para niños en una cantidad cercana al millón de ejemplares.”⁶¹

De allí que la obra de Vasconcelos cobre mayor importancia. Al calor de las demandas sociales enarboladas en la revolución y plasmadas luego en la Constitución de 1917, apoyado en su formación en los libros, Vasconcelos fue el primer mexicano en preocuparse por fundar varias bibliotecas de diverso tipo en todo el territorio nacional: públicas, rurales, escolares y ambulantes. (imagen 8)

Imagen 8. Biblioteca ambulante.



Fuente: Maawad, David (edit.). *Los inicios del México contemporáneo*. México: CNCA, INAH, 1997.

⁶¹ “Lectura, reto del presente” en: *Libros de México*, núm. 19, 1990. p. 44

Su visión y conocimiento sobre la importancia del libro, lo llevaron a impulsar el libro como herramienta que acercara al pueblo a la civilización. Quiso hacer de México un país más civilizado por medio de la lectura, iniciando así un largo proceso para sacarlo de ese estado tan vil de analfabetismo en el que se encontraba. Es en este marco que debe valorarse el esfuerzo y la obra de Vasconcelos, fuera de la polémica desatada por el tipo de libros que imprimió, en la evaluación y análisis de los frutos de su política, no hay que olvidar las dimensiones del atraso en materia educativa y el tiempo tan corto al frente de la SEP para llevar a cabo su proyecto educativo. Si bien el número de alfabetizados fue mínimo, tampoco hay que olvidar que se trata de un proceso lento, que sólo da resultados a mediano plazo, pues un lector no se hace con unos cuantos libros.

Ahora bien, la actividad editora del Estado de ninguna manera significó una competencia para los pocos editores e impresores que existían en esos años, ya que el grado de desarrollo de la incipiente industria editorial era muy precario, toda vez que la figura del editor apenas empezaba a conformarse, existiendo más bien, los librero-editores y los impresores particulares. Se trató, por parte del Estado, de disminuir el analfabetismo y fomentar el desarrollo social, ampliando el número de lectores. Esta política no podía ser asumida más que por el gobierno federal, ya que los fines que los editores persiguen son más limitados y de otra índole.

Desde el momento en que Vasconcelos emprendió la campaña de alfabetización, hicieron falta materiales de lectura, sin embargo, para subsanar esa situación se utilizaron algunos libros editados por la iniciativa privada como: *La guía metodológica de la enseñanza de la escritura y la lectura* de Enrique Rebsamen; el libro *Método onomatopéyico*, de Gregorio Torres Quintero; *El tesoro del adulto* del profesor Juan Ruiz Gómez, todos ellos editados por la Librería de la Vda. de Charles Bouret. Hubo profesores que utilizaron también el libro de Adalberto Esteva titulado: *Libro nacional de lectura*. Otros libros utilizados fueron: *El primer libro de lectura* de Luis Mantilla, o *El Silabario de San Miguel*. Engracia Loyo nos dice que la SEP contribuyó con la edición de dos títulos de Ignacio Ramírez: el

Libro nacional de lectura y El silabario. De Justo Sierra se imprimieron 100 000 ejemplares de su *Historia Nacional*.⁶²

En realidad, los libros de texto eran editados por unas cuantas casas editoras, teniendo el monopolio la Vda. de Bouret, los Hermanos Herrero y la librería de Donato Elías Herrero y Cía. Para los niveles de educación superior, dos casas comercializaban y editaban los libros que se requerían: la Librería de Porrúa Hnos. y la Editorial Cultura. Mientras que la primera satisfacía la demanda de los estudiantes con libros importados; la segunda realmente se dedicaba a la edición, la traducción y la promoción de los autores mexicanos.

Por tanto, las ediciones del Estado no representaron una competencia para el pequeño grupo que se dedicaba al negocio de los libros, ya que también, debido a la saturación de trabajo en los Talleres Gráficos de la Nación, sólo una pequeña parte de lo que se había proyectado publicar, se cumplió. El plan comprendía la publicación de cien obras literarias, aproximadamente, de autores clásicos grecorromanos, de autores latinoamericanos, tratados de higiene, sociología, ciencias, y aquellas sugeridas por el público.⁶³

Cuando Vasconcelos logró hacerse de los Talleres Gráficos de la Nación, para ponerlos bajo el control de la Universidad, los organizó en tres secciones: 1) trabajos del gobierno, 2) la edición de los libros de autores clásicos, y 3) las publicaciones de la Universidad. Para ello, contó con una nueva planta editorial importada de Estados Unidos,⁶⁴ sin embargo, fue insuficiente ante las necesidades de las oficinas gubernamentales, lo que limitó en gran medida los planes de edición de Vasconcelos. (Cf. Anexo 1)

En el Boletín de la SEP se informa que la revista *El Maestro*, se publicó mensualmente en forma regular hasta octubre de 1921, pero que desde esa fecha y hasta junio de 1922, la revista sufría un atraso en su publicación, debido a la saturación de trabajo. Es por eso que el plan editorial de la Colección de los clásicos no pudo completarse, y salieron a la luz entre 16 y 17 títulos, todos ellos de autores como Platón, Esquilo, Eurípides, Dante,

⁶² Loyo, E. *Gobiernos revolucionarios y educación...* op. cit. p. 129 y 201

⁶³ Loyo, Engracia. op. cit. p. 200

⁶⁴ Perales Ojeda, Alicia. *La cultura bibliográfica en México.* México: UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2002. p. 179, y también Samentz, Linda. op. cit. p.109

Plutarco, Plotino, que fueron distribuidos como material de lectura. Para los maestros, junto con la revista ya mencionada, también se editó *El libro y el pueblo*, siendo uno de sus primeros directores, Vicente Lombardo Toledano.

A pesar de las limitaciones editoriales del gobierno, se despertó una reacción en su contra por parte de algunas librerías, impresores y negocios dedicados a la edición de libros de texto, que vieron con malos ojos la edición y distribución gratuita de libros. Este tipo de reacciones no tenían fundamento, pues muchos librero-impresores seguían “explotando” sus éxitos editoriales, destinados no sólo a las escuelas privadas, sino también para uso en las escuelas oficiales. Además, los libros que editó el gobierno eran textos de lectura más no libros de texto.

Entre las librerías que se dedicaban a la edición de libros de texto, mencionemos dos: La *Librería de la viuda de C. Bouret*, situada en la calle 5 de mayo y que controló gran parte del comercio del libro, formando un amplio catálogo de libros de texto de primaria, además de libros de historia y literatura. En la segunda década del siglo XX, cambió de propietarios y de nombre para denominarse *Sociedad de Edición y Librería Franco Americana*, con las siglas de SELFA.

Otra empresa que desde fines del siglo XIX inició sus actividades fue *Herrero Hermanos*. Los hermanos Leoncio y Guillermo Herrero fundaron en 1890 la Librería Religiosa de Herrero Hermanos. Hasta 1927 tuvo la razón social de Herrero Hnos., y sucesores, para después convertirse en sociedad anónima. Cuando los Hermanos Herrero deciden cerrar su negocio en 1935, Ricardo y Donato compran lo que quedaba a los Hermanos, y 10 años después, cambian la razón social de la empresa por *D. E. Herrero y Cía.* bajo la cual funcionó hasta fines del siglo XX.⁶⁵

Con el agregado de librero editores, esta empresa se caracterizó primero por la edición de libros religiosos y después, por la edición de textos para escuelas primarias y secundarias. Algunos de los libros publicados en las dos primeras décadas del siglo son: *Atlas*

⁶⁵ Pereira, Armando. (coord.) *Diccionario de literatura mexicana*. 2ª ed. México: UNAM, Ediciones Coyoacán, 2004. pp. 247-248

geográfico escolar de la República Mexicana, (1913?) de Daniel Delgadillo; la tercera edición del libro: *Elementos de historia general y de Historia Patria: para el segundo año de educación primaria superior*, (1921) de Longinos Cadena; la segunda edición de: *Nueva gramática de la lengua castellana*, (1912) de Rafael Ángel de la Peña. Otros títulos de esta casa son: *El lector hispano americano*, *El niño mexicano*, *El lector católico mexicano*, *Moral práctica*, la serie de lectura de Delgadillo, entre otras.

La *Librería Botas*, fue fundada en 1905 por Andrés Botas, quedando después en manos de su hijo Gabriel Botas. A partir de 1911 empezó su actividad como editor, publicando en los 20's a Vasconcelos, Mauricio Magdaleno, López y Fuentes, entre otros más. Esta librería con frecuencia anunciaba en *El Universal Ilustrado* las revistas de modas importadas, por ejemplo: *París Elegante*, Edición de lujo, a \$ 2.00; *La Femme Chic*, Edición de lujo, a \$2.00; *Les modes*, a \$3.00, las cuales fueron dirigidas a un público lector muy selecto.⁶⁶ Ángel Palou agrega que: “como impresor, en cambio, el cubano Andrés Botas se quejaba de la falta de público lector al mismo tiempo que cobraba por editar poemarios y pequeños dramas en ínfimos tirajes.”⁶⁷

Por tanto, no podemos hablar de una competencia por parte del Estado hacia los editores privados de libros de texto, ya que siguieron conservando su mercado cautivo y vendiendo sus éxitos editoriales para enseñar a leer y escribir.

3.2 La lectura y los tipos de lectores.

Después del movimiento armado de 1910-1917, en cada uno de los sectores poblacionales, la lectura estuvo presente en diferentes magnitudes y cobró también una importancia diferente, desde los que aprendían a leer hasta los estudiantes e intelectuales. Engracia Loyo, al referirse a las condiciones en las que se desarrolló la campaña de alfabetización, nos brinda una imagen de muchos profesores que participaron en ella, y el insignificante papel de la lectura en su vida laboral.

⁶⁶ *El Universal Ilustrado*, de enero a marzo de 1921.

⁶⁷ Palou, Pedro Ángel. *La casa del silencio*. op. cit. p. 95

“La preparación de los maestros dejaba mucho que desear. Si bien muchos afirmaban tener conocimientos sólidos de pedagogía y psicología y haber leído a Rébsamen, Binet, Montessori, Dewey, la Escuela Moderna de Ferrer Guardia, a Carlos Carrillo y al propio Torres Quintero, aceptaban que en los últimos años “por la Revolución no habían tenido tiempo ni de leer ni de comprar”. La mayoría, sin embargo, confesaba no estar familiarizada con ninguna obra pedagógica.”⁶⁸

Si esto pasaba en un sector que debió estar más en contacto con la lectura ¿qué podemos esperar de quienes aprendían a leer y carecían de textos de lectura? Los lectores ocasionales y aprendices, indudablemente se vieron afectados por la falta de materiales de lectura. Carlos Monsiváis, en una entrevista realizada por Gerardo Estrada, expresó que si hubieran existido los cómics en esos años, éstos hubieran llenado el vacío existente por la falta de libros de lectura, adecuados para quienes empezaban a aprender a leer.⁶⁹ En todo caso, Vasconcelos no sólo se preocupó por enseñar a leer al pueblo, sino también por fundar escuelas primarias, fundamentalmente rurales, en un periodo de tiempo que se antoja reducidísimo (1921-1923) ante la magnitud del analfabetismo.

Además de ese tiempo tan corto, las dimensiones del problema se acrecienta si consideramos que la población se encontraba incomunicada en muchos de sus Estados y municipios, pues las carreteras y caminos eran en su inmensa mayoría de terracería. Ante ello, no sería exagerado pensar que los textos de lectura y material didáctico para el nivel primario, se quedaran en las escuelas urbanas de las principales capitales. Entonces, la carencia de estos materiales en el interior del país se acentuaba por su mala distribución.

La situación fue muy distinta en la capital del país, donde el ambiente que se vivió por los libros y la lectura fue muy intenso. Cosío Villegas, que ha sido uno de los que dejaron por escrito esos momentos nos dice:

“Entonces sí que hubo ambiente evangélico para enseñar a leer y escribir al prójimo; entonces sí se sentía, en el pecho y en el corazón de cada mexicano, que la acción educadora era tan apremiante como saciar la sed o matar el hambre. Entonces comenzaron las grandes pinturas murales, monumentos que aspiraban a fijar por siglos las angustias del país, sus problemas y sus esperanzas. Entonces se

⁶⁸ Loyo, E. op. cit. p.145

⁶⁹ *Presencias del siglo. Diálogo entre generaciones*. México: Telmex, Televisión Metropolitana, Canal 22, 2000. vídeo: “Historia de la cultura”, núm. 3

sentía fe en el libro, y en el libro de calidad perenne; y los libros se imprimieron a millares y por millares se obsequiaron. Fundar una biblioteca en un pueblo pequeño y apartado parecía tener tanta significación como levantar una iglesia y poner en su cúpula brillantes mosaicos que anunciaran al caminante la proximidad de un lugar donde descansar y recogerse.”⁷⁰

Al final del gobierno de Obregón se alfabetizaron 52 000 personas, según cifras dadas por el gobernante en su último informe de gobierno.⁷¹ Al considerar esa cifra, además de las dificultades ya mencionadas, no debemos olvidar que la formación de lectores es un proceso lento, que rebasa los tiempos de un gobierno, y que este periodo de cuatro años tenemos que verlo como el inicio de una política que rendiría frutos años más tarde.

También había quien pensaba que la lectura era sólo para unos cuantos. Por ejemplo, en una carta escrita por Carlos Díaz Dufoo Jr. a su amigo Xavier Icaza en 1920, le reclama su inclinación hacia las masas diciéndole: “La muchedumbre no sabe nada, no vale nada, nunca ha valido nada...Por eso los libros deben ser escritos para uno mismo. Los únicos que pueden hacer esto, esos que tú llamas intelectuales (...) Claro que hay otros libros, los creados para la especie (...) me aterra que hayas comenzado a gustarlos.”⁷²

Si la lectura tenía una reducida práctica en los profesores encargados de implementar la campaña de alfabetización, ello no ocurría entre el equipo de universitarios y colaboradores de Vasconcelos. Éste no sólo era un guía, un líder intelectual que se imponía, sino también el prestigiado ateneísta que se había opuesto al positivismo y que ahora los convocaba a participar con él para hacer extensiva la educación fuera de las aulas, fuera de la Universidad, y fuera de la ciudad. Para esos jóvenes, era un orgullo poder colaborar con Vasconcelos. Se conjugaron así dos factores principales: la presencia y prestigio de Vasconcelos, y el entusiasmo, la vitalidad, los deseos, el ánimo, la voluntad e inquietudes de esos jóvenes, con el fin de hacer algo por el México recién convulsionado, en donde casi todo estaba por hacer.

⁷⁰ Cosío Villegas. *Memorias*. op. cit. pp. 141-142

⁷¹ Loyo, E. op. cit. p.133

⁷² “Carta a un amigo” en: Díaz Dufoo, Carlos. *Obras*. México: Fondo de Cultura Económica, 1981. pp. 287-289

Esa participación a temprana edad en la reconstrucción del país y la colaboración en los distintos gobiernos les dio una integración, casi una hermandad, que les permitía ubicarse en qué Secretaría o puesto gubernamental se encontraba cada uno de ellos. Por otro lado, el estar en “primera fila” les permitía empaparse de los asuntos esenciales del país, obligándoles a ser autodidactas en asuntos económicos, políticos, educativos, etc.

La experiencia de algunos miembros de este grupo en la docencia universitaria, los llevó a ver la necesidad e importancia de contar con textos en español, ya fueran escritos en este idioma o en traducciones adecuadas. Esta inquietud sería capitalizada por Cosío Villegas años más tarde, con la fundación del Fondo de Cultura Económica. El entusiasmo y la fe en el libro, además de las acciones de Vasconcelos, dejó una huella permanente en él.

En 1921, aun siendo estudiante universitario, se realizó el Primer Congreso Internacional de Estudiantes en la Ciudad de México en septiembre de 1921. Cosío Villegas fungió como presidente del Congreso y tuvo la oportunidad de acercarse a otras delegaciones de Latinoamérica, en especial la delegación Argentina, entre quienes se encontraba Arnaldo Orfila Reynal. La simpatía que sentía Obregón hacia el presidente argentino, quien se oponía a la política de Estados Unidos, se dejó ver en la preferencia hacia los estudiantes argentinos durante una cena ofrecida a los asistentes al Congreso, hecho que acercó más a Orfila y a Cosío Villegas.⁷³ Esta amistad es muy importante en el fortalecimiento y desarrollo del FCE, como lo veremos más adelante.

La lectura entonces no sólo era promovida por Vasconcelos y sus colaboradores, y éstos no sólo descubrían la necesidad de imprimir libros en español para formar los cuadros que el país necesitaba, sino que ellos mismos eran grandes lectores. Por ejemplo, Jesús Silva Herzog, lector asiduo, intenso y perseverante, que desde muy niño, por padecer problemas de visión, su familia lo creyó incapaz de aprender a leer. Sobreponiéndose a sus limitaciones, demostró su férrea voluntad por aprender a leer, hasta convertirse en uno de los mejores pensadores y críticos del siglo XX mexicano. En sus memorias nos dejó el testimonio sobre su formación autodidacta:

⁷³ Durante todo su periodo de gobierno, Obregón tuvo dificultades con Estados Unidos para ser reconocido por éste, hecho que distrajo su atención de otros asuntos internos.

Mi sed de conocimientos no tenía límite. Vencida la resistencia familiar, estudiaba y leía de 5 a 7 horas diariamente. Conseguí el plan de los estudios preparatorios del Instituto Científico y Literario, y durante cinco años estudié solo todas las materias: matemáticas, física, química, raíces griegas y latinas, botánica, historia, literatura, etcétera.⁷⁴

Su hábito como lector no lo dejaría nunca. Era un lector en toda la extensión de la palabra. Aun no terminaba sus estudios cuando también se incorporó a la docencia en la década de los 20's. La siguiente cita es un claro testimonio de aquellos jóvenes intelectuales como lectores intensos que eran. ¡Claro! Era una minoría, pero, ¡qué minoría tan más culta! Y pensar que fueron estos intelectuales los que asesoraron a los caudillos en los gobiernos posrevolucionarios.

“Entre 1920 y 1923 trabajé sin descanso un promedio de 9 horas diarias: las clases que daba para ganarme el pan, las que tomaba en Altos Estudios y la lectura de unas cuantas decenas de libros. Me propuse conocer algo de la cultura griega y de la latina. Leí *Los trabajos y los días* de Hesíodo; *La Iliada* y *La Odisea* de Homero; las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides y las comedias de Aristófanes; las Odas de Píndaro; los poetas bucólicos griegos, Teócrito, Bión de Esmirna y Mosco de Siracusa; *Los nueve libros de la historia* de Herodoto de Halicarnaso; la *Historia de la guerra del Peloponeso de Tucídides*; la *Ciropedia*, *Recuerdos de Sócrates* y *La vida y las doctrinas de Sócrates* de Jenofonte; *La política*, *Ética nicomaquea*, de Aristóteles, y todos los *Diálogos* de Platón, sin excluir *El Estado* o *La república* y *Las Leyes*.....”⁷⁵

Silva Herzog nunca se olvidó de los libros. Incluso promovió la creación de algunas bibliotecas gubernamentales, como la de la Secretaría de Hacienda, que inicialmente se quería como biblioteca para el estudio de la economía. Cuando Luis Montes de Oca fue nombrado secretario de Hacienda en 1928, nombró a Silva Herzog jefe del Departamento de Biblioteca y Archivos Económicos: “No había lo uno ni lo otro y era menester organizar todo. En la oficina central de Archivos de la Secretaría había cientos de libros sin encuadernar, la mayor parte amontonados en el suelo.” Con un equipo de 19 personas, entre las que se encontraban Francisco Gamoneda (librero y editor), Antonio Espinosa de los Monteros y la señora Mona Teixidor, (seguramente familiar de Felipe Teixidor, bibliógrafo y bibliófilo que colaboró con los Porrúa durante muchos años) Silva Herzog, después de encuadernar y catalogar los materiales existentes en la Secretaría, además de adquirir libros

⁷⁴ Silva Herzog, Jesús. *Una vida en la vida de México*. México: Siglo XXI, SEP, 1986. p. 18

⁷⁵ Silva Herzog, op. cit. p. 66

sobre economía en las diversas lenguas, abrió la biblioteca el 1º de septiembre de 1928, con un acervo de 5000 volúmenes.⁷⁶

Dos años más tarde, cuando fue nombrado asesor del Comité Reorganizador de los Ferrocarriles Nacionales de México, también se preocupó por organizar en una oficina, una Biblioteca de Estudios Económicos de los Ferrocarriles Nacionales de México, que reuniera todos los documentos y libros que pudieran ser de utilidad al Comité. Colaboraron con él en esta oficina Daniel Cosío Villegas, Gonzalo Robles, Enrique Sarro, entre otros. “Con mi manía de las bibliotecas se fundó una especializada en transportes. La señora Mona Teixidor se encargó de la catalogación con su ayudante, el joven Joaquín Ramírez Cabañas”⁷⁷

Un testimonio más que ilustra sobre la práctica de la lectura que llevaban estos jóvenes, lo proporciona Martín Luis Guzmán: “semanariamente (sic) nos reuníamos en la Biblioteca de Caso, donde leíamos y comentábamos libros fundamentales. Éramos grandísimos lectores, grandes conversadores: nos comunicábamos impresiones y analizábamos nuestras ideas.”⁷⁸

Julio Torri, quien gozó de una fama de lector erudito, expresa la forma en que aprendió a traducir, así como la enorme cantidad de libros leídos desde su infancia, en Torreón.

—“Y ya en la ciudad de México, don Julio, ¿qué autores leyó?

—Antes le diré que mi primera biblioteca (la que usted ve es la tercera) le pusieron Alfonso [Reyes] y Pedro [Henríquez Ureña] la Biblioteca del Estudiante Pobre. Ya se imagina las groseras ediciones que poseía. En esa época mis lecturas eran muy intensas: leía de doscientas a cuatrocientas páginas diarias...”⁷⁹

Estos ejemplos de lectores son los que integraron la minoría a la que vengo refiriéndome, es decir, una minoría de lectores consuetudinarios, que se contraponen a la inmensa mayoría de la población en México, carente de textos de lectura. Sin embargo, independientemente de cuál sea su relación con la lectura, tanto profesores como colaboradores directos de Vasconcelos, jugaron un papel de gran importancia en el desarrollo cultural del México

⁷⁶ op. cit. pp. 86-87

⁷⁷ op. cit. p. 131

⁷⁸ Carballo, Emmanuel. *Protagonistas de la literatura mexicana*. México: Alfaguara, 2005. p.90

⁷⁹ op. cit. p.185

posrevolucionario. Unos educando y formando a la niñez desde el aprendizaje de las primeras letras hasta potenciales lectores; los otros, fundando y desarrollando las instituciones educativas y editoriales, ambas necesarias para incrementar el número de electores y desarrollar la industria editorial.

3.3 Los autores y sus editores

Un acontecimiento que nos muestra el centralismo literario y editorial ya existente en México, lo es la polémica de mediados de la década. Ésta se desarrolló en los meses finales de 1924 y los primeros de 1925, en uno de los diarios capitalinos. No es mi intención ni propósito describir aquí tal polémica, sino rescatar el tema sobre la situación en la que se encontraba la industria editorial, tocado de manera tangencial por uno de ellos. Francisco Monterde argumentó que a falta de críticos profesionales, dedicados a leer, analizar, comentar y presentar las últimas novedades, esta nueva literatura era casi desconocida por el público lector.

En ese desconocimiento de los nuevos escritores y sus obras, mucho tenía que ver el mundo editorial, dejando en claro que sin una infraestructura editorial, sin un soporte que fuera el motor para dar a conocer al escritor y su literatura, la “República de las Letras” no podría constituirse plenamente, es decir, la infraestructura editorial era fundamental para integrar esa “República”, para darle mayor unidad y corporeidad.

Cuando Francisco Monterde escribió sobre Mariano Azuela y su desconocimiento por parte de los intelectuales capitalinos, además de la inexistencia de editores, mencionó otro motivo: la atención de los “lectores privilegiados” puesta en el extranjero.⁸⁰ El mismo Mariano Azuela expresó la indiferencia de la cual fue objeto, al decir que: “...los escritores a quienes había enviado por correo certificado todas mis novelas a medida de su aparición, confesaron no haberme conocido nunca y aun desconocer mi nombre”⁸¹

En un artículo que escribió Francisco Monterde, publicado en *El Universal* en su edición del 25 de diciembre de 1924, mencionó la condición en que se encontraba la edición de

⁸⁰ Monterde, Francisco. *Mariano Azuela y la crítica mexicana*. México: SepSetentas, 1973. pp. 15-17.

⁸¹ Azuela, Mariano. *Los de Abajo*. Ed. crítica de Jorge Ruffinelli. 2ª ed. op. cit. p. 229

libros. Por ser de importancia para este trabajo, reproduzco las líneas que se refieren a este tema:

“...por falta de críticos, el público de México no lee las obras mexicanas; prefiere comprar las extranjeras que vienen precedidas del prestigio de que las rodean los críticos de otros países. [...] Muchas de las obras que representarán mañana esta época, están escritas, pero no se han publicado; otras, han aparecido de una manera fragmentaria en diarios o revistas, sin llegar a reunirse en volumen, y otras, por último, a pesar de haberse publicado en un libro, han sido editadas defectuosamente. Esas causas impiden su difusión y conocimiento.

En México, el mismo autor tiene que ser, casi siempre, editor de sus obras. No existe una editorial fundada sobre bases firmes —excepción hecha de las que se especializan en libros de texto— que realice, como un negocio, la publicación de un libro. Hay libreros que editan por amistad o por conveniencia propia; pero no sobre las bases de mutuo negocio, ventajoso para el escritor y para ellos. De allí que las obras que se publiquen sean, generalmente, pequeñas —folletos y *plaquettes*, en su mayoría—, porque el autor prefiere imprimir lo que le cuesta menos. Cuando se trata de una novela grande, en dos o más volúmenes, se ve obligado a imprimirla en papel de infima clase o a buscar editores fuera de la República, en los países en donde ya existe, cimentado, el negocio editorial...”

Durante el régimen pasado, y aun dentro de los primeros años de lucha, las obras de literatura ocupaban a los tipógrafos de las imprentas oficiales. De las oficinas impresoras de las secretarías de Hacienda y de Fomento, salieron, durante mucho tiempo, libros de versos y volúmenes de cuentos, publicados con ayuda oficial merced a la influencia de un mecenas *científico* o a la oportunidad de una dedicatoria. Sería interminable la lista que se hiciera con los autores y las obras que se publicaron de esta forma, perjudicial tal vez para el erario, pero benéfica para la literatura porque suplía la falta de editores. Más tarde, ese recurso fue suprimido y ni la imprenta de la Secretaría de Educación ha dado facilidades a los literatos de México para imprimir sus obras.”⁴²

Antes de pasar a analizar la cita desde el punto de vista editorial, llama la atención la idea implícita sobre quiénes eran los lectores. Sin duda se refiere a una minoría que tiene la opción de elegir entre leer lo nacional y lo extranjero. Por otra parte, se deja en claro cómo las condiciones de producción y publicación de los textos de lectura, determina la difusión y conocimiento de un autor, la circulación de una obra entre los lectores y la relación que se establece entre el autor y su editor.

⁴² Monterde, F. op. cit. pp. 11-15 También puede seguirse la polémica en el diario El Universal a partir del 20 de diciembre hasta finales de febrero de 1925.

Es así como se puede entender por qué cuando Mariano Azuela había ya publicado por lo menos 10 obras, incluyendo *Mala yerba* (1909), *Los caciques* (1917), y la *Malhora* (1923), seguía en el anonimato entre lectores y editores al momento de la polémica. Lo anterior determinó la relación que se estableció entre el autor y el editor de *El Universal*, cuando el director de este diario decidió imprimir *Los de abajo*, pagándole en especie cincuenta ejemplares por su obra. La novela se publicó en una serie de cinco cuadernillos del suplemento *El Universal Ilustrado*. Sólo entonces, cuando se hizo una nueva edición desde la *capital cultural*, Azuela empezó a ser conocido.

En el libro *Epistolario y archivo*, aparece una nota a pie de página ampliando la relación que se dio entre Azuela y Carlos Noriega Hope, director de *El Universal*. En la entrevista, hecha a Gregorio Ortega en julio de 1965, se dice:

“Este semanario no pagó a Azuela suma alguna en concepto de derechos de autor por publicar *Los de abajo* en su suplemento literario. (Publicaciones Literarias Exclusivas de El Universal Ilustrado, suplemento semanal, 29 de enero a 24 de febrero, 1925)...haciéndole ver con claridad que podría ser un gran honor para el novelista ser difundido entre un vasto público lector”⁸³

Azuela empezó a tener el reconocimiento de los suyos a partir de su éxito en Europa. A mediados de 1926, Gregorio Ortega, viajó a Madrid como corresponsal del periódico citado. Como gran admirador de Azuela, iba con la idea de promover la novela en aquel país, distribuyendo algunas decenas de ejemplares de la obra recién editada. Afortunadamente para Azuela, el periodista fungió como un verdadero promotor, al grado que también fue una especie de representante editor. Así, después de varias gestiones, se editó la novela en España en 1927, por una editorial relativamente nueva: Biblos. Años más tarde, el mismo Azuela reconoció esa labor de Ortega: “No sé lo que habría quedado de esta boruca de *Los de abajo* si Orteguita no se lleva a España en su maleta treinta de los cincuenta ejemplares con que la editorial de *El Universal Ilustrado* me pagó la edición”⁸⁴

Lo anterior es un ejemplo de cómo España y Francia, eran referentes obligados para muchos escritores de Latinoamérica, ya que fungían como calificadores o evaluadores del

⁸³ Azuela, Mariano. *Epistolario y archivo*. México: UNAM, 1969. p. 201

⁸⁴ Azuela, Mariano. *Obras completas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1960. v.3. p.1174 citado por Ruffinelli op. cit. p. 239 y ss

valor literario de una obra e influían en su difusión u olvido. Este mismo criterio lo expresa Ortega a Azuela en septiembre de 1928, para persuadirlo de publicar toda su obra en España o Francia, y no en México, argumentando que sus obras, por ser universales, en México se perderían debido al pobre ambiente cultural.⁸⁵

En México, si bien es cierto que para esos años ya existían algunos editores de prestigio, el número de ellos, como hemos visto, no era demasiado, y muchas veces, autores jóvenes y desconocidos como Azuela, tenían que publicar sus obras en revistas, en periódicos o en forma de folletos, con la desventaja de que su formato, volátil, efímero, desechable como las hojas de periódico, se perdiera. En cambio el formato de un libro, por más sencilla que sea su edición, siempre será más difícil deshacerse de él, pues le otorga una cualidad de integridad a la obra que permite leerla de corrido sin tener que esperar a que salga la siguiente parte; facilita su préstamo, su circulación en el mercado, su conservación, y otorga un estatus de distinción a su poseedor.

Como dice Chartier, la determinación del formato de la edición influye en su recepción por parte de los diferentes tipos de lectores. En este caso, vemos claramente como la obra pasa de la indiferencia y el anonimato, al reconocimiento literario en los diversos tipos de lectores. Sin duda, el momento y las circunstancias en la que un texto cobra cuerpo, también contribuye a su mayor o menor apropiación y receptividad en los lectores.

Como mencioné arriba, el número de editores y librerías no eran demasiados, lo cual quedó de manifiesto cuando se realizó la *Primera Feria del Libro en México*, en noviembre de 1924 en el Palacio de Minería, a la que asistieron las principales editoriales y librerías de ese momento. La Feria, que fue organizada por Jaime Torres Bodet, director del Departamento de Bibliotecas de la SEP, tuvo una duración de trece días y su finalidad fue la de difundir la lectura, propiciar el comercio de libros y promover la edición e impresión de los mismos.

⁸⁵ Cfr. la carta de Azuela del 8 de julio de 1929 en: *Epistolario y archivo*, op. cit. p. 210., en donde se ponen de manifiesto los abusos editoriales y cómo desde muy temprano, el autor se vio afectado por las ediciones piratas.



Entre las casas que asistieron se menciona a la Librería Porrúa Hnos., la Editorial de Genaro Sisniega, la Editorial Cultura y México Moderno, la Sociedad de Ediciones y Librerías Franco-Americana (SELFA), nueva razón social de la librería de los Bouret, la Librería alemana Otto Bettinger, la Librería Fausto, la Librería de Herrero Hnos., la American Book Store, el Departamento Editorial de la SEP, así como las empresas editoras de periódicos y revistas y las productoras de papel San Rafael, Peña Pobre, San Agustín, entre otras empresas de litografía y artes gráficas.⁸⁶

La elaboración de las nuevas obras literarias por parte de los jóvenes escritores, hizo ver la necesidad de contar con más y nuevos editores. En mayo de 1923, se llevó a cabo un Congreso de Escritores y Artistas convocado entre otros por José Juan Tablada, Jesús B. González, el Dr. Atl y Arqueles Vela. Allí, además de varios asuntos, se planteó la necesidad de crear una casa editorial que auxiliara al escritor en la publicación de sus textos sin tener que pagar la impresión. Se planteó también la necesidad de restringir las importaciones de libros europeos "...verdaderos desechos literarios que quitan lectores a los autores nacionales y prostituyen el gusto."⁸⁷

Relevo generacional

Pero antes de seguir adelante en el asunto de las generaciones, veamos cómo la conceptualiza Octavio Paz:

"Una generación literaria es una sociedad dentro de la sociedad y, a veces, frente a ella. Es un hecho biológico que asimismo es un hecho social: la generación es un grupo de muchachos de la misma edad, nacidos en la misma clase y el mismo país, lectores de los mismos libros y poseídos por las mismas pasiones y los mismos intereses estéticos y morales. Con frecuencia dividida en grupos y facciones que profesan opiniones antagónicas, cada generación combina la guerra exterior con la intestina. Sin embargo, los temas vitales de sus miembros son semejantes; lo que distingue a una generación de otra no son tanto las ideas como la sensibilidad, las actitudes, los gustos y antipatías, en una palabra: el temple."⁸⁸

⁸⁶ *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía*. 6ª ed. v. 2. México: Porrúa, 1995. p.1266

⁸⁷ *Ibidem*. p.86

⁸⁸ Paz, Octavio. *Generaciones y semblanzas. Dominio mexicano*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990. Obras completas, v. 4, p. 94

Es decir, una generación esta influida por el conjunto de lecturas y el momento histórico que le tocó vivir, que motiva a que un grupo, más o menos de la misma edad, tenga una visión, una concepción semejante, más no igual, sobre la cultura, la estética, la filosofía, incluso sobre la política, lo que los lleva a reunirse, ya sea alrededor de un lugar, una revista, un periódico o una editorial, que son los medios en los cuales hacen extensivas sus ideas y posiciones ante la sociedad.

Así, a lo largo de la década de los 20's se dio el relevo generacional, pues al mismo tiempo que se publicaron obras de autores que pertenecieron a la generación anterior, (fallecen en estos años figuras como: López Velarde, Díaz Mirón, Heriberto Frías, Antonio de la Peña, Francisco Bulnes, Emilio Rabasa, Manuel de la Parra y Victoriano Salado Álvarez) también empezaron a editarse títulos como: *Piedra de sacrificios*, poema iberoamericano, con prólogo de Vasconcelos (México: Edit. Nayarit, 1924); *Seis, siete poemas*. (México: Aztlán Editores, 1924) ambos de Carlos Pellicer; *El movimiento estridentista* (Jalapa, Ver.: Horizonte, 1926) de Germán List Arzubide; *El águila y la serpiente*, en *El Universal*, 1926, de Martín Luis Guzmán; la *Antología de la poesía mexicana moderna*, (México: Contemporáneos, 1928) de Jorge Cuesta, por mencionar sólo algunos, pero que son señal de que la literatura empezaba a levantar vuelo, ya fuera en el ensayo, la novela, el teatro.⁸⁹

Los miembros de la generación de *Contemporáneos* vinieron a elevar el medio literario, toda vez que las dos generaciones anteriores: *el Ateneo* y la *Generación del 15*, más que creación literaria propia, practicaron el ensayo, la crítica y la interpretación, con temas de tipo filosófico y político, estético y arquitectónico, pasando por la poesía, la música y la pintura.

En lo que respecta al ensayo se publicaron obras como: *Las calles de México* (1922), de Luis González Obregón; *Historia del arte en México* (1920), de Manuel Toussaint. Al tiempo que surgió una temática reciente: la diplomacia mexicana, con títulos como: *La embajada mexicana en el Perú* (1922), de Antonio Caso; *La diplomacia mexicana* (1923), por Ángel de la Peña; y *Letras diplomáticas* (1925), de Juan B. Delgado. Pero también fue

⁸⁹ Palou nos informa que la Biblioteca de Autores Mexicanos Modernos (Editorial México Moderno, 1922) editaba obras de Caso, Vasconcelos, González Peña, Fernández Ledesma, López Velarde, Dr. Atl, González Martínez, Argüelles Bringas, Toussaint, Jesús T. Acevedo, entre otros. Ibidem. p. 84

en esta década cuando surgió la preocupación por buscar una filosofía, una estética, la búsqueda de una identidad como nación. Surgen obras como *La Raza Cósmica* (1925) de José Vasconcelos; *Discursos a la nación mexicana* (1922) de Antonio Caso, o *Principios de estética*. De esta manera, a lo largo de los años 20's, la oferta de lecturas indudablemente se fue diversificando, proliferando las publicaciones de los escritores, los críticos e intelectuales, con obras de literatura, de arte, de historia y de filosofía.

Entre 1929 y 1930, se publicaron varias obras de otros tantos escritores: del Dr. Atl, *Cuentos bárbaros*; de Andrés Henestrosa, *Los hombres que dispersó la danza. El libro de Chilam Balam de Chumayel*, traducido y editado por Antonio Mediz Bolio. *La rueca del aire*, de José Martínez Sotomayor; *¡Vámonos con Pancho Villa!* (1931) de Rafael F. Muñoz, y el libro póstumo *El son del corazón* (1932), de López Velarde.

Un género que empezó a cobrar fuerza lo fue la novela de la Revolución, con obras como: *El águila y la serpiente* (1928) y *La sombra del caudillo* (1929) que se editaron primero por entregas, antes que en formato de libro.⁹⁰ Los editores de periódicos estaban muy interesados en fomentar la creación de este género y publicarlo por entregas, ya que aumentaban el número de los tirajes. Por ejemplo, *El Nacional* fomentó un concurso de novelas revolucionarias al iniciarse la década de los 30's.

Como puede observarse, efectivamente hubo un incremento en el número de textos de lectura, sin embargo, cabe preguntarse ¿Después del periodo de Vasconcelos al frente de la SEP, qué pasó con la edición de textos de lectura para aquellos que apenas empezaban a leer, ¿Siguió siendo el Estado el principal editor de textos de lectura para estos sectores?

⁹⁰ Emmanuel Carballo rescata una anécdota referente a *La sombra del caudillo*, en donde se dice que Plutarco Elías Calles se puso frenético e intentó prohibir la circulación de la novela, cuando ésta llegó a México. Genaro Estrada intervino e hizo ver al Jefe Máximo que aquello era una atrocidad y un error. "Lo primero, por cuanto significaba contra las libertades constitucionales y lo segundo, porque prohibida la novela circularía más. El gobierno y los representantes de Espasa-Calpe —editorial que publicó la obra—, a quienes se amenazó con cerrarles su agencia en México, llegaron a una transacción: no se expulsaría del país a los representantes de la editorial española, pero Espasa-Calpe se comprometía a no publicar, en lo sucesivo, ningún libro mío cuyo asunto fuera posterior a 1910." Cfr. "Martín Luis Guzmán" en: *La Cultura en México*. Suplemento de Siempre!, núm. 185, 1 de septiembre de 1965. p. XIV

3.4 La política educativa de Calles

Durante el gobierno de Plutarco Elías Calles (1924-1928) y los 6 años en que ejerció el poder “detrás del poder” conocido como el Maximato, la revolución consistió para Calles en poner las bases institucionales, jurídicas, económicas, pero sobre todo, en la construcción de un Estado fuerte, con el único objetivo de lograr el progreso y la modernización económica del país.

Entre sus objetivos prioritarios estuvo la creación de un país económicamente desarrollado, donde a falta de una clase empresarial consolidada, el Estado tendría un papel activo en la economía. Para lograrlo, primero redujo el gasto público –incluyendo a la educación– con el fin de equilibrar los ingresos y los egresos; después, crear un superávit que permitiera crear el Banco de México, el Banco de Crédito Agrícola y el establecimiento de una red ferroviaria y de caminos.

En el terreno que nos interesa, el educativo, a pesar de que Calles manifestó seguir la misma política que su antecesor, en realidad lo que se dio fue una reorientación en la política educativa. En su plan sobre la modernización del país, todas las actividades giraban en función de la economía, y la educación no era la excepción.

En primer lugar, el presupuesto se vio reducido de 9.3 a 7.1%; se canceló la Campaña de lucha contra el analfabetismo en enero de 1925, y finalmente, tanto el secretario de la SEP, José Manuel Puig Casauranc, como el subsecretario Moisés Sáenz, impulsaron un pragmatismo educativo frente a los principios de Vasconcelos, es decir, establecieron una educación con fines útiles, prácticos y productivos, para reemplazar la educación basada en los valores de la civilización occidental. Una de las formas de lograr ese cambio fue la reorientación de la política editorial del gobierno. Tanto el formato como el contenido de las publicaciones cambió, dando preferencia a los manuales y folletos en lugar de la edición de libros.

“Más de un millón de manuales, 227 títulos sobre temas diversos, como cría de animales, prácticas agrícolas, higiene e industrias, ayudarían a obreros y campesinos a mejorar la calidad de su trabajo y a aumentar su productividad. Por orden del presidente se publicó una serie de obras breves sobre el cooperativismo en Europa, sobre estatutos de las sociedades de consumo y sobre cajas de ahorro.

El tiraje inusitado de estos folletos, 30 000 ejemplares por cada título, por lo menos seis veces mayor que los folletos ordinarios, revela la importancia que se concedía al tema.⁹¹

La idea era convertir al campesino en un hombre útil y productivo. En una sociedad predominantemente rural, donde las enfermedades y epidemias causaban un número considerable de muertes porque no existía un sistema de salud pública, agua potable ni atención hospitalaria, se hacía urgente atacar de algún modo ese problema. La manera más adecuada que se pensó para atacar ese problema fue por medio de la información impresa, es decir, con folletos y manuales de higiene.

Desde el punto de vista editorial, cabe mencionar que durante los primeros meses del nuevo gobierno, la SEP continuó con la publicación de algunas ediciones ya casi terminadas, como el segundo volumen de *Lecturas Clásicas para niños* (1924); la edición del *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*; un libro sobre leyendas en Tabasco, “seguidas de 80 títulos de carácter popular que representaban 444 mil ejemplares,” sin embargo, a pesar de ello, la política editorial del gobierno pronto cambió, dejando de editar libros de cultura para inclinarse por la publicación de folletos y manuales.

En cuanto a la edición de libros de texto para las escuelas primarias, fuera de algunos títulos como el *Método nacional de lectura y escritura* de Ignacio Ramírez, el *Método natural para enseñar a leer y escribir a los adultos* y *El libro del campesino*, el gobierno optó por no publicar un texto oficial, dejando en libertad a los docentes de usar cualquiera de los editados por las casas editoriales. La excepción a esta política fue la publicación de un librito de lecturas llamado *Fermin*, del pedagogo Manuel Velásquez Andrade, quien ganó la convocatoria para tal fin. Poco después, se publicó otro librito con el título: *Fermin lee*, que fue complemento del anterior, ambos de 1927 y 1928, respectivamente. Estos dos títulos, de aproximadamente 100 páginas cada uno, fueron ilustrados por Diego Rivera con 23 y 17 dibujos, respectivamente.⁹² Sin embargo, no existió una política editorial por parte de la SEP, como la hubo en la administración anterior. De esta manera, tenemos que:

⁹¹ Loyo, Engracia. *Gobiernos revolucionarios y educación...* op. cit. p. 227

⁹² Tibol, Raquel. *Diego Rivera ilustrador*. México: Secretaría de Educación Pública, 1986. p. 35

“...los libros de texto eran el mejor negocio para las editoriales particulares que compraban los originales a los autores a precios irrisorios y luego recogían las ganancias al cubo en varias ediciones y reimpressiones. Los libros de lectura, algunos de ellos en uso desde hacía varios años, como las obras de Gregorio Torres Quintero, Enrique Rébsamen, Luis Mantilla y muchos otros eran publicados por Botas, Herrero, o Ch. Bouret.”⁹³

Tanto Plutarco Elías Calles (quien había sido profesor de primaria) como su secretario de Educación, José Manuel Puig Casauranc,^{*} estuvieron empeñados en erradicar las concepciones metafísicas del mundo, es decir, eliminar la influencia de la religión en la educación, principalmente en las escuelas primarias particulares. Así, en febrero de 1926, el secretario de Educación Pública estableció un Reglamento de Escuelas Particulares y otro de inspección y vigilancia, con el fin de hacer cumplir el artículo 3o.- constitucional.

Lo anterior fue la gota que derramó el vaso, ya que no sólo protestaron los sacerdotes y toda la jerarquía eclesiástica, al considerar que se les estaba quitando una de las actividades que creían propia de su investidura, sino que hicieron alianza con los caudillos y caciques regionales, que por su parte, intentaban demostrar su poder frente al Estado, no sólo en el terreno militar, sino en otros ámbitos como el económico, el político y el educativo. Si bien la Constitución de 1917 establecía una educación laica, de manera abierta o clandestina los sacerdotes seguían teniendo ingerencia en la enseñanza.

Con esa actitud, fomentaron no sólo la creación y sostén de escuelas particulares, municipales o estatales, sino con diferentes contenidos a los impulsados por la SEP. En muchos casos, por medio del púlpito, se convencía a los padres para que dejaran de enviar a sus hijos a las escuelas oficiales. Su enfrentamiento con el poder federal desató el movimiento político, religioso y educativo, conocido como La Cristiada (1926-1929), que no analizaremos aquí por no ser tema de este trabajo. Sin embargo, la consecuencia de este enfrentamiento fue un alto en la aplicación de una política educativa que terminara con el analfabetismo, y en general, avanzar en el progreso del país, así como un retraso en la *centralización educativa* intentada por Vasconcelos.

⁹³ Loyo, E. “La lectura en México, 1920-1940” en: *Historia de la lectura en México*. op. cit. p.268

* En 1931 fundó la editorial *La Razón*, la cual desde su nombre indica la manera de pensar de Casauranc.

Después del periodo gubernamental de Calles, la sucesión de tres presidentes entre 1928 y 1934, dificultó la implementación de una política educativa y de alfabetización. A pesar de la influencia que Calles que ejerció detrás del poder, los vaivenes políticos se imponían, dejando en un segundo plano la política educativa. Mucho menos se podía pensar en una política editorial como la existente durante Vasconcelos al frente de la SEP. Sin dejar de tomar en cuenta que la colaboración inicial entre la Universidad Nacional y la SEP, por medio de los intelectuales universitarios, pronto fue cayendo en un distanciamiento entre ambas instituciones, que alcanzó su clímax con la obtención de la Autonomía Universitaria en 1929, y el enfrentamiento por querer imponer la educación socialista en la Universidad en 1933.

Para finalizar este capítulo, podemos decir que después del breve periodo de Vasconcelos al frente de la SEP, la política educativa gubernamental se caracterizó por la existencia de mucho ruido y pocos libros de lectura para la población. Aun así, y considerando que se acababa de salir de una revolución social, en la construcción del nuevo Estado se tenía muy presente el papel que debía desempeñar la educación y la lectura.

En este sentido, la política educativa posrevolucionaria debe ser vista tan sólo como el inicio de una transformación que modificó las maneras de leer, ya que además de invitar a ejercer la lectura, es decir, que fuera más allá de los círculos de los lectores privilegiados, para llegar hasta quienes jamás habían tenido un texto en sus manos, puso en práctica un tipo de lectura extensiva, que fuera más allá del texto religioso y la lectura escolar.

En concordancia con Roger Chartier, aquí uso el término *extensión* no sólo en el sentido de abarcar un número variado de lecturas por parte de un lector, lo cual incluye la diversidad en la oferta, sino también en el sentido de ampliar, llevar la lectura a muchos sitios. Por ejemplo, un lector puede ser extensivo por el número variado de textos de lectura, e intensivo, desde el momento en que dedica un tiempo considerable, a leer una cantidad determinada de páginas.

Por otra parte, cabe mencionar que las políticas de alfabetización y educación de la sociedad, sólo pueden ser propias del Estado, en el entendido que es una institución que se da la sociedad para su propio beneficio, sin que por ello, dejen de colaborar las empresas que integran el gremio editor.

En el periodo que abarca este capítulo queda claro que la transformación de las prácticas de lectura tiene ritmos y etapas diferentes a las de los procesos políticos, ya que por su propia naturaleza son más lentos y muchas veces se ven interrumpidos por los procesos políticos. Así, no podemos dejar de mencionar que ante el atraso educativo en que se encontraba la sociedad mexicana, el afán de querer impulsar la “revolución” cultural a una velocidad para la que no estaba preparada, provocó la reacción de los sectores más conservadores. En este sentido:

“Es preciso acotar que los cambios culturales se producen normalmente en tiempos dilatados, después de que un conjunto muy amplio de los integrantes de la sociedad se convencen de los nuevos valores, o adopta formas inéditas para realizarlos. El cambio cultural es constante, pero hay elementos que tienen una resistencia y una duración mucho mayores.”⁹⁴

En este sentido, la Revolución Mexicana no dejó de lado un elemento transformador inherente a toda revolución desde la Francesa, es decir, la alfabetización de la sociedad. La confianza plena en la palabra escrita, con el fin de cambiar las viejas creencias y comportamientos de la sociedad, y así, acercarla a los nuevos patrones de cultura. Por tanto, el proceso de la Revolución Mexicana hizo extensiva la práctica de la lectura a diversos sectores sociales, y en otros, modificó esas prácticas al pasar de una lectura en voz alta o clandestina, a la normalización en la difusión y lectura de diversos textos.

⁹⁴ Paoli Bolio, Francisco J. *Conciencia y poder en México. Siglos XIX y XX*. México: Miguel Ángel Porrúa, 2002. p.41

CAPITULO 4

FUNDACIÓN DE MODERNAS CASAS EDITORIALES

En este capítulo estudiaremos como se promovió la lectura desde dos entes distintos: el gobierno y las organizaciones sindicales. Tanto uno como otro, confluyeron coyunturalmente en las ideas socialistas. Esta coyuntura es conocida como el periodo cardenista de la revolución mexicana y una de sus características más conocidas lo es la "educación socialista", implementada por parte del gobierno. Por otro lado, los diversos organismos sociales, promovieron y difundieron las ideas socialistas por medio de boletines, hojas sueltas, periódicos, revistas y libros, haciéndose eco del prestigio que adquiría la Revolución Rusa. Al mismo tiempo, esa actividad de difusión jugó un papel importante en el desarrollo de la cultura impresa entre la sociedad de esos años, ya que de manera implícita se realizaba una nueva campaña de alfabetización que se reflejó en un aumento en la demanda y oferta de lecturas de tipo sindical, es decir, se promovió la lectura entre los trabajadores y con ello, se motivó a ciertas editoriales a satisfacer esa demanda.

Por otro lado, la creación de nuevas instituciones de educación superior y el desarrollo del sistema educativo con la creación de nuevas escuelas de educación básica, fueron factores que incentivaron la demanda de textos de estudio más allá del periodo cardenista. Si hasta 1940, la educación rural fue vista como factor fundamental del desarrollo social y económico del país, dando prioridad, por lo tanto, a la alfabetización y educación de los campesinos e indígenas, a partir del gobierno de Ávila Camacho (1940-1946), se inició el proceso de industrialización como base del desarrollo económico y con ello, una nueva concepción del papel que debía desempeñar la educación.

Por último, trataremos acerca de la llegada de los españoles a nuestro país, (en su mayoría profesionistas e intelectuales) que vinieron a impulsar el desarrollo de la industria editorial, no sólo como autores de obras escritas sino también con la creación de medios impresos como revistas y boletines, además de la fundación de varias casas editoriales y librerías.

4.1 La alfabetización

En 1934, el Partido Nacional Revolucionario elaboró el *Plan Sexenal* como programa de gobierno para su candidato, el Gral. Lázaro Cárdenas. Ese Plan Sexenal contó con un proyecto educativo conocido como *Educación Socialista*, que al margen de disputas y polémicas por su significado ideológico, hacía hincapié en la educación para las clases trabajadoras.

Pero no se crea que ese proyecto de *educación socialista* hablaba del acceso a una educación superior, como se pudiera creer, sino el acceso a la *educación técnica* con miras a ser de utilidad para las industrias. Tampoco se trató de implementar una política educativa para disminuir los porcentajes de analfabetismo imperantes en la sociedad, sino más bien de reorganizar la educación técnica y ofrecerla a las masas de obreros y campesinos, como medio para alcanzar un mejor nivel de vida en base a su capacitación.

Otro de los objetivos que se perseguía con la *educación socialista* —por parte de los caudillos revolucionarios— era concretar el deseo de eliminar la influencia religiosa en la educación, es decir, no se quitaba el dedo del renglón; ello quedó de manifiesto en la reforma del Artículo 3º de la Constitución en 1934:

“La educación que imparta el Estado será socialista y, además de excluir toda doctrina religiosa, combatirá el fanatismo y los prejuicios, para lo cual la escuela organizará sus enseñanzas y actividades en forma que permita crear en la juventud un concepto racional y exacto del universo y de la vida social.”⁹⁵

Pero el problema no estuvo allí, sino en la gran confusión ideológica que provocó la palabra “socialista”, ya que era ambigua y general, sin que se especificara el concepto. Uno de los sectores donde esta confusión privó fue entre los profesores del campo, principales encargados de poner en práctica la educación socialista. Jesús Silva Herzog, uno de los simpatizantes del socialismo en aquellos años, nos dice:

“El problema que se presentó desde luego en cuanto a la educación socialista consistió en que la inmensa mayoría, la aplastante mayoría de los profesores de enseñanza primaria y secundaria no sabían lo que era el socialismo. En 1935 y

⁹⁵ Tena Ramírez, Felipe. *Leyes Fundamentales de México 1808-1973*. México: Porrúa, 1973. p. 881

1936 dicté conferencias explicando la doctrina socialista a grupos de profesores de primaria y secundaria ...Y estoy persuadido de que durante los años de vigencia del artículo en cuestión [3° constitucional] no fue efectiva la enseñanza del socialismo por impreparación (sic) de los maestros.⁷⁹⁶

Es decir, la inmensa mayoría del magisterio no estaba capacitado en lo que significaba y quería el gobierno dar a entender por *educación socialista*, pues mientras en la teoría y la propaganda repartida por los sindicatos se decía una cosa; lo que perseguía el gobierno era algo muy distinto. Cualquier política estatal de educación tenía que pasar por la capacitación y preparación de los profesores en cuanto a los objetivos que se perseguían, algo que no se estaba en condiciones de llevar a cabo. A esa confusión ideológica hay que agregar la división que provocó la política educativa denominada socialista no sólo entre el magisterio, sino en gran parte de la sociedad. Esta división sólo fue superada hasta bien entrado el gobierno de Ávila Camacho.

Esta educación socialista coincidía con el auge del movimiento sindical y anticapitalista de principios de los años treinta, y es en este marco que se dio la iniciativa para llevar a cabo la alfabetización, el fomento y la promoción de la lectura desde la sociedad misma, específicamente en las ciudades, por medio de sindicatos y partidos políticos.

El auge de los movimientos sociales y sindicales fue consecuencia de la crisis económica de 1929, y como respuesta a la política represiva del Presidente Emilio Portes Gil. Ante ello, las organizaciones obreras respondieron con la reorganización y la creación de nuevas centrales obreras, de tal manera que al tomar posesión de su gobierno el Gral. Cárdenas, la fuerza política adquirida no podía ser ignorada. Por otro lado, la revolución rusa, que era vista como el futuro de la humanidad, se contraponía a la crisis del capitalismo de 1929. Se pensaba que el capitalismo, como sistema, estaba próximo a desaparecer.

¿Pero cómo es que se promovió la lectura y la edición de textos desde los sindicatos y partidos políticos? En primer lugar, es necesario decir que se había difundido la idea entre los obreros, sobre *la lucha de clases* como una de las principales ideas del marxismo. Bajo esa premisa, es que la promoción de la lectura entre las organizaciones sindicales y partidos

* Silva Herzog, Jesús. *Una vida en la vida de México*. México: Siglo XXI / SEP, 1986. p. 220

políticos tuvo también un carácter de *lucha de clases*. Es decir, la lectura era vista como un *instrumento de lucha* indispensable para las organizaciones sociales, pues mantener informados a sus miembros por medio de textos de lectura, redundaba en una mayor fortaleza de sus organizaciones, y por lo tanto, mayores posibilidades en el logro de sus luchas.

Fue así como este sector de la población urbana no se quedó a la espera de la implementación de una política educativa desde el Estado, para aprender a leer o tener textos de lectura, ya que las publicaciones obreras adquirieron importancia para las diversas organizaciones sociales. Así, encontramos diversos medios de lectura como revistas, periódicos, folletos, manuales, carteles y hojas sueltas, que eran impresos por un gran número de sindicatos y por el partido comunista o socialista.

Este tipo de lecturas no era nuevo, pues venían acompañando el desarrollo de la clase obrera desde fines del siglo XIX, sin embargo, la particularidad es que durante el periodo cardenista, las publicaciones obreras ya no tenían que circular en la clandestinidad, a pesar de sus limitaciones en la distribución, la periodicidad y su tiraje.

Por ejemplo, la difusión de las ideas socialistas en nuestro país tuvo su vinculación con los movimientos obreros, mineros y algunos partidos políticos a fines del siglo XIX, predominando sin embargo, la influencia anarquista. En las dos primeras décadas del siglo XX, la difusión de textos marxistas fue muy limitada, restringiéndose a los estudiantes universitarios. Fue hasta la década de los 30's cuando cobró un impulso la difusión de este tipo de textos, directamente traducidos de sus idiomas originales: el alemán, el ruso y el inglés, y publicados en revistas, boletines, panfletos y periódicos.

En este contexto, la implementación de la educación socialista coincidió con el aluvión de publicaciones que difundían la fe en el socialismo, ante la "inminente" caída del capitalismo. Sin embargo, es importante recalcar que esta influencia ideológica sobre la difusión del socialismo, predominó en las principales ciudades del país, ya que en el campo al parecer su influencia fue de menor grado.

La mayoría de las organizaciones sociales realizaron una labor educativa por medio de sus Secretarías de Educación y Propaganda, las cuales publicaban un órgano de información. Por ejemplo, el Sindicato Mexicano de Electricistas, contó con una publicación llamada *Luz*, fundada en 1927. Las personas encargadas de editar la revista, fundaron la editorial del mismo nombre, con el fin de extender sus actividades hacia los obreros de la ciudad.

Vicente Lombardo Toledano, líder de la CTM, creó una revista llamada *Futuro* a partir del 1 de diciembre de 1933. Esta revista rápidamente se convirtió en un órgano informativo con gran influencia entre obreros y campesinos, y su difusión seguramente se vio beneficiada al incorporar en cada ejemplar un número importante de imágenes. A diferencia de *El Machete*, *Futuro* acompañaba con fotos a los artículos. A partir de 1937, esta revista fue editada por la Universidad Obrera de México, con un tiro de 23 mil ejemplares.⁹⁷

La Universidad Obrera fue una institución que desde un principio editó varias publicaciones del pensamiento marxista. En el cartel que Vicente Lombardo Toledano mandó hacer para la inauguración de la Universidad (1934) destacan dos libros: uno en la mano del hombre, es el que resalta más, y contrasta con los grilletos de ambas manos, contraponiendo el conocimiento a la esclavitud. (imagen 9)

La Universidad Obrera contó con varios medios de difusión como la editorial *Futuro* y la revista *Futuro*, además de la revista *Universidad Obrera*, esta última de corta vida. La editorial publicó libros como *Biología y marxismo*, de Manuel Prenat; *Historia del pensamiento socialista*, de Jesús Silva Herzog; *Teoría y práctica del pensamiento socialista*, de John Strachey. Pero lo más significativo, es que la revista haya anunciado la traducción, edición y distribución de algunos libros de texto que se empleaban en las escuelas primarias de Rusia.⁹⁸

⁹⁷ González Mello, Renato (et al.). *Los pinceles de la historia: La arqueología del régimen 1910-1955*. México: UNAM, CNCA, 2003. pp.44-48. Es importante mencionar que la Universidad Obrera recibía un subsidio anual de 300 000 pesos por parte del gobierno federal, lo cual explica el número tan alto de ejemplares mencionados. Cfr. Silva Herzog, J. *Una vida en la vida de México*, op. cit. p. 163

⁹⁸ Loyo, Engracia. "La difusión del marxismo y la educación socialista en México, 1930-1940" en: Hernández Chávez, Alicia y Manuel Miño Grijalva (coords.) *Cincuenta años de historia de México*. México: El Colegio de México, 1991. v. 2 p.173

Imagen 9



En este caso, el libro simboliza la liberación por medio de la cultura y la educación. El otro libro aparece al fondo del cartel, del cual sale una mano indicando el futuro obrero, es decir, la estrella roja, símbolo del socialismo. Fuente: *Los pinceles de la historia. La arqueología del régimen 1910-1950*. México: UNAM, CNCA, 2003.

Un organismo que no estaba integrado de obreros o campesinos, pero que al identificarse con la causa de éstos, desarrolló una actividad editorial que les proporcionó materiales de lectura, lo fue la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR) que tuvo como principal publicación la revista *Frente a Frente* (1934-1938), en la que se anunció la realización de congresos, conferencias y otras actividades, además de artículos con un contenido social, político y "literatura revolucionaria." En ella escribieron Juan de la Cabada, Vicente Lombardo Toledano, Ermilo Abreu Gómez, Xavier Icaza, Arqueles Vela y Rafael F. Muñoz, entre otros.

Este tipo de lecturas no solamente fueron promovidas, editadas y distribuidas por las organizaciones sociales, sino también a iniciativa de algunas empresas editoriales. que al ver la demanda existente por el auge sindical, ofrecieron materiales de lectura para obreros y campesinos. Entre esas casas editoras podemos mencionar a la editorial *Frente Cultural*, que vendía colecciones completas sobre doctrina socialista a precios económicos; la editorial *Popular*, que dio a conocer *La Historia del Partido Comunista en la URSS*, y la editorial *América*, que editó la Colección Popular Lenin.

“En la capital del país los libros sobre temas de interés para el proletariado, sobre biografías de trabajadores y campesinos y, fundamentalmente, sobre teoría marxista, rivalizaron en las librerías con la producción habitual, lo que desmiente la creencia común de que en México sólo unos cuantos conocían el marxismo. Varias editoriales publicaban temas socialistas: Aguilar, Zeus, Cultura, Cenit, Lux, Frente Cultural América. Editora Popular, Ediciones de la Liga de Escritores Revolucionarios. La Editorial Espasa-Calpe anunciaba su colección de “libros revolucionarios”, entre los que se incluía la Colección Popular Lenin y *A la luz del marxismo*, y distribuía en México obras de Marx que acababan de aparecer en Europa...”⁹⁹

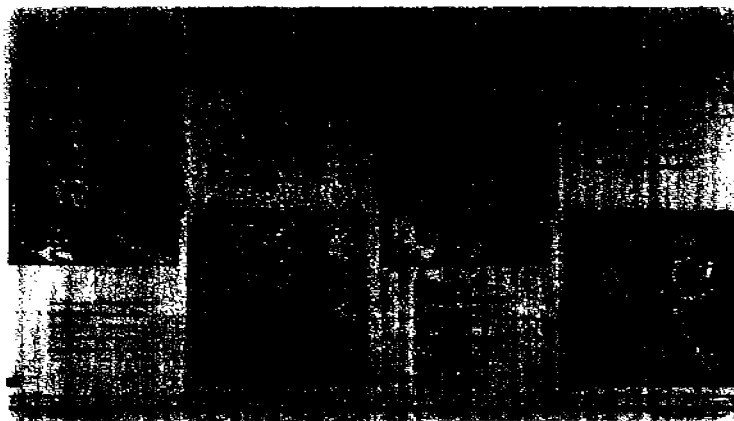
Las editoriales españolas, por medio de la exportación de libros, no se quedaron atrás. Por ejemplo, la editorial *Cenit*, vendió entre otros títulos: *La acumulación del capital: Estudio sobre la interpretación económica del imperialismo* (1933) de Rosa Luxemburgo; *El Capital*, (1934) de Carlos Marx y traducido por Wenceslao Roces, un intelectual que llega a México con los emigrados de fines de la década y enriqueciera las ediciones del Fondo de Cultura Económica.

La Educación Socialista

En ese marco de agitación sindical el gobierno de Cárdenas implementó, dentro de la política educativa, una política editorial que se caracterizó por la edición y distribución de folletos, boletines, carteles de propaganda, hojas sueltas, entre otros formatos. Uno de ellos fue el periódico mural *Martillo*, que publicó el Departamento de Bellas Artes de la SEP y se distribuyó en escuelas agrarias y confederaciones campesinas (imagen 10). Su objetivo consistió en apoyar la *educación socialista* del gobierno. por medio de textos breves con imágenes, que pusieran de manifiesto la transformación del individuo exaltando la higiene, el deporte y una sana alimentación.

⁹⁹ Ibidem p. 170

Imagen 10



Fuente: *Los pinceles de la historia. La arqueología del régimen 1910-1930*. México: UNAM, CNCA, 2003

En el ámbito rural, una de las publicaciones del periodo cardenista fue la revista *El Maestro rural*, cuya finalidad fue la de ser un medio de comunicación entre los maestros del campo, que además les proporcionara las herramientas pedagógicas para mejorar la enseñanza, ya que la asistencia a cursos de capacitación era casi imposible de realizarse por la dimensión del problema y la falta de escuelas normales en el país.

En la lucha contra el analfabetismo desde las escuelas públicas, es importante mencionar que si bien el número de estudiantes inscritos en la primaria había aumentado hasta antes del conflicto religioso (La Cristiada), una vez que éste ocurre, hay una disminución en el número de estudiantes inscritos. Estas cifras aumentarán muy levemente entre 1928 y 1934, ya que las repercusiones de la crisis económica de 1929 obligaron a muchos padres a apoyarse en la fuerza de trabajo de sus hijos para sobrevivir, ya fuera en el campo o en las fábricas de la ciudad.

La política social seguida por Cárdenas (distribución de la riqueza por medio de la mejora salarial entre los trabajadores del campo y la ciudad) durante la primera mitad de su gobierno, indudablemente se reflejó en el aumento de la matrícula escolar de primaria y secundaria, principalmente en la segunda mitad de la década de los treinta. Ello significó que al promoverse el incremento de la matrícula escolar, se iba constituyendo un sector

importante de estudiantes, que demandaron libros de texto, demanda que fue satisfecha por las casas editoras dedicadas a este tipo de materiales como Herrero Hnos. y Cía., la Editorial Porrúa y la Editorial Patria, por mencionar tres solamente.

Aquí, es necesario mencionar que un libro de texto para los niveles primaria y secundaria, a pesar de incorporar algunos textos breves de lectura, tienen como principal finalidad, la instrucción, la transmisión de conocimientos, por tanto, es una herramienta escolar. En cambio, el libro de lectura, de cualquier género literario, por ser de entretenimiento, recreación o pasatiempo, tiene otra finalidad. Es así como podemos diferenciar entre los usuarios de libros de texto escolar y los lectores de libros infantiles.¹⁰⁰

Al irse conformando un sector de estudiantes de los niveles básicos, se requirieron libros de texto, aunque fueran para lectores "por obligación", ya que constituían un *mercado* para las empresas editoriales dedicadas a la edición de ese tipo de libros. Visto desde este punto de vista, el fomento de la educación por parte del gobierno significó un estímulo para un sector de las editoriales, es decir, poco a poco se modificaban las condiciones para el desarrollo de la industria editorial.

Otro estímulo para el desarrollo de la industria editorial, si bien no en lo inmediato si a mediano plazo, fue la fundación del Instituto Politécnico Nacional en 1936. Su creación se dio en el marco de la *educación socialista*, y este proyecto consideraba la unificación y homogeneización de la educación técnica a nivel nacional. Con esta institución educativa se pretendió abrir el acceso a la educación para los trabajadores y campesinos, así como para sus hijos, con la particularidad de que se trató de la educación técnica para cubrir las necesidades tecnológico y operativas del país.

¹⁰⁰ Durante gran parte del siglo XX, se consideró como literatura para niños las biografías, las leyendas, los resúmenes de obras clásicas, libros de texto, libros con contenido moral como las fábulas, las tiras cómicas. Salvo muy contadas excepciones, como las *Lecturas Clásicas para Niños*, en la década de los 20's; los cuentos infantiles del libro: *Rosas de la infancia*, de la autora María Enriqueta Camarillo; la colección *Biblioteca del Chapulín* editada por la SEP en los 40's, y el libro *La literatura infantil en México (desde los aztecas hasta nuestros días)*, podemos decir que no existió un interés de las editoriales por este sector de potenciales lectores. Fue hasta el último cuarto del siglo pasado, que empezó a cobrar cuerpo el interés por este sector infantil de lectores. Así, en 1980 se organiza la Primera Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil y cada vez más casas editoriales fueron integrando en sus colecciones ediciones para niños.

Lo que se perseguía era responder –por un lado- a la coyuntura inmediata que se vivía, es decir, al brindar educación para los trabajadores y sus hijos, se satisfacía una demanda no solo del movimiento revolucionario, sino del movimiento obrero reciente; al mismo tiempo, se preparaban los cuadros técnicos que la incipiente industria requería y se creaban las condiciones para la industrialización del país. En ese sentido, no se trató de alfabetizar y proporcionar materiales de lectura como se hizo durante Vasconcelos, sino de formar y capacitar a los sectores productivos de la población para que respondieran a las necesidades económicas del país.

La necesidad de brindar educación técnica profesional ya se venía considerando desde años atrás, y se habían establecido algunas escuelas de artes y oficios. Sin embargo, fue en la primera mitad de la década de los treinta que se hizo más imperativa esa necesidad. Por ejemplo en 1933, Narciso Bassols, Secretario de Educación Pública, al formular la Ley Orgánica de la Universidad Nacional Autónoma de México expresó:

“...mientras no haya una reorganización fundamental en las profesiones liberales clásicas, mientras no haya en las profesiones una nueva orientación, un sentido social diferente y no asuman importancia muy clara y definida para la colectividad, *no juzga el gobierno que sea fundamental abrir las puertas de las profesiones liberales a la gran masa de proletarios de la República. El gobierno juzga, en cambio, que abrir las escuelas técnicas que forman nuevos tipos de profesionistas, —que sólo por prejuicios tradicionales se consideran de inferior calidad, de inferior altura a las clásicas profesiones de abogado, médico, ingeniero y dentista—, el gobierno juzga, repito, que en este camino está el porvenir de las clases pobres del país y el porvenir de la transformación industrial y económica de la República...*”¹⁰¹

Por un lado se intentó satisfacer las necesidades educativas de las masas, y por otro, cubrir la necesidad de capacitación para el trabajo. El mismo Lázaro Cárdenas, durante su campaña como candidato a la presidencia expresó: “La educación superior debe abandonar sus orientaciones a favor de las profesiones liberales para hacerse eminentemente técnicas. En cada centro industrial y al lado de cada factoría una escuela técnica para los asalariados.” (5 de enero de 1934).¹⁰²

¹⁰¹ Guevara Niebla, Gilberto. “El Instituto Politécnico Nacional y la reforma educativa cardenista” en: Oscar Mohar (comp.) *Crisis y contradicciones en la educación técnica de México*. México: Gaceta, 1984. pp. 58-59 (el subrayado es mío)

¹⁰² Medin, Tzvi. *Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas*. México: Siglo XXI, 1997. p. 61. Durán, Leonel. (selec.) *Lázaro Cárdenas Ideario político*. México: Ediciones Era, 1991. pp. 205-206

La educación técnica se venía perfilando como una preocupación desde fines del siglo XIX y en lo que iba del XX, en el afán por sustituir a los extranjeros en los puestos medios de trabajo de las industrias. En ese sentido, el proceso de reorganización de la educación técnica, encontró su momento culminante bajo el gobierno de Cárdenas, quien fundó, con la ayuda de varios intelectuales, el Instituto Politécnico Nacional en 1936.¹⁰³

La reorganización de las escuelas técnicas ya existentes y la creación de otras, dio como resultado la creación del IPN. Con ello, lo que se perseguía era capacitar al mayor número de personas en el lapso más breve, procurando que los estudiantes adquirieran las habilidades laborales para así obtener un ingreso económico. (Cfr. Anexo 2)

Así, a pesar de los problemas económicos por los que pasó la SEP para inaugurar y hacer funcionar a la nueva institución educativa, se destinaron cantidades considerables de su presupuesto para la construcción de edificios, la adquisición de maquinaria y equipo, con el fin de modernizar talleres y laboratorios. Al mismo tiempo, a la Universidad se le disminuyó su presupuesto, considerándosele un nido de conservadores por no alienarse a los dictados de la educación socialista. Recordemos que se había desatado una polémica meses antes, acerca de la implementación o no del carácter socialista en la educación superior.

En 1936, casi el 50% de los estudiantes se inscribieron a la Escuela de Ciencias Económicas Políticas y Sociales, lo cual es un reflejo del momento que vivía el país; sin embargo, al año siguiente esta situación se modificó y equilibró un poco la balanza, especialmente hacia la Escuela de Ingeniería Mecánica y Eléctrica. A nivel nacional, la población estudiantil registrada en el IPN en 1937, fue de 15,000 alumnos, y un año más tarde, se incrementó a 20.000 alumnos, como puede observarse en los cuadros 1,2 y 3, del Anexo 3.

¹⁰³ Rodríguez Álvarez, María de los Ángeles y Max Krongold (Coords.). *50 años en la historia de la educación tecnológica*. México: Instituto Politécnico Nacional, 1988. pp. 35-104

En sus primeros años después de fundado, los estudiantes del politécnico, más que una educación teórica, se formaban en la práctica cotidiana del taller, el laboratorio, la fábrica y la empresa. Sin embargo, con el paso del tiempo, pronto se convirtieron en un mercado que demandaba libros técnicos y especializados, contribuyendo de esta manera, a crear las condiciones del desarrollo de la industria editorial.

4.2 De librero-impresores, a editores

Con todas las circunstancias arriba mencionadas en la década de los 30's, la impresión y edición de libros en nuestro país empezó a experimentar una transformación, tanto de características cualitativas como cuantitativas, pues no sólo fueron apareciendo y cobrando forma nuevas casas editoriales y consolidándose las pocas que ya existían, sino que también empiezan a editarse libros con mayor calidad en sus materiales y a producirse en cantidades de mayor consideración.

Si bien la figura de aquellos que hemos venido llamando *librero-editores* se mantuvo, muy pronto se fue extendiendo la figura del *editor* y se fundaron nuevas casas editoriales, que fueron fundamentales en el desarrollo de la industria editorial. Cabe aclarar que no desaparece la figura del *librero-editor*, más bien se consolida la figura del *editor*, entendiéndolo por éste, como la persona que se dedica exclusivamente a todo lo relacionado con la selección de los textos, su impresión, la supervisión en la edición, además de la promoción y distribución de una obra publicada.

Mencionemos más en detalle las actividades propias del editor para dejarlas bien diferenciadas de las que realizaba un librero-editor. Un impresor, para empezar, es quien posee una imprenta y se dedica a imprimir una amplia variedad de trabajos, cobrando por ello. Imprime el trabajo que le ordenan, y en el caso de un texto, no realiza una revisión intelectual de la obra más que las revisiones tipográficas necesarias, cuidando su calidad. Es decir, simplemente se concreta a la impresión.

En el caso de un librero-editor, es quien decide aceptar una obra para mandarla a imprimir, con su nombre o el nombre de su librería en el pie de imprenta. Acepta el manuscrito u original y lo envía para su impresión y encuadernación, sin tampoco inmiscuirse en la calidad del texto (a menos que cuente con algún colaborador encargado de ello). Sufraga los gastos de impresión y una vez hecha la edición, la distribuye entre otros libreros, pagando al autor una cantidad mínima en efectivo, aunque por lo regular el pago se hace en especie, es decir, con una determinada cantidad de ejemplares.

De igual forma, encontramos librero-editores que fueron conformando un perfil editorial y forjaron un prestigio con el paso de los años. Ejemplo de ello es la Librería Porrúa, que a mediados de la década de los años cuarenta se conformó como editorial, sin por ello abandonar las actividades de la librería. Será reconocida posteriormente como *Librería Porrúa* y también como *Editorial Porrúa*. Algunos librero-editores que se destacaron al finalizar la década de los 30's son:

Antigua Librería de Murguía.- Av. 16 de septiembre, 54.

Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos.- Argentina y Guatemala.

Compañía Editora y Librería ARS, S.A. (CELASA) Director: Agustín Velásquez Chávez

Librería Cultura. (Editorial Cultura).- Director: Rafael Loera Chávez.

Librería y Ediciones Botas, S.A.- Justo Sierra, 52

Librería César Cicerón. (Ediciones Cicerón).- Seminario, 10

Librería Ariel. (Editorial América).- Director: Rodrigo García Treviño.

Librería Ateneo. (Ediciones Ateneo).- Av. Morelos, 57

Librería Editorial San Ignacio de Loyola.- Donceles, 105-D

Librería Navarro. (Ediciones Frente Cultural).- Seminario, 12 Director: E. Navarro

Librería Porrúa Hnos. y Cía.- Esq. Argentina y Justo Sierra¹⁰⁴

¹⁰⁴ Cfr. Teixidor, Felipe (comp.) *Anuario bibliográfico mexicano, 1931, 1932, 1933 y 1934*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores, 1935. Amo, Julián. (comp.) *Anuario Bibliográfico Mexicano de 1940*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores, 1942. De estos anuarios, únicamente menciono a aquellos librero-editores que tienen una destacada producción, pues los hay que editaron unos cuantas obras sin mayor trascendencia.

Por otro lado, el mundo del libro seguía evolucionando y transformándose. Así como varias librerías se desarrollaron hasta establecer una editorial, otras desaparecieron para dar lugar a la fundación de nuevas empresas a partir de sus restos. El caso más representativo lo tenemos en la *Librería de la Vda. De Charles Bouret*. Fue una de las librerías de mayor prestigio y de larga vida en la Ciudad de México, que se dedicó a importar libros franceses y a editar en nuestro país libros de texto para primaria y preparatoria, literatura mexicana, así como diccionarios y gramáticas de otros idiomas. Una de las causas que más le afectaron a esa librería, fue la primera Guerra Mundial, ya que el conflicto armado provocó la suspensión del comercio trasatlántico, afectándole al grado de tener que cerrar sus puertas. Su fondo editorial fue absorbido por una sociedad: La Sociedad de Edición y Librería Franco Americana (SELFA), que continuó por unos años con la edición de libros:

“De esta transición nos dan cuenta, entre otros libros, el *Primer curso de historia patria* escrita por Guillermo A. Sherwell, cuyo pie de imprenta reza: “México: Sociedad de Edición y Librería Franco Americana (Antigua Librería Bouret y el Libro Francés Unidos), 1930. Av. Cinco de mayo 29 y 45”. Otro ejemplo sería el famoso libro de lectura para escuelas primarias, *Rosas de la Infancia* de la escritora María Enriqueta, cuyo pie de imprenta es el siguiente: “México: Sociedad de Edición y Librería Franco Americana (Antigua Librería de Bouret y Libro Francés Unidos), 1931.”¹⁰⁵

Juana Zahar, en su excelente libro sobre la historia de las librerías, nos informa que el resto de lo que quedaba del fondo librero Bouret fue adquirido por el español Jacinto Lasa Sarriegui, dando lugar a la creación de dos empresas editoriales: Ediciones Águila y Editorial Patria (1933). Víctor Ronquillo, en una apretada semblanza editorial, nos informa que con lo que quedaba del fondo Bouret se formó la Editorial Nacional y después la Editorial Patria.¹⁰⁶

De esta manera, una librería que fue famosa y prestigiada durante la mayor parte del siglo XIX y en las dos primeras décadas del siglo XX, desapareció para dar lugar al nacimiento de otras empresas editoriales. Si la primera fue una empresa librera y editora, las nuevas casas se dedicarían principalmente a la edición de libros de texto para diversos niveles escolares. Así, la transformación editorial en estos años continuaba su camino.

¹⁰⁵ Zahar Vergara, Juana. *Historia de las librerías de la Ciudad de México*. op. cit. pp. 74-77.

¹⁰⁶ Ronquillo, Víctor. “Editores en México. Nace un libro” en: *Memoria de Papel. Crónicas de la cultura en México*. Año 4, número 9, marzo de 1994. pp. 9-10

Hasta aquí con respecto a los librero-editores, pero ¿qué es lo que diferenciaba a un editor propiamente de los librero-editores? En primer lugar, podemos decir que el editor está más relacionado con el texto, más comprometido con el proceso de edición, lo mismo que con la etapa de promoción y distribución entre los posibles lectores, en otras palabras:

“...el editor revisa minuciosamente el trabajo del escritor, lo corrige, sugiere cambios, los efectúa en ocasiones él mismo, con autorización del autor, encarga a un fotógrafo o a un dibujante las ilustraciones que le parecen convenientes...escribe el prólogo o pide a alguno de sus colegas que lo haga...diseña la portada y vigila que los dibujantes la realicen como él la imaginó; en suma, editar supone la realización de una serie de tareas que tienen como finalidad el lograr que una obra se difunda entre el mayor número posible de lectores.”¹⁰⁷

El editor, al revisar cada texto que le es entregado para hacer una selección de entre otros, no sólo va elaborando un perfil de su catálogo editorial, sino que se compenetra con el texto y sugiere modificaciones en caso necesario. Es decir, participa intelectualmente del texto desde el momento en que lee el manuscrito u original, ve si las ideas están planteadas correcta y claramente, hasta pasar al diseño del producto, con la finalidad de hacerlo atractivo al público consumidor o potencial lector.

Jorge Avendaño propone la caracterización del editor a partir de tres aspectos: 1) financiero, 2) cultural, y 3) comunicador. En el primero, dice que en su carácter de empresario, el editor emplea sus conocimientos de economía y administración, para organizar y hacer funcionar una casa editorial, con el fin de recuperar lo invertido y obtener una ganancia moderada, que le permita reinvertir y vivir de manera decorosa.

También a partir de su capacidad financiera, el editor decide qué obra se publica y cual no. Sin embargo, cabe mencionar que el poder de decisión financiera no es suficiente para ir conformando un programa de publicaciones, ya que si realmente está interesado en una obra por las aportaciones que ésta significa, debe aplicar un criterio más intelectual que comercial.

¹⁰⁷ Commins, Doroty. *¿Qué es un editor?* México: EDAMEX, 1984. citado por Avendaño-Inestrillas, Jorge. “Perfil y responsabilidad del editor” en: *Libros de México*, núm. 20, 1990. p.55

En el segundo aspecto, dice que el editor juega un rol importante desde el momento en que mantiene y promueve la producción intelectual de la sociedad. Su relación con los autores tiene la función de estimular, generar, animar, acelerar nuevos proyectos, e impulsar nuevas doctrinas e ideologías, que generen un cambio o una nueva manera de conceptuar al hombre, la sociedad, el arte, la ciencia y la técnica, en este sentido, el editor debe ser sensible a las realidades nacionales y ser abierto a lo universal.

En cuanto al tercer aspecto, como comunicador, el editor debe actuar como un generador-transmisor de información. Su actividad no se limita a la impresión y edición de una obra. Antes bien, tiene que complementar esas actividades con la promoción y venta del libro. No sólo porque implica la recuperación de la inversión realizada (pues de ello puede depender que siga editando otras obras) sino porque tiene interés en que sea conocida por un amplio número de individuos en una sociedad.

La actividad del editor también se manifiesta en dos formas: 1) conforme va dando cuerpo a un fondo editorial, con cierto perfil temático, y 2) cuando en cada obra publicada va dejando un poco de sí, con sus observaciones, sus correcciones, su trabajo de pulir y limar las ideas para que puedan expresar de la mejor manera posible eso que el autor tiene en mente, sin perder nunca de vista que es finalmente el autor quien ejerce su papel, en la medida en que busca comunicarnos una nueva forma de ver el universo que nos rodea.

Si un editor no se involucra con el *manuscrito* que se le presenta, entonces se puede llegar a afectar el proceso de representatividad de lo que el autor piensa, y si no se cuida la presentación del libro haciéndolo atractivo a los ojos del lector, se afecta también el consumo final de la obra en el mercado. Cuando el editor es cuidadoso en la revisión de los *manuscritos* "nace no sólo la amistad entre editor y autor, sino que el editor se vuelve un cómplice, desde el momento en que es la primera persona que ha sido modificado por el texto y tiene la clara conciencia de dar a conocer un texto"¹⁰⁸

Si bien el autor es el único responsable de lo que se dice en el texto, la responsabilidad del editor frente al manuscrito es su sentido crítico para editarlo, sin que deba ser limitante de

¹⁰⁸ "La simbiosis autor-editor" en: *Libros de México*. Núm. 8, 1987. p. 39

la libertad de expresión del autor. De cierta manera, también es de ese sentido crítico que depende su subsistencia como editor.

Desde el momento en que selecciona un texto para su edición, el editor quiere dar a conocer aquello que tiene una aportación al conocimiento humano o que quiere hacer extensivo ese conocimiento a la sociedad y que, por lo tanto, merece publicarse. Visto así, su papel no se limita al negocio para incrementar su capital, sino que está vinculado con el desarrollo cultural de la sociedad, promoviendo y transmitiendo el conocimiento que se genera. Claro, no hay que olvidar que hay editores que sólo buscan las ganancias económicas.

Para el desempeño de las actividades propias del editor, que son bastantes, una sola persona es insuficiente para realizarlas todas, por lo tanto, tiene que recurrir a profesionales que lo auxilien. Así, un editor al rodearse de especialistas, intelectuales o críticos literarios, no sólo hecha mano de ellos como correctores, prologuistas o traductores, sino que también está abierto a las sugerencias de éstos.

Así, encontramos personajes que en su juventud laboraron en una imprenta, o colaboraron en el Departamento de Publicaciones de la SEP, como Genaro Estrada y Miguel N. Lira, respectivamente. El primero, destacó como editor en la Secretaría de Relaciones Exteriores y el segundo, además de colaborar en la fundación de la Imprenta Universitaria, estableció una casa editora bajo el nombre de *Editorial Fábula*. Felipe Teixidor es otro ejemplo. Nacido en Barcelona, desde muy joven trabajó en la editorial francesa Garnier como traductor de obras al español. Llegó a nuestro país en 1919 y pronto colaboró con la Librería Porrúa. Después de muchos años de colaborar en dependencias gubernamentales, trabajó más estrechamente con la editorial Porrúa a partir de 1947, especialmente en la Colección "Sepan Cuántos".¹⁰⁹

¹⁰⁹ A manera de anécdota, veamos el origen de esta famosa colección. Aun sin denominación, en julio de 1959 se publicó el primer número de esta colección con el título de Lizardi *El Periquillo Sarmiento*. El segundo título era *La Iliada*, de Homero, prologada por Alfonso Reyes. Cuando éste preguntó a los Porrúa por el nombre de la colección y el número de títulos que comprendería, ellos contestaron que aun no tenían un nombre y tampoco sabían de cuántos títulos constaría. "Don Alfonso, con la fantasía de la inteligencia y con el impulso al cual se rendía... lanzó un nombre: "Sepan Cuántos..." Poco después, al morir Don Alfonso Reyes, los Porrúa quisieron honrar su memoria bautizando a la colección con ese nombre. Así, a partir del cuarto título: *La Odisea*, de Homero, publicado en marzo de 1960, se bautizó a esta Colección "SEPAN CUANTOS..." Cfr. Homero. *La Odisea*. México: Porrúa, 1960.

Otros ejemplos de aquellos que se formaron editorialmente, familiarizándose con el mundo del libro desde sus actividades en una librería, son: Francisco Gamoneda (español), quien trabajó en la *Librería General* y después se asoció con Joaquín Ramírez Cabañas, para fundar la *Librería Biblos*, que editaría algunos libros como *La Calandria* de Rafael Delgado. El mismo Ramírez Cabañas, en palabras de Julio Torri, laboró en su juventud en la Librería de la viuda de Ch. Bouret, y posteriormente colaboró en las publicaciones de la *Librería Biblos*, promovió la creación de la Sociedad de Bibliófilos Mexicanos, y colaboró con Genaro Estrada en el *Archivo Histórico Diplomático Mexicano*, también colaboró con Silva Herzog en la creación de algunas bibliotecas gubernamentales y fue el responsable en su primera época, de la Colección de Escritores Mexicanos de la Editorial Porrúa; Pedro Robredo (español), quien llegó a nuestro país y se incorporó a trabajar en la librería de los Hermanos Porrúa, se separó muy pronto para establecer su propia librería, en donde también realizó la edición de libros.¹¹⁰

Muchos de los editores de la primera mitad de siglo se formaron a partir de su experiencia adquirida, ya fuera en una librería o en una editorial. Entre ellos, podemos mencionar a los intelectuales que laboraron en una empresa editorial como traductores, correctores, revisores de estilo y demás agentes del proceso productivo, llegando a convertirse en fundadores de una editorial. El ejemplo más inmediato a los años que estamos estudiando lo constituye Daniel Cosío Villegas, quien después de colaborar como traductor y corrector en los libros clásicos que publicó Vasconcelos desde la SEP, se convirtió en el principal impulsor, fundador y editor del Fondo de Cultura Económica.

Si vemos a una editorial como el lugar donde las ideas se pulen, se liman, se congregan, se confrontan, se desechan, se relacionan, entonces tenemos que la experiencia allí adquirida es de un valor inigualable para el interesado, que obtiene una visión global, amplia, crítica, valorativa, del mundo de la edición.

Ese conocimiento del mundo del libro, ya sea en una librería o en una editorial, motivó a los interesados primero a seguir con ese oficio, y en segundo lugar, a fundar una editorial a partir de lo aprendido. Es decir, se seguía un tanto la “tradición” que existió al interior del

¹¹⁰ Cfr. Zahar Vergara, Juana. op. cit. pp. 63-83

taller, como forma de producción preindustrial, donde el aprendiz escalaba los niveles a partir del aprendizaje, la habilidad adquirida y la experiencia: de aprendiz se pasa a oficial, de éste a maestro, hasta la posibilidad de convertirse en dueño de su negocio, que caracterizó los niveles laborales dentro de una imprenta en siglos pasados.

A fines de la década de los años treinta, las posibilidades de aprendizaje editorial se ampliaron cuando se consolida el Fondo de Cultura Económica y se fundan nuevas empresas editoriales, en la que participan muchos intelectuales, escritores y técnicos, tanto españoles como mexicanos, sin embargo, en 1938, al establecerse formalmente la Escuela de Artes del Libro, fundada por Francisco Díaz de León, se viene a llenar un espacio fundamental en el aprendizaje editorial. En ella se desarrollaría el arte de la edición, por medio de la enseñanza del grabado, la encuadernación y la tipografía. Podemos decir que de allí salieron muchos colaboradores de las futuras editoriales.

4.3 Fundación de nuevas casas editoriales

La industria editorial –como tal– se concentró desde sus inicios en la ciudad de México, dando lugar a un amplio abanico de oficios y profesiones como: redactores, traductores, correctores de estilo y de pruebas, linotipistas, cajistas, formadores, dibujantes, prensistas, encuadernadores, entre muchos otros que intervienen, dependen y dan vida a la industria del libro. En el periodo que venimos estudiando, encontramos intelectuales que fundaron una editorial o una revista, ya fuera con el fin de abrirse un espacio para publicar sus propias obras; para que otros jóvenes escritores dieran a conocer sus trabajos, o bien, para establecer un órgano que congregara a una generación de escritores o intelectuales.

Algunas de estas casas editoras tuvieron una vida muy corta; las hubo aquellas que dejaron una huella en la historia bibliográfica del país, ya fuera por sus directores o por la importancia de los títulos publicados; hay casas editoriales que permanecieron en la vida cultural del país por un periodo más largo, e incluso, aquellas que han cruzado el fin de siglo. Todas ellas, sin duda, han dado vida a la industria editorial mexicana.

Algunos ejemplos más nos ilustran sobre la relación de este binomio (intelectuales-editoriales). Al iniciarse la década de los treinta, Edmundo O’Gorman y Justino Fernández

iniciaron las actividades de la *Editorial Alcanía*, con el único fin de publicar obras selectas en ediciones limitadas, es decir, destinadas para un público lector muy selecto, ubicado principalmente en la ciudad de México y otras ciudades importantes. La editorial fue en realidad producto de las tertulias que sostenía un grupo de intelectuales como Edmundo O'Gorman, Justino Fernández, Ricardo de Alcázar, Enrique Asúnsolo, Carolina Amor, entre otros. La editorial, a pesar de que tuvo una vida hasta 1939, en realidad publicó de manera regular en sus primeros tres años de vida.

En esta década de los treinta, se fundaron tres casas editoriales que no sólo fueron impulsadas por intelectuales, sino que dos de ellas fueron puestas al servicio de instituciones de educación superior y realizaron sus actividades desde el seno mismo de estas instituciones, me refiero a la *Imprenta Universitaria*, al *Fondo de Cultura Económica* y a *El Colegio de México*, que tuvo sus antecedentes en la Casa de España en México.

La Imprenta Universitaria

Al hablar de la editorial universitaria se hace necesario diferenciarla de las editoriales privadas, pues no sólo tiene diferentes finalidades, como el coadyuvar a las funciones de la Universidad (difusión de la cultura), sino también un modo particular de organización, de producción y de distribución. Desde un punto de vista económico, se le puede distinguir en dos aspectos: a) que no tiene entre sus prioridades obtener una ganancia económica, y b) persigue la difusión del conocimiento entre los universitarios.

Como es sabido, la Universidad Nacional de México abrió sus puertas en 1910, apenas unos meses antes de que se iniciara la Revolución Mexicana. Sus actividades se vieron afectadas en los primeros años por los acontecimientos de la revolución y era muy difícil esperar alguna publicación como fruto de su actividad, sin embargo, existen algunos documentos de carácter más que nada interno, como planes de estudio, programas y disposiciones. Fueron documentos impresos en talleres particulares, como se puede observar en el pie de imprenta de los ejemplos siguientes:

Escuela Nacional de Ingeniería. *Plan de estudios de la Escuela Nacional de Ingenieros*.
México: Tip. Económica, 1910.

Discurso pronunciado por el señor licenciado don Justo Sierra, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, en la inauguración de la Universidad Nacional de México. México: Imp. de Manuel León Sánchez, 1910.

La Universidad Nacional de México.
México: Talleres de la Vda. de F. Díaz de León, 1910.

Disposiciones relativas a la Facultad de Altos Estudios: aprobadas provisionalmente en 17 de enero de 1916 por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes y plan general de la misma Facultad que se deriva de las mencionadas disposiciones. México: Imprenta Francesa, 1918.

Reseña de las ceremonias efectuadas en México con motivo de la fiesta de la Raza y organizadas por la Universidad Nacional. México: Imp. Franco-Mexicana, 1919.¹¹¹

El manejo y administración de la vida interna en la Universidad Nacional, dependió muchas veces de las decisiones gubernamentales, siendo más que nunca un fiel reflejo de lo que acontecía en el país. El ejemplo más claro lo encontramos en la administración de los Talleres Gráficos de la Nación, los cuales pasaron a manos de la Universidad en 1922, y muy pronto dejaron de serlo, ya que por acuerdo presidencial del 25 de febrero de 1925, regresaron a manos del Estado para quedar fusionadas con las imprentas del Diario Oficial, Relaciones Exteriores y la Imprenta Editorial de Educación Pública.¹¹² De esa manera, las publicaciones que hizo la Universidad entre 1922 y 1925, constituyen propiamente los antecedentes de su actividad editorial.

Unos años después, a pesar de los problemas económicos por los que pasaba el país, la Universidad presentó un crecimiento en sus centros de investigación y escuelas. Tan sólo entre 1930 y 1935, se crearon 9 institutos de investigación, una facultad, una escuela, Radio Universidad y la Imprenta Universitaria. En relación a su población estudiantil, entre 1929 y 1936, hubo un incremento de 6,000 a 9,000 estudiantes aproximadamente, con un altibajo entre 1933 y 1936, como se observa en el cuadro del Anexo 4.

¹¹¹ Chávez, Tobías. *Notas para la bibliografía de las obras editadas o patrocinadas por la Universidad Nacional Autónoma de México*. México: Imprenta Universitaria, 1943.

¹¹² Torres Vargas, Georgina Araceli. *La Universidad y sus publicaciones. Historia y perspectiva*. México: UNAM, 1995. p. 51

Ese crecimiento de la Universidad Nacional también se reflejó en el incremento de sus publicaciones, que sirvieron como material de lectura para los estudiantes, ya que los libros importados no tocaban los problemas nacionales o no se adecuaban a la realidad del país. Por otro lado, las autoridades universitarias también invitaron a sus profesores para que publicaran aquellos textos que consideraran de utilidad para los estudiantes, bajo los siguientes lineamientos:

- a) En las convocatorias para publicar una obra, la Universidad daría preferencia a los textos de los profesores universitarios.
- b) Se estableció una Comisión Dictaminadora, integrada por 3 o 5 profesores especializados en el área, para discutir los textos a publicar.
- c) La Universidad erogaba los gastos de la obra aceptada para su publicación
- d) El autor de la obra aceptada corregiría las pruebas tipográficas y el cuidado de la edición.
- e) La Universidad, de acuerdo a sus recursos y a los potenciales lectores, decidía el número de ejemplares a editar.
- f) La Universidad se encargaría directamente de la venta de la obra.
- g) El precio de venta sería acordado entre la Universidad y el autor.
- h) El autor de la obra recibiría quincenalmente el 25% del producto de la venta.
- i) Ni la Universidad o el autor, podrían vender ejemplares abajo del precio acordado.
- j) La Universidad firmaba un contrato en el cual quedaban especificados los requisitos anteriores.
- k) Las obras así editadas, llevarían el escudo de la Universidad y una leyenda que dijera que la misma Universidad adoptó y editó la obra para servir de texto en la Facultad o escuela para la que hubiese sido escrito.
- l) La universidad se encargaría de la propaganda necesaria para difundir la obra.¹¹³

A pesar de que la mayoría de estas publicaciones se editaban en formatos pequeños, sencillos y baratos, se imprimían en talleres particulares, lo que significaba un fuerte desembolso económico.

Con los lineamientos arriba mencionados, la Universidad Nacional se constituyó como un ente editor, no sólo para extender a los alumnos los conocimientos de sus profesores, sino también para cumplir una de sus finalidades como lo es la difusión y extensión de la cultura. Se constituyó propiamente como una casa editora porque se dio a la tarea de publicar, promover, distribuir y vender lo que se publica, siempre dentro de los límites que le imponen sus múltiples actividades y fines.

¹¹³ *Ibidem* pp. 57-58

A pesar de esa actividad editorial tenemos que hasta 1935, las publicaciones universitarias se imprimían en talleres particulares, pues los Talleres Gráficos de la Nación regresaron bajo el control del gobierno, una vez que se inició el proceso de separación entre la SEP y la Universidad, que concluyó con la obtención de la Autonomía por parte de ésta en 1929. Esa situación hizo imperativo para la Universidad contar con una imprenta propia. Así, desde 1930 se empezó a ver la posibilidad de adquirir un modesto equipo de impresión.

“se iniciaron las gestiones pertinentes con el doctor José Manuel Puig Cassauranc, para que la Universidad cubriera un pasivo de la Editorial *La Razón* (propiedad de Puig Cassauranc) y recibiera a cambio el equipo de impresión que constaba de un linotipo, una prensa mecánica, una mesa de imposición y una cosedora de hilo.”¹¹⁴

Víctor Ronquillo nos menciona, muy brevemente, que al inicio de sus actividades, colaboraron con la Imprenta Universitaria distintas instancias, entre las que se contó el “apoyo de Miguel Lanz Duret, director del diario *El Universal*, quien donó maquinaria para el mejor funcionamiento de lo que sería la Imprenta Universitaria.”¹¹⁵

Después de buscar y reunir al personal capacitado para manejar el equipo de impresión lo mismo que un lugar donde colocar la maquinaria, finalmente se instaló el taller donde funcionaría la Imprenta Universitaria a partir de 1935, es decir, en la calle de Bolivia, número 17. La necesidad de una imprenta era grande, voluntad no faltaba, sin embargo, había otro obstáculo: el económico. A falta de recursos económicos para hacerla funcionar, se decidió formar una sociedad cooperativa integrada por los profesores Pablo González Casanova y Joaquín Ramírez Cabañas,¹¹⁶ junto con los trabajadores de la Imprenta, con la idea de realizar trabajos externos cuando no hubiera actividades para la Universidad.

¹¹⁴ *Ibidem* p. 83

¹¹⁵ Ronquillo, Víctor. “Editores en México...” op. cit. p. 37

¹¹⁶ González Casanova (1889-1936) estudió química pero se dedicó a los estudios lingüísticos. Fue profesor universitario y miembro del Instituto de Investigaciones Lingüísticas, publicando en varios periódicos y revistas de la época. Ramírez Cabañas (1886-1945) fue historiador, escritor, periodista y editor. Colaboró con Genaro Estrada en el Archivo Histórico Diplomático, editando y publicando la famosa serie. Con Francisco Gamoneda, colaboró en las actividades de la Librería *Biblos*, que fue un importante centro de reunión intelectual, además de contribuir a la formación de la *Sociedad de Bibliófilos Mexicanos* y dirigir en su primera época la *Colección de Escritores Mexicanos* de la Editorial Porrúa. Fue maestro universitario en la Facultad de Filosofía y Letras. Como se puede ver, ambos estaban relacionados con el mundo de la edición.

Afortunadamente, al crearse en enero de 1936 el Departamento de Acción Social de la Universidad, en el área de Extensión Académica, se integró la actividad editorial de la institución bajo el nombre de Servicio Editorial, disolviéndose la incipiente sociedad cooperativa y otorgando oficialmente al taller el nombre de Imprenta Universitaria.

El primer director de la Imprenta Universitaria (1936) fue el poeta Miguel N. Lira, quien había colaborado en el Departamento Editorial de la SEP convirtiéndose en un experto en tipografía, al grado tal que fundó un taller propio en su casa que funcionaba como imprenta y poco antes fundó la Editorial Fábula en 1933, en la que publicó numerosos libros, tanto de él como de sus amigos. Se dice que sus ediciones eran de un buen gusto tipográfico, siendo un factor que distinguió a su editorial.¹¹⁷

En 1938, la Imprenta Universitaria amplió sus instalaciones en la misma calle de Bolivia y adquirió nueva maquinaria: “un linotipo, una prensa, una cortadora; se adquirieron tipos y matrices de varios tamaños y por primera vez en México, se dotó una imprenta con los tipos matemático, astronómico, químico y griego.”¹¹⁸

Muy pronto, la Imprenta Universitaria empezó a dar excelentes resultados. El primer título que se publicó fue *Manual del linotipista*, escrito por el cooperativista Ernesto Rodríguez. Pocos años después se empezaron a publicar los primeros títulos de la colección Biblioteca del Estudiante Universitario, que fue impulsada por el rector Mario de la Cueva cuando estuvo al frente de la Universidad (1940-1942) con la iniciativa del escritor y crítico literario Francisco Monterde. El propósito de esta colección fue editar obras de historia o literatura, prologadas por especialistas y hechas en ediciones sencillas, de los distintos periodos de nuestra historia, desde la conquista hasta el siglo XX.

La *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana* empezó a publicarse en 1944, con el propósito de poner al alcance de los estudiantes de Filosofía, la ciencia y la literatura grecolatinas, los textos clásicos en su lengua original. Algunas de las publicaciones de la Imprenta Universitaria no sólo fueron para los estudiantes

¹¹⁷ *Enciclopedia de México*. México: SEP, Enciclopedia de México, 1988. v. 8 pp. 4742-4743. *Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México*. 6ª ed. México: Porrúa, 1995. v. 3, p. 2013

¹¹⁸ Torres Vargas, A. op. cit. p. 86

universitarios, sino que tuvieron gran aceptación entre los lectores no universitarios, como la famosa colección *Nuestros Clásicos*. Con el correr de los años han surgido otras colecciones que de igual modo ocupan un lugar dentro de la historia de las publicaciones universitarias, por ejemplo: la *Nueva Biblioteca Mexicana*, la colección *Textos Universitarios*, la serie *Lecturas Universitarias* y otras más que, sin duda, han sido parte significativa en la industria editorial mexicana de la segunda mitad del siglo XX.

Antecedentes del Fondo de Cultura Económica

La fundación de esta editorial significó la consolidación de la industria editorial en México. Destinada primero a satisfacer las necesidades de textos de lectura de un sector muy específico de estudiantes, muy pronto amplió sus perspectivas para cubrir las necesidades de otros lectores.

Algunos de los intelectuales que habían vivido el periodo armado de la revolución, participado en la revolución cultural de Vasconcelos o participado en la construcción del país, ya fuera desde el gobierno o desde la docencia universitaria, experimentaron la necesidad de fundar una editorial para cubrir las necesidades de sus alumnos.

Manuel Gómez Morín, siendo director de la Facultad de Derecho en la Universidad Nacional entre 1922 y 1924, implementó unos cursos sobre economía, pues las actividades que desempeñaba en el gobierno le hicieron ver la urgente necesidad de estos profesionistas para el país.¹¹⁹ Su amigo y colaborador, Daniel Cosío Villegas, también se vio atraído hacia esta disciplina, pues deseaba estudiar Economía Agrícola. Por lo pronto, esos cursos pusieron al descubierto la necesidad de contar con textos sobre economía en idioma español, ya que en esos años todos los textos se encontraban en inglés. A pesar de que se trató de remediar la situación con la implementación de una materia de inglés, Cosío Villegas se dio cuenta de que no era la solución más adecuada a largo plazo, ya que había

¹¹⁹ A pesar de ser abogado, su vinculación con la Economía empezó cuando fue secretario del Gral. Salvador Alvarado, cuando éste era secretario de Hacienda. Entre 1919 y 1921, ascendió a Oficial Mayor y Subsecretario. Posteriormente se desempeñó como agente financiero de México ante Estados Unidos. Fue autor de la Ley de Liquidación de los Antiguos Bancos de Emisión y cofundador del Banco de México en el primer año del gobierno de Plutarco Elías Calles. Fue rector de la UNAM entre 1933 y 1934, en cuyo periodo se fundó la Escuela Nacional de Economía.

estudiantes que no asistían a los cursos de inglés o no podían comprar los libros de economía en ese idioma.

Cuando Gómez Morín fue rector de la Universidad (1933-1934) se fundó la Escuela Nacional de Economía, y surgió nuevamente el problema de los textos en inglés. Buscando la manera de solucionar ese problema, Cosío Villegas y Gómez Morín pensaron en pedir ayuda a las editoriales españolas, planteándoles que los mexicanos estarían incluso dispuestos a realizar las traducciones de aquellos libros que necesitaban los mexicanos. La propuesta consistía en que esas empresas editoriales realizarían la impresión, la distribución y venta de una serie de títulos, sin embargo, a pesar de garantizárseles un mercado seguro para la venta de sus ediciones, los españoles dieron su negativa.

Se decidió entonces fundar una editorial en México que funcionaría como fideicomiso. Para ello, Cosío Villegas recurrió a sus amigos que estaban colocados en el gobierno: Eduardo Suárez trabajaba en la Secretaría de Hacienda; Eduardo Villaseñor en el Banco Agrícola; Gonzalo Robles en el Banco Hipotecario y de Obras Públicas, Emigdio Martínez Adame como director de egresos en la Secretaría de Hacienda, además de donativos por parte de todas aquellas personas interesadas en el proyecto. Se formó una Junta de Gobierno en 1934, integrada por los arriba mencionados, además de Cosío Villegas y Gómez Morín, quien al poco tiempo renunció y su lugar fue ocupado por Jesús Silva Herzog.

“Lo primero que definimos fue que la empresa no podía ser lucrativa, puesto que nuestro empeño era educativo. Los libros, por supuesto, tenían que producirse comercialmente, es decir, al más bajo costo posible, y debían venderse también comercialmente, o sea a un precio que permitiera recuperar los costos de producción y distribución, más una utilidad razonable. Pero ésta no iría a parar al bolsillo de nadie, sino que se invertiría íntegramente en aumentar constantemente el capital.”¹²⁰

¹²⁰ Cosío Villegas, D. *Memorias*. op. cit. p. 148

Daniel Cosío Villegas quedó como director de la nueva editorial y el primer libro que salió bajo el sello de El Fondo de Cultura Económica, fue uno que lleva por título: *El dólar plata*, traducido por Salvador Novo.¹²¹

Cuando empezó sus actividades como editorial, El Fondo no tenía una imprenta propia en donde imprimir los textos, por tanto, esta actividad se realizaba en varias imprentas, siendo una de ellas la que tenía por nombre Artes Gráficas Comerciales. Aquí conoció Cosío Villegas al Sr. José C. Vázquez, a quien invitó a trabajar en la editorial y hacerse cargo del cuidado de los trabajos de impresión. A los pocos años, cuando por cuestiones de espacio se decide cambiar las instalaciones de la editorial a la calle de Pánuco, y ante el atraso en la entrega de los trabajos por parte de las imprentas, se decidió contar con una imprenta propia. De esta manera, la empresa amplió sus actividades a la impresión, encargándose a otro taller lo relacionado con las encuadernaciones.¹²²

*La Casa de España en México
y El Colegio de México*

La situación por la que pasaba España a mediados de los años treinta, llevó a algunos intelectuales mexicanos, entre los que destacan Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas, a invitar a algunos intelectuales españoles a México. Con el apoyo del entonces Presidente, Gral. Lázaro Cárdenas, se creó La Casa de España en México en julio de 1938. Allí, tendrían su centro de reunión los españoles que venían a continuar sus actividades profesionales, impartiendo cursos y conferencias por todo el país, o por medio de la publicación de sus obras, como José Gaos, Enrique Díez-Canedo, Juan de la Encina, entre muchos más.

El número de inmigrantes españoles se incrementó con la derrota de la República Española, siendo insuficiente la Casa de España en México para dar cabida a todos ellos. Como alternativa, se buscó su colocación en varias Universidades del país de acuerdo a su

¹²¹ Para la historia del Fondo de Cultura Económica hay varios artículos muy breves, sin embargo, se puede consultar en especial la siguiente bibliografía: Cosío Villegas, Daniel. *Memorias*. México: Joaquín Mortiz, SEP, 1986. Pacheco, Cristina. *En el primer Medio Siglo del Fondo de Cultura Económica. Testimonios y conversaciones*. México: Fondo de Cultura Económica, 1984. Arnaldo Orfila Reynal. *La pasión por los libros*. México: Universidad de Guadalajara, 1993.

¹²² Pacheco, Cristina. op. cit. pp. 81-85

profesión, ya que se decidió que la Casa de España en México tuviera un perfil en las humanidades. Durante la segunda mitad de 1940, se transformó en El Colegio de México, teniendo entre sus fines, ser un centro de investigación y educación superiores. Para ello, contaría con profesores y estudiantes de tiempo completo, con un buen sueldo y becas, respectivamente.

Como la mayoría de los españoles que llegaron eran escritores e intelectuales, pronto se dieron a la tarea de publicar y realizar traducciones en las revistas mexicanas de esos años como: *Letras de México* (1937-1947), *Taller* (1938-1940) y *El hijo pródigo* (1943-1946); o en las creadas por ellos mismos como: *España peregrina* (1940), *Romance* (1940-4941), y *Las Españas*, (1946-1963), así como en la publicación de libros.

Pero además de su colaboración en las revistas mencionadas, los emigrados españoles publicaron varios libros con el pie de imprenta de La Casa de España en México, contabilizándose 44 títulos. Y aun cuando La Casa de España en México se transformó en El Colegio de México en octubre de 1940, siguieron apareciendo algunos libros con su sello hasta 1942. A pesar del cambio de nombre y la transformación de la institución, la continuidad editorial quedó de manifiesto en su acta constitutiva, donde se planteó como uno de sus propósitos: "Editar libros o revistas en los que se recojan los trabajos de los profesores, investigadores o técnicos a que se refieren los incisos anteriores."¹²³ José María Espinosa, en la presentación del catálogo histórico nos informa que debido a que el Fondo de Cultura Económica y la Casa de España en México tenían una colaboración muy estrecha, llegaron a compartir el nombre de la colección "Tezontle" en algunos de los libros publicados.

Se perfilaba de esta manera, la fundación de una casa editorial que muy pronto adquirió prestigio, no sólo por la calidad de sus ediciones sino por la calidad de sus textos, pues si en un principio se buscó resolver el problema laboral de los emigrados, la institución

¹²³ citado en: *La Casa de España y El Colegio de México: Catálogo Histórico, 1938-2000*. México: El Colegio de México, 2000. p. 11 Para profundizar en la historia de estas dos instituciones Cfr. Clara E. Lida y José Antonio Matesanz. *La Casa de España en México*. (1988); Clara E. Lida y J.A. Matesanz. *El Colegio de México: una hazaña cultural, 1940-1962*; y Josefina Zoraida Vázquez. *El Colegio de México: años de expansión e institucionalización, 1961-1990*, todos ellos publicados por El Colegio de México.

evolució, como ya se mencionó, hasta convertirse en un centro de investigación y estudios de postgrado.

Finalmente, antes de terminar con la Casa de España como casa editora, quiero citar unas palabras de Alfonso Reyes sobre la relación entre el libro y el hombre, escritas para el prólogo del catálogo conmemorativo del vigésimo aniversario del Fondo de Cultura Económica.

“¿Qué sería el hombre sin el pensamiento y el discurso? ¿Pero qué, sin el libro, el discurso y el pensamiento? Corona de la función alfabética, el libro representa la meta de cuanto el hombre construye a través de la palabra escrita, sin la cual el hombre desciende a la categoría de esbozo zoológico en vías de humanización, de pétreo bloque al que algo le sobra y mucho le falta para convertirse en escultura.”¹²⁴

El exilio español

Generalmente, cuando se habla de la emigración española se piensa en un grupo homogéneo, sin distinguir a gallegos, vascos y catalanes. Así, dentro de la labor cultural del exilio español en nuestro país, tenemos que tomar en cuenta la realizada por los catalanes, toda vez que se vieron precisados a cultivar su cultura e idioma, como una forma de sobrevivir. Su situación se vio afectada no sólo por la coyuntura de represión fascista en España sufrida por todos los republicanos, sino porque la lengua catalana había sido eliminada de las escuelas españolas y se veía en peligro de disminuir.

Esa situación motivó a los catalanes a realizar una serie de publicaciones en su idioma en nuestro país, que tuvo como objetivos mantener informada a su comunidad por medio de revistas, folletos, periódicos y libros, además de preservar la conciencia e identidad de grupo. Si bien algunas de estas publicaciones eran sufragadas a título personal, “la gran mayoría de los libros catalanes editados en México se hicieron con un pie de imprenta creado por la misma comunidad, conocido como: *Edicions Catalanes de Mèxic*.”¹²⁵

¹²⁴ *La Casa de España y El Colegio de México: Catálogo Histórico*. op. cit. p. 10

¹²⁵ Ferriz Roure, Teresa. “Las editoriales catalanas en México: una historia de resistencia cultural en el siglo XX” en : Castañeda, Carmen. (Coord.) *Del autor al lector*. México: Miguel Ángel Porrúa; CIESAS, 2002. p. 255

La falta de recursos económicos es un factor intrínseco a todo exilio intempestivo y el de los republicanos españoles no fue la excepción. En este marco, es que otra parte de sus publicaciones corrieron por cuenta de instituciones y partidos políticos, como el Orfeó Català de Mèxic y la Fundació Ramón Llull. Otra solución que se encontró a la falta de recursos fueron las coediciones con casas editoras, buscando abaratar los costos de producción.

Lo pequeño y modesto de los talleres de impresión y encuadernación de esas casas editoras, a decir de un testigo, “evoca hoy la actividad editora de corte artesanal en los inicios de la industria del libro”. Sin duda, los editores de esas publicaciones, dirigidas a un público muy específico y reducido, se veían en la necesidad de solicitar una colaboración a los miembros de la comunidad para seguir con las ediciones catalanas. Los tirajes promediaban los 300 ejemplares, llegando a su mejor momento cuando se hicieron tirajes de 500 ejemplares.¹²⁶

En esas condiciones de supervivencia económica para las ediciones catalanas, destaca la labor de dos de sus editores: Avel·lí Artís y Bartomeu Costa-Amic. Este último, fue duramente criticado por otros editores, ya que cobraba un 50% al autor para poder realizar la edición, pagándole con un determinado número de ejemplares. La Fundació Ramón Llull, una vez que se trasladó a México a causa de la Segunda Guerra Mundial, colaboró con los dos editores mencionados, financiando parte de las colecciones *Biblioteca Catalana*, de Costa-Amic, y la *Collecció Catalònia*, de Avel·lí Artís.

En general, los españoles que se dedicaron a las actividades relacionadas con el libro en México se distinguieron como impresores, tipógrafos, linotipistas, encuadernadores, archivistas, traductores, correctores, bibliotecarios y editores. Para nuestros fines temáticos, cabe resaltar aquellas actividades relacionadas con la fundación de imprentas, editoriales y librerías, empresas que no solo establecieron al poco de establecerse en nuestro país, como una forma de emplearse y obtener ingresos, sino en los años posteriores, como ejercicio de una profesión.

¹²⁶ *Ibidem*. p. 261

“Las principales editoriales creadas por los republicanos españoles fueron: *Editorial B. Costa-Amic*, que editaba libros en lengua española, catalana, inglesa y francesa; *Editorial Arcos*; *Proa*; *Vasca Ekin*, en castellano y vasco; *Editorial Leyenda*, especializada en arte, historia e historiadores de México; *Editorial Séneca* en libros de ciencia, medicina, escolares, arte, filosofía y clásicos españoles. Editoriales como EDIAPSA de Giménez Siles; *Grijalbo*, de Juan Grijalbo; *UTHEA*, de González Porto; *Joaquín Mortiz*; *Era*; *Ediciones Rex*, sobre vidas españolas e Hispanoamericanas; *Ediciones Atlántida* en enciclopedias. *Ediciones España*; *Minerva*; *Jurídicas Hispanoamericanas*; *Lex*; *Magister*; *Cima*; *Lemuria*; *Moderna*; *Norte*; *Esculapio*; *Continental*; *Orión*; *Quetzal: Nueva España...*”¹²⁷

En unos cuantos años, fueron creadas cerca de 30 editoriales de diversas dimensiones, pues muchas de estas empresas tuvieron una vida muy efímera, dejando sólo algunos indicios de su existencia; otras lograron sobrevivir hasta los años 80's como EDIAPSA y UTHEA. En la primera década del siglo XXI, de aquellas empresas sobreviven algunas como Joaquín Mortiz, Ediciones Era y Grijalbo, aunque en el nuevo marco impuesto por los grupos editoriales transnacionales.

Casi inmediatamente después de la llegada de estos españoles, el Fondo de Cultura Económica y la Casa de España en México, ofrecieron a muchos la oportunidad de laborar en sus instalaciones como impresores, correctores de pruebas, diseñadores, ilustradores, traductores o jefes de sección. Joaquín Díez-Canedo fue uno de ellos.¹²⁸ Llegado a nuestro país en 1939, cuando tenía 22 años, ingresó al FCE en 1942 para cotejar los originales con las galeras. Cuatro años más tarde, fue nombrado jefe de producción.

Otro español que contribuyó al desarrollo de la industria editorial mexicana fue Rafael Giménez Siles. Nació en Málaga, España, en 1900. En 1929, junto con Graco Marsá y Juan Andrade Rodríguez, fundaron la Editorial *Cenit*. Durante la República, promovió la distribución de libros por toda España por medio de camiones-stand, y posteriormente, impulsó y organizó la realización de las Ferias del Libro en Madrid (1933). Durante la Guerra Civil, y con el apoyo del gobierno republicano, creó la Editorial *Nuestro Pueblo*; fundó librerías y una *Distribuidora de Publicaciones, S.A.* lo que le permitió entrar en

¹²⁷ <http://clio.rediris.es/articulos/exiliados.htm> consultado el 11 de junio de 2004

¹²⁸ Hijo de Enrique Díez-Canedo, quien estuvo muy relacionado con la literatura mexicana de la revolución y mantuvo contactos con Alfonso Reyes, Salvador Azuela, Cosío Villegas y Martín Luis Guzmán, entre muchos otros. Heredó a Joaquín Díez-Canedo una gran cultura.

contacto con intelectuales no sólo de su país, sino también del nuestro. Su prestigio como editor e impulsor de la cultura del libro era tal, que el embajador de México en España, Adalberto Tejeda, escribió al presidente Lázaro Cárdenas acerca del proyecto cultural de Giménez Siles y la importancia de llevarlo a México:

“Juzgo que la empresa que nos ocupa –entraña sumo interés para el porvenir cultural y revolucionario de nuestra patria, puesto que se trata de establecer una verdadera fuente de ideología socialista, que asentada en México, irradie su influencia en todos los diversos países de la América de habla española, en lo que, usted lo sabe bien, resulta ya alarmante como se están difundiendo, por los libros, por la radio, por la prensa, etcétera, las doctrinas del fascismo y del nazismo, amenazas peligrosísimas no sólo para las instituciones democráticas sino hasta para la más elemental cultura humana.”¹²⁹

Llegado a nuestro país en 1939, se nacionalizó mexicano al año siguiente. Con los antecedentes de editor que le precedían, rápidamente se reunió con intelectuales, empresarios y políticos mexicanos con la idea de crear una distribuidora de libros. Fue así como fundó EDIAPSA (1940), de la que es nombrado director gerente.¹³⁰

“Acogieron la idea de fundar EDIAPSA y fueron los primeros accionistas, con aportaciones de mil a cinco mil pesos, los miembros de la política y de las finanzas de México, señores: Pascual Gutiérrez Roldán, Justo Ruiz Valdés, Luis Henríquez Guzmán, Jorge Henríquez Guzmán, José de la Macorra Jr., Alfonso P. Márquez, Juan Manuel Durán y Casahonda, Alfonso García Benítez, Lorenzo Cué, Eduardo Bustamante, Juan Gallardo Moreno, Luis Legorreta, Antonio Espinosa de los Monteros, Gonzalo Lavín, José Gama, Enrique Amisz, Juan Ignacio López, Enrique Lascaráin, Alberto Misrahi, José F. Ortiz, Carlos Prieto, José de la Mora, Manuel Suárez, José Solana, J. Aguirre Manjarrez, Gustavo Ortiz Hernán, Adalberto Tejeda, Luis Tejeda, José F. Farrell, Aarón Sáenz, Adolfo López Mateos, Pedro Ordorica, Eduardo Lucio, Carlos Trouyet, y las empresas Banco Capitalizador de Ahorros, S. A., Financiera Algodonera de Fomento Industrial, S. A., Banco Metropolitano, S. A. y Productora e Importadora de Papel, S. A.”¹³¹

Al consejo Directivo de EDIAPSA había sido invitado a participar como miembro José Mancisidor, invitación que declinó al percatarse de algunas diferencias entre los españoles.

¹²⁹ www.cervantesvirtual.com/servlet/

¹³⁰ Años más tarde, en 1956, se formó la Agrupación de Editores Mexicanos, Giménez Siles fue su Secretario, y su Presidente Luis Novaro, quienes promovieron trece editoriales, entre las que destacaron la Compañía General de Ediciones, Colección Málaga y Empresas Editoriales.

¹³¹ www.cervantesvirtual.com/servlet/

Giménez Siles le pidió entonces su colaboración a Martín Luis Guzmán, siendo así como éste pasó a colaborar en el desarrollo de EDIAPSA. En realidad el interés de Giménez Siles por los mexicanos radicó en su sensibilidad y agradecimiento hacia el país que le daba refugio, ya que “el director, [de la revista *Romance*] hacía oídos al menos indicado de los redactores, al más tendencioso, al de criterio más indiferente a nuestra condición de refugiados en México, a Sánchez Barbudo. Por otra parte [Juan] Rejano...supe que llevaba en consulta los problemas de EDIAPSA a la dirección de su partido.”¹³²

Menciono lo anterior porque meses más tarde, Giménez Siles defendió la empresa, creada con capital totalmente mexicano, frente a los intereses y amenazas de uno de los miembros del Partido Comunista Español que: “tuvo el cinismo de aconsejarme que <dificultase> la marcha del negocio para que, decepcionados los capitalistas, pasasen tanto EDIAPSA como *Romance* a poder del Partido”

Se redoblaron entonces los esfuerzos por sacar adelante a la empresa, y al poco tiempo, fue impulsada con mayor ahínco. “Me entregué en cuerpo y alma al trabajo; mi vida quedó ligada para siempre a EDIAPSA; ya hoy, a los cuarenta y cuatro años de aquella fecha, puedo reconocer que así ha sido.”¹³³ Muy pronto EDIAPSA se convirtió en una empresa de distribución por todo el continente, no sólo de su propia producción editorial, sino también de otras casas editoras. Algunas de sus primeras colecciones son: *Ediciones Pedagógicas y Escolares*, dirigida por los pedagogos Antonio Ballesteros y Juan Comas; *Libros de Buen Humor*, dirigida por el español Benjamín Jarnés; y la colección *Ediciones Musicales*.

En 1939, se estableció su primera librería: la *Librería Juárez*, en la esquina de la calle Humboldt y la Avenida Juárez. Aunque de vida muy efímera, (1939-1949) pronto dio paso a la creación de la primera *Librería de Cristal*, situada en la pérgola de Bellas Artes (imagen 11). *La Librería de Cristal*, que mantenía abiertas sus puertas incluso los domingos, desde las ocho de la mañana hasta las primeras horas de la madrugada, introdujo

¹³² *Ibidem*

¹³³ *Ibidem*

CAPITULO 5

EL DESARROLLO EDITORIAL Y LA EDUCACION

Robert Escarpit en *La revolución del libro* escribió: "Los profundos cambios que se han producido en el mundo del libro durante los últimos decenios han tomado las proporciones de una revolución."¹³⁴ Y entre los factores que incidieron en la transformación de la industria del libro a escala mundial, Escarpit destacó el rápido crecimiento de la población; la extensión de la enseñanza a varios sectores de población; la modernización de las técnicas de producción del libro y el mejoramiento en su distribución.

México no fue la excepción. Esos cuatro factores se fueron dando en cuanto el país entró a un periodo de estabilidad posrevolucionaria y con ello el crecimiento demográfico, económico, industrial y educativo. Por ejemplo, con relación a su crecimiento demográfico, puede observarse que se acompañó del incremento de la población urbana y una disminución proporcional de la rural, como una constante siempre presente hasta llegar a ser igual en 1960. (Cfr. Anexo 6)

El otro factor que indirectamente contribuyó al desarrollo de la industria editorial en nuestro país, está constituido por el desarrollo de las vías de comunicación como carreteras, caminos, vías de ferrocarril y los transportes. Este factor es importante y no hay que hacerlo menos, ya que permitió unir y comunicar al territorio nacional y con ello, a sus principales ciudades y poblaciones. Ejemplo de ello es el incremento de las carreteras. (Cfr. Anexo 7)

Podemos observar que los 20 años que van de 1945 a 1965, están con concordancia con el proceso de industrialización y desarrollo del país. Al iniciarse la década los 40's, el país se encarriló en un proceso de industrialización apoyado en las bases del cardenismo, lo que implicó un apoyo e impulso al sector empresarial y un crecimiento de la clase media. Con la industrialización, no sólo se establecieron nuevas casas editoriales, sino que también, al extenderse las vías de comunicación terrestre, mejoró la distribución de los libros.

¹³⁴ Escarpit, Robert. *La revolución del libro*. Madrid: Alianza, 1968. p.9

El desarrollo de la industria editorial en México no se apoyó únicamente en las políticas educativas oficiales para extender la educación primaria, sino que se complementó con la fundación y desarrollo de varias instituciones de educación superior, centros de investigación e instituciones culturales, que fueron el punto de reunión de varios intelectuales y que sirvieron para financiar y promover sus obras.

Entre las instituciones de carácter privado que se fundaron en la primera mitad del siglo tenemos: la Universidad Autónoma de Guadalajara (1935), la Universidad de las Américas (1940), la Universidad Iberoamericana (1943), la Femenina de México (1943), el Instituto Tecnológico Autónomo de México (1946), el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (1948), y el ITESO (1957).

En cuanto a las universidades públicas de los estados, muchas que tenían sus antecedentes en los institutos científicos y literarios del siglo XIX, se transformaron en universidades estatales, siendo de reciente fundación: la Universidad Autónoma de Baja California Norte (1957), la Universidad Autónoma de Coahuila (1957), la Universidad Autónoma de Nuevo León (1932), la Universidad Autónoma de Tamaulipas (1950), la Universidad Autónoma de Chihuahua (1954), la Universidad de Colima (1940), la Universidad de Sonora (1942), la Universidad de Yucatán (1922), la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (1917), la Universidad Veracruzana (1944), la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco (1958) y la Universidad Juárez del Estado de Durango (1957), sin dejar de mencionar la creación de varios institutos de investigación al interior de la Universidad Nacional.

Con esas instituciones se desarrollaba un sector social integrado por académicos, docentes, investigadores, científicos y humanistas, es decir, se incrementaba un sector que demandaba libros para realizar sus actividades y producir los necesarios para la enseñanza en el país. Es decir, se desarrollaba el círculo de la lectura, que va desde el autor y llega a los lectores, pasando por la producción, distribución y adquisición de libros, ya sea técnico, científico, médico, literario, de arte, infantil, etc.

Las condiciones de estabilidad y desarrollo del país, una vez institucionalizada la revolución, fueron propicias para el desarrollo de jóvenes literatos que no únicamente

requerían de textos para formarse, sino que con sus obras, diversificaron las opciones para los lectores. En ese sentido surgía una oferta y demanda de libros distinta a los *libros de texto* para la enseñanza, la cual tenía que ser satisfecha de alguna manera por la industria editorial.

En el periodo que va de 1940 a 1964, podemos ver dos grandes esfuerzos por hacer extensiva la educación y disminuir el analfabetismo desde el Estado, ambos a cargo de Jaime Torres Bodet. El primero, cuando se hace cargo de la SEP (1943-1946) a mitad de la administración de Manuel Ávila Camacho; el segundo, cuando es Secretario de Educación Pública (1958-1964) durante el gobierno de Adolfo López Mateos.

5.1 Política Educativa

Una de las prioridades del gobierno de Ávila Camacho fue establecer una política de Unidad Nacional, frente al conflicto mundial que se vivía, como requisito para impulsar la industrialización y el desarrollo económico. Con ese fin, se hizo imperativo modificar la *educación socialista*, que era factor de división no sólo entre el magisterio sino entre la sociedad. Ante la fuerte influencia de los sindicatos y las organizaciones de los trabajadores, Manuel Ávila Camacho expresó, antes de su toma de protesta como Presidente: “Los comunistas por sí mismos y por la fuerte corriente nacional contraria a ellos, tendrán que irse diluyendo”. Planteamiento que no era necesario, pues tanto el Partido Comunista como muchas de las organizaciones sindicales, entraban en un periodo de divisiones.

Esas divisiones, confusiones y purgas, no se debían únicamente por estar a favor o en contra de la educación socialista, sino principalmente por el apego, al pie de la letra, de los dictados externos, es decir, de la Internacional Comunista y el Partido Comunista de la URSS. Un factor determinante en el debilitamiento sindical fue el discurso predicado desde el poder, sobre la necesidad de la Unidad Nacional frente al nazismo. Y mientras ese discurso cobraba fuerza, la despolitización ganaba terreno por medio de organizaciones como la CTM, la CNC y la CNOP.

El primer sector en el que intervino el gobierno fue el sindicato de maestros. Para ello, y en lugar de tener que negociar con los sindicatos magisteriales que existían, buscó afanosamente la unidad en un solo organismo hasta lograr la formación del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE). El cambio de tres Secretarios al frente de la SEP durante la primera mitad de su gobierno, indica que la búsqueda de la unidad no fue sencilla.¹³⁵ Luis Sánchez Pontón fue Secretario de diciembre de 1940 a septiembre de 1941; Octavio Véjar Vázquez, de septiembre de 1941 a septiembre de 1943, y Jaime Torres Bodet, de esa fecha hasta diciembre de 1946.

Cuando Vasconcelos fue Secretario de Educación, se produjo el primer gran impulso a la educación popular; el segundo impulso, y por tanto, la segunda etapa dorada, ocurrió justamente en estos años (1943-1946), cuando Torres Bodet se desempeñó como Secretario de Educación.

Pablo Latapí nos dice que: “Al lado de Justo Sierra y José Vasconcelos, Torres Bodet integra sin duda el trío de los secretarios que mayor huella han dejado en la educación de México” en el siglo XX.¹³⁶ Durante los breves tres años en los que estuvo al frente de la SEP, dejó bien claro que no quería entrar en problemas religiosos por motivos educativos, pues la iglesia no quitaba el dedo del renglón por recuperar su influencia en la educación. Más bien, “La libertad de creencias es principio vital de la democracia”, decía Torres Bodet. Sin embargo, también fue claro al decir que: “Conservaremos intacta la ejecutoria de la revolución mexicana. La doctrina social que sustenta nuestra Constitución es una respuesta a los sufrimientos que México padeció durante periodos de su historia...”¹³⁷ es decir, se inclinaba por una educación laica dentro del respeto a la libertad de creencias.

Es así como, establecidas las reglas para con la iglesia, desarrolló una intensa actividad para el mejoramiento educativo. Su principal prioridad fue lanzar una campaña contra el analfabetismo:

¹³⁵ Para una exposición más amplia sobre este tema puede consultarse: Medina, Luis. *Del Cardenismo al Avilacamachismo*. Historia de la Revolución Mexicana, 1940-1952. México: El Colegio de México, 1996.

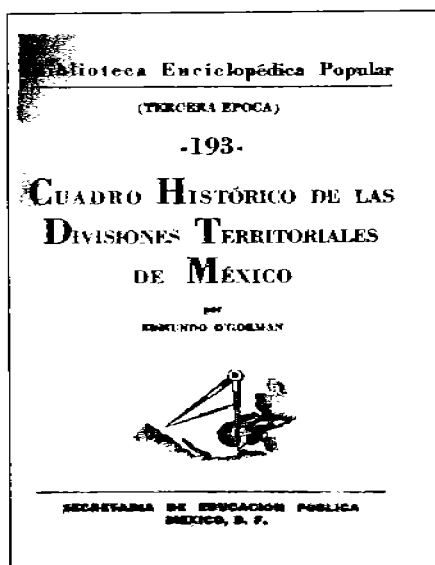
¹³⁶ Latapí, Pablo. (Selecc. Introd y notas) *Jaime Torres Bodet, textos sobre educación*. México: CNCA, 1994. p. 17

¹³⁷ Carballo, Emmanuel. *Jaime Torres Bodet*. México: Empresas editoriales, 1968. p. 136

“...con ese fin se imprimieron diez millones de cartillas no sólo en español, sino también en tarahuamara, maya, tarasco, otomí y nahuatl. Se crearon 69 881 centros de enseñanza en los cuales se inscribieron 1 350 575 analfabetas. El éxito fue relativo, pues en 1945 sólo se habían aprobado 205 081, pero era importante que también se aquilatara la existencia de analfabetos funcionales que, por carecer de material adecuado de lectura, olvidaban leer con los años. Para ayudar a evitar que esto siguiera sucediendo se creó la Biblioteca Enciclopédica Popular.”¹³⁸

La política editorial de la SEP durante estos dos años y medio fue intensa. Se publicaron de la *Biblioteca Enciclopédica Popular* un número cada semana, con un tiraje de 25 000 ejemplares cada uno, en ediciones muy sencillas (imagen 12). Valentina Torres nos informa que una parte se repartía gratuitamente a los profesores rurales y otra se vendía al público en 25 centavos.¹³⁹

Imagen 12



El objetivo fue hacer llegar a todo el país los pequeños libros con textos de historia, arte, literatura, biografías y manuales, a un precio muy accesible.

¹³⁸ Zoraida Vázquez, Josefina. *Nacionalismo y educación en México*. 2ª ed. corr. y aum. México: El Colegio de México, 2000. p. 229

¹³⁹ Torres Septién, Valentina. "La lectura, 1940-1960". op. cit. pp. 325-326

Durante los años de 1945 y 1946, se intensificó la Campaña Nacional contra el Analfabetismo, haciendo Torres Bodet varios recorridos por el país a la usanza de Vasconcelos. Para apoyar esa campaña se imprimieron y distribuyeron, no sólo los ejemplares de la cartilla para aprender a leer y escribir, sino la creación de centros de enseñanza colectiva por todo el país.

Como parte complementaria de una política integral, Torres Bodet se preocupó no sólo por disminuir el analfabetismo, sino también por capacitar a los maestros, ya que muchos realizaban sus actividades magisteriales sin haber terminado sus estudios o recibir una actualización durante años. “La falta de maestros y de escuelas era de gran importancia para la solución a largo plazo del problema del analfabetismo. Se calculó que las necesidades del país ascendían a 45 000 aulas y 45 000 profesores más de los existentes.”¹⁴⁰

En ese sentido, sus actividades se enfocaron a la realización de un Congreso de Educación Normal; la construcción de las instalaciones de la Escuela Normal Superior; el establecimiento de un Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas y el Instituto Federal de Capacitación del Magisterio. Con el fin de modificar la educación primaria, estableció la Comisión Revisora y Coordinadora de Planes Educativos, Programas de Estudio y Libros de Texto. De esta manera, “Al concluir la administración de Ávila Camacho, el número de alfabetizados, por obra de la Campaña, asciende a más de 1.300.000 personas.”¹⁴¹

Durante el siguiente gobierno (1946-1952), si bien la campaña de alfabetización tuvo continuidad, el Presidente Miguel Alemán puso más énfasis en la construcción de escuelas, en la preparación y capacitación de los profesores. Se organizó la Comisión de la Campaña Nacional de Construcción de Escuelas que construyó 4,159 escuelas y se repararon 2383, además de integrarse el Patronato de Construcción de la Ciudad Universitaria. Para mejorar la enseñanza de los profesores, se integró en 1947 la Dirección General de Enseñanza Normal, lo mismo que la Comisión Nacional Revisora de Libros de Texto.

¹⁴⁰ Ibidem.

¹⁴¹ Carballo. op. cit. p. 137

Entre 1952 y 1958, la educación dejó de ser prioridad como lo había sido en los dos gobiernos anteriores, a pesar de la demanda de escuelas y profesores por el constante incremento de la población. Fue hasta la llegada de Adolfo López Mateos como Presidente, y con él su Secretario de Educación Pública, Jaime Torres Bodet, cuando la educación vuelve a ser prioritaria dentro de los planes gubernamentales, al grado que será la administración que más presupuesto destine a este rubro.

Se inició entonces el tercer gran impulso a la educación con Torres Bodet al frente. Por primera vez se planeó a largo plazo al elaborar el Plan de Once Años por medio de una Comisión Nacional, encargada no sólo de aumentar los grados de los planes de estudio, sino también de proyectar las necesidades en la construcción de escuelas y en la formación de profesores.

“Las dos tareas principales a cumplir eran la multiplicación de escuelas y la preparación masiva de maestros. En el primer aspecto el Comité Administrativo del Programa Federal de Construcción Escolar construyó 23 284 nuevas aulas de 1958 a 1964 (había construido sólo 21 641 unidades de 1944 a 1958), más 217 laboratorios y 383 talleres, además de reparar edificios viejos. Pero era más problemático preparar el número necesario de maestros. Provisionalmente se tuvo que aceptar a jóvenes estudiantes de 18 años con certificado de segunda enseñanza dispuestos a impartir la enseñanza primaria y comprometidos a realizar un curso en el Instituto Federal de Capacitación del Magisterio, el que fue habilitado con un gran presupuesto para publicaciones y expansión de servicios. Para 1960 se inició una mejora total de la enseñanza normal.”¹⁴²

Sin embargo, la obra que más ha perdurado por su trascendencia, ha sido la implementación de los *Libros de Texto Gratuitos*. El objetivo no sólo fue cumplir totalmente con la gratuidad de la enseñanza señalada en la Constitución, sino crear las condiciones para hacer más efectiva la educación en la población de escasos recursos e imposibilitada de comprar libros de texto. Con ese fin, se creó a principios de 1959 la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos (CONALITEG), integrada por un presidente, un secretario general, seis vocales y un grupo de colaboradores, entre otros miembros de la opinión pública, que tendrían como función evaluar los textos. Un año después, se distribuyeron 15.492,198 ejemplares, entre libros de texto y cuadernos de trabajo.

¹⁴² Zoraida Vázquez, J. op. cit. p. 236

5.2 La alfabetización y la lectura

Para mediados de siglo, a pesar de los esfuerzos por extender la educación por todo el país y disminuir el analfabetismo, el porcentaje de éste aún era elevado como se puede ver en el cuadro 2, del anexo 9. Las cifras, aun cuando pueden tomarse con cierta reserva, no están muy alejadas de las que proporcionan algunos estudiosos sobre el tema. Por ejemplo, Zoraida Vázquez, nos informa que para el año de 1953, el analfabetismo era de aproximadamente 42%, y para otros años nos dice que: “En su informe de 1964 el presidente López Mateos [.....] calculaba que el analfabetismo había descendido, en la más pesimista de las hipótesis, a sólo un 28.91% (se calculaba en 56.52% en 1940, 43.48% en 1950 y 36.39% en 1960).”¹⁴³ Engracia Loyo y Valentina Torres, ambas en sus ensayos reunidos en la obra *Historia de la lectura en México*, también mencionan cifras muy aproximadas que varían muy poco.¹⁴⁴

Sin dejar de reconocer que la alfabetización de la sociedad significa un paso más hacia su progreso, el avance en la reducción del analfabetismo y los esfuerzos por expandir el sistema educativo, no llevan, necesariamente, a la formación de lectores. Esto es muy cierto en cualquier época y lugar. Si bien una persona que ha aprendido el alfabeto puede leer, existen varios factores que juegan en su contra para llegar a convertirse en un lector propiamente: A) la falta de libros o textos de lectura en su medio inmediato, como puede ser su casa o comunidad; B) la falta de hábito o costumbre al interior de su familia; C) el prejuicio de que la lectura es aburrida e inútil, D) se le considera “pérdida de tiempo”, por algunos miembros de la familia, ante actividades más productivas y apremiantes, por mencionar sólo algunos factores.

Existe una diferencia muy marcada entre el individuo alfabetizado que lee textos escolares y el que lee por voluntad propia un texto. Un texto escolar puede ser de historia, civismo, gramática, matemáticas, geografía, medicina, ingeniería, biología, etc., pero un libro que se lee por voluntad propia, es muy probable que sea de tipo literario. En ese sentido, considero que un estudiante, cualquiera que sea su nivel de escolaridad, por estar justamente en formación, necesita del texto auxiliar, del libro-herramienta.

¹⁴³ Zoraida Vázquez, Josefina. *Nacionalismo y educación en México*. op. cit. pp. 235-241.

¹⁴⁴ *Historia de la lectura en México*. op. cit. pp. 243-337

Considerando lo anterior, y el impulso dado a las políticas educativas estatales, es que se incrementó la demanda de estos libros, que fue satisfecha sin ningún problema por algunas casas editoriales hasta la creación de la CONALITEG. La apertura de escuelas primarias, secundarias, técnicas y de nivel superior, como se ha visto, necesariamente fueron un incentivo para el desarrollo de la industria editorial especializada en ese tipo de textos. Sin embargo, podemos decir que al no existir una política permanente sobre la creación de bibliotecas a nivel nacional, salvo periodos muy excepcionales, ese incentivo encontraba límites.

A diferencia de un estudiante, la actividad principal de un lector es leer, pero con la característica peculiar de que es un acto voluntario. A diferencia del educando, que hace una "lectura" por encargo, o por cumplir con sus *obligaciones* como estudiante, el lector realiza su actividad porque le gusta, porque sabe que va a disfrutar y a deleitarse en la lectura, es decir, ha aprendido a encontrar esas cualidades en el acto de leer. Lo que puede encontrar en la *lectura* es un diálogo, aprender otras maneras de ver el mundo, conocer otros puntos de vista, y por medio de la imaginación, transportarse a lugares y a épocas distantes. Es importante mencionar que ambas figuras no son contrapuestas, y pueden ser personificadas en un solo individuo. Por otro lado, por medio de la literatura nos adentramos en cuestiones humanas, como dice Garrido:

"...porque la literatura trata de la vida, los valores, lo que nos sucede a todos: nacer y morir, enamorarse y desencantarse del amor, ambicionar el poder, sufrir la soledad y el abandono, sacrificar todo a un ideal o ser ruines y egoístas; padecer pérdidas atroces y alimentar la esperanza."¹⁴⁵

Ahora bien, la formación de un individuo como lector se debe a muchos factores, que pueden variar en cada caso, sin embargo, uno de los factores más importantes es que la lectura sea de su interés. El encuentro de un individuo con el libro, determina una impresión que será crucial para continuar o no, con su proceso individual de lectura. Existen otros factores como las recomendaciones, las influencias y los estímulos familiares y sociales, pero el contacto con el texto es íntimo, personal.

¹⁴⁵ Garrido, Felipe. "Alfabetización y lectura en el siglo XXI" en: *Tierra Adentro*, núm. 103, abril-mayo de 2000. p. 7

Si atendemos tan sólo a la característica de alguien que *gasta en la compra de libros*, ya estamos refiriéndonos a una minoría del resto de la población. De igual forma, podemos mencionar el tiempo libre y otros factores, que nos llevan a concluir que la existencia de lectores es menor a la cantidad de “lectores de libros funcionales”, como los llama Escarpit. En este sentido:

“La producción y el consumo de libros literarios dependen, sobre todo, de la estructura política, porque son actividades voluntarias que indican que determinadas personas, escritores, o lectores, necesitan determinado tipo de comunicación. Factores institucionales –propaganda política, policía, religión- o factores que actúan directamente, a favor o en contra, sobre el deseo o la facultad de comunicación de las personas –analfabetismo o educación, miseria o alto nivel de vida- pueden limitar exteriormente esa necesidad...”¹⁴⁶

Y nuestro país, que pasó por tres periodos muy marcados durante la primera mitad del siglo XX (revolución, estabilización e industrialización) tenía la urgencia de disminuir el analfabetismo y preparar a los cuadros técnicos para la producción. Por tanto, los lectores que existieron seguían siendo los menos, en comparación con los lectores de textos escolares.

5.3 Los intelectuales y la lectura

“Se olvida con demasiada frecuencia que el escritor empieza por ser un lector, que viene del medio literario y que éste lo respalda no sólo moralmente sino también económicamente. Si en un país el número de lectores no es suficiente para que puedan vivir los escritores, habrá menos escritores, ya que solamente podrán escribir quienes posean los recursos necesarios para trabajar sin remuneración o aquellos cuya subsistencia, en una economía dirigida, sea costeadada por el Estado u otra entidad.”¹⁴⁷

La estabilidad política y el desarrollo económico brindaron las condiciones para que el ambiente literario e intelectual en nuestro país continuara su desarrollo. El crecimiento de una clase social media y urbana, que veía a la educación como medio de ascenso social, tuvo en las décadas de los cuarenta y cincuenta, sus mejores momentos.

¹⁴⁶ Escarpit, R. op. cit. p. 91

¹⁴⁷ Escarpit, R. op. cit. p. 92

En ese contexto, las nuevas generaciones de intelectuales no sólo se integraron y consolidaron, sino que hicieron innovaciones en sus respectivas disciplinas. Por ejemplo, en la década de los cuarentas se inició una transición en la temática de la novela, dejando atrás las acciones de la revolución para desplazarse a la observación de la sociedad surgida de la revolución. Ya no se intenta retratar, sino interpretar al México emergente. En el campo poético, la nueva generación de *Taller*, consideró liquidados a *Los Contemporáneos*. En Filosofía, se continuó con el proceso de conocimiento del mexicano, que se extendería hasta la década de los cincuenta.

El análisis del mexicano se acompañó de investigaciones en áreas como la antropología y la arqueología, que empezaron a recuperar el mundo precolombino en su literatura, su arte y su visión del mundo, como fruto también de la creación de los Institutos de Investigaciones Estéticas (1937), el de Investigaciones Históricas (1945) y el de Investigaciones Filosóficas (1945). Otro tanto ocurrió en las áreas de la Economía y la Sociología.

En el género del cuento predominó el tema de los indígenas y el campo. ¿Y que decir del teatro? Xavier Villaurrutia y Rodolfo Usigli son los dos dramaturgos sobre los que se apoyó el teatro mexicano de los años cuarenta, seguidos por Celestino Gorostiza, Salvador Novo. En todo este proceso cultural, no podemos negar el papel fundamental que tuvo el libro. Para su difusión, el libro fue uno de los medios más utilizados, sin olvidar la existencia de las revistas, los periódicos y sus suplementos, la radio y el cine. No fueron únicamente las instituciones educativas y el crecimiento del nivel educativo, sino el libro, como el medio que transmitió y difundió todo el conocimiento generado en los años inmediatos.

Como hemos venido observando, el desarrollo de la industria editorial viene tomado de las manos: de un lado, del proceso de alfabetización y desarrollo del sistema escolar, y del otro, de la formación de los intelectuales, quienes no sólo necesitan de textos de lectura, sino que con el producto de su actividad intelectual, contribuyen a ese desarrollo editorial. Sin embargo, su participación no se limita, como hemos visto, a los productos de su actividad intelectual, sino que intervienen directamente en la fundación de empresas editoriales. En palabras de Cosío Villegas: "...muchos factores venían de tiempo atrás obrando

subterráneamente, como si dijéramos, para hacer posible una pronta transformación de una producción doméstica del libro a otra ya industrial...¹⁴⁸

En este sector de la sociedad empezaron a sobresalir intelectuales que tuvieron una formación cultural sólida y fueron lectores voraces. Agrupados en su *Generación* respectiva, que no sólo les permite alimentarse de la anterior, sino convertirse en sus inmediatos críticos y hacer nuevas propuestas literarias. Este proceso, que se dice fácil, implica leer a los escritores contemporáneos; intercambiar puntos de vista con otros miembros de la misma generación, leer y analizar, antes de verter un comentario o guardar distancia generacional.

Veamos algunos ejemplos con el fin de destacar la importancia que la lectura tuvo en su formación. Octavio Paz es uno de ellos. Cuando tenía 17 años, fundó junto con otros amigos la revista *Barandal* en la que empezó a escribir. En 1938, contribuyó a la formación del diario *El Popular*, y junto con Efraín Huerta, Rafael Solana y Alberto Quintero Álvarez, fundó también en ese mismo año, la revista de poesía y crítica *Taller*, que agrupó a los escritores jóvenes. En 1943, al lado de Octavio G. Barreda, Xavier Villaurrutia, Ali Chumacero, entre otros, fundaron la revista *El Hijo Pródigo*.

Otro ejemplo lo encontramos en José Revueltas, quien provenía de una familia en la que todos sus miembros fueron educados en el cultivo de las artes y la lectura. Dispusieron de una biblioteca conformada por su padre. De entre sus hermanos, destacan el músico Silvestre Revueltas, el pintor Fermín Revueltas y la actriz Rosaura Revueltas. Él, con el tiempo se convertiría en un escritor y crítico de la izquierda mexicana, agrupada en el Partido Comunista Mexicano. Prácticamente fue autodidacta, pues a pesar de haber abandonado los estudios secundarios, nunca dejó de ser un lector voraz de muchos temas. Su participación política y sus lecturas literarias, lo llevaron a escribir:

“El interés por convertirme en escritor, se debió a todo este proceso; mis primeras armas, digamos, literarias, las he conseguido en el movimiento revolucionario; siempre he sido llamado a escribir periodiquitos, clandestinos o no; ahí empecé a forjar un poco el espíritu literario. En general, me interesaba la prosa; el cuento me

¹⁴⁸ Cosío Villegas, Daniel. “España contra América en la industria editorial” en: *Cuadernos Americanos*, núm.1, enero-febrero de 1949, v. XLIII, p. 60

gusta mucho, la novela desde luego y el ensayo. Así en los albores de los cuarenta ya había escrito *Los muros de agua* y *El huto humano...*¹⁴⁹

El testimonio que dejaron en un diálogo Juan José Arreola y Antonio Alatorre acerca de su formación como lectores, nos indica que la actividad lectora era realizada en forma extensa por un sector cada vez más amplio de lectores, es decir, se leía una gran variedad de textos de escritores nacionales y extranjeros, lo que indica la diversidad de textos de lectura en esos años. Dice Arreola:

“... Había en Guadalajara esa Librería Font, espléndida. ¡Lo que era recibir por ejemplo la Historia Universal de la infamia de Borges por primera vez en México y en Guadalajara! Y ediciones también francesas que ya empezábamos por ahí a deletrear y a leer y a disfrutar. Entonces, releer con Antonio el Diario de un aspirante a santo de Georges Duhamel o algunas páginas de la Revista de Occidente, las Cartas de M. O. Gershenson y V.I. Ivánov, era sencillamente recibir un mundo de conocimiento en aquella prosa espléndida. ¿Te acuerdas que conocimos después a una de las traductoras?”¹⁵⁰

El papel de la lectura en los intelectuales en formación no es una novedad, sin embargo, en los ejemplos citados, se puede apreciar la intensidad y la extensión de las lecturas, es decir, las numerosas lecturas y la diversidad de las mismas, tanto de autores mexicanos como de otras regiones geográficas. Por otro lado, su producción intelectual temprana posibilitaba la transformación del ambiente en la producción librera.

Para mediados de siglo, los factores que hemos mencionado (el desarrollo de las instituciones educativas de nivel superior, el incremento de una clase media, el desarrollo industrial del país; la llegada de los intelectuales españoles, etc.) contribuyeron al desarrollo cultural del país en todos los órdenes, siendo los intelectuales los impulsores de ese desarrollo. En este sentido, podemos hablar de la existencia de una Generación de Medio Siglo.

Sus miembros, nacidos entre 1925 y 1935, empezaron a publicar y a participar en la cultura nacional, principalmente en la década de los cincuenta. Más que ser una generación de

¹⁴⁹ Revueltas, José. *Autobiografía*. Obras completas. México: Ediciones Era, 1976. p. 272

¹⁵⁰ “Antonio Alatorre y Juan José Arreola: Un diálogo” en: *Boletín Editorial*. El Colegio de México, núm. 95, enero-febrero de 2002, pp. 13-20

escritores literarios, en la Generación de Medio Siglo podemos incluir a toda una gama de profesionistas universitarios: economistas, filósofos, arquitectos, poetas, historiadores, pintores, antropólogos, dramaturgos, abogados, ensayistas, etc.

Sus primeras obras se publicaron en revistas y suplementos culturales como la *Revista de la Universidad*, la revista *Estaciones*, la revista *Bellas Artes*, el suplemento *México en la Cultura* (1949-61) del periódico *Novedades*, y el suplemento *La Cultura en México*, (1962-70) de la revista *Siempre!*. Ya fuera en la presentación, la reseña, el comentario, el análisis o la crítica de los libros que se iban publicando, con entrevistas, ensayos o comentarios sobre teatro, cine, literatura y pintura, encontramos una rica participación de todos estos jóvenes intelectuales, muestra de su activa práctica de la lectura en revistas y libros.

A varios miembros de esta generación del medio siglo los podemos ubicar en esta época laborando en instituciones culturales como el FCE, El Colegio de México y la Universidad Nacional, ya como profesores, investigadores, o en áreas como la Dirección General de Publicaciones, Difusión Cultural, etc.

Para dar una idea de la riqueza intelectual de esta generación, que tendrá su máxima expresión en la segunda mitad del siglo XX, mencionaré algunos nombres en orden alfabético: Antonio Alatorre, Inés Arredondo, Héctor Azar, Huberto Batis, Julieta Campos, Emilio Carballido, Emmanuel Carballo, Rosario Castellanos, Amparo Dávila, José de la Colina, Salvador Elizondo, Sergio Fernández, Carlos Fuentes, Sergio Galindo, Juan García Ponce, Jaime García Terrés, Ricardo Garibay, Margo Glantz, Enrique, Pablo y Manuel González Casanova, Juan José Gurrola, Luisa Josefina Hernández, Jorge Hernández Campos, Jorge Ibarguengoitia, Vicente Leñero, Eduardo Lizalde, Sergio Magaña, Ernesto Mejía Sánchez, Juan Vicente Melo, María Luisa Mendoza, Sergio Pitol, Jaime Sabines, Luis Spota, Edmundo Valadés, y tantos otros que se me escapan, pero que hacen pensar que nuestro país tiene en el siglo XX, su *Siglo de Oro* literario.

Sin embargo, fue la producción intelectual de todos estos personajes los que impulsaron el desarrollo de la industria editorial mexicana, produciendo libros no sólo para consumo nacional, sino para su exportación a los países de América Latina y España, principalmente.

En este sentido, es importante dejar asentado el ascenso de la vida cultural en nuestro país y la existencia de casas editoriales, por que no se partió de cero cuando llegaron los españoles. “Se ha discutido mucho si esa guerra civil fue la causa del nacimiento y florecimiento de la industria editorial de la América Latina, o si fue, simplemente, la ocasión para que naciera y se desarrollara”¹⁵¹

De tal manera existía ese proceso cultural en nuestro país, que a la llegada de los intelectuales españoles lo que ocurrió fue una estrecha colaboración entre mexicanos y españoles, que se manifestó en sus obras durante las siguientes décadas, ya fuera en la creatividad intelectual, en la traducción, en la fundación de revistas y editoriales, en la academia y en la formación de nuevas generaciones.

5.4 El Desarrollo Editorial

He mencionado que la aportación del exilio español a la cultura mexicana se manifestó principalmente en tres aspectos: a) en la creación de instituciones y medios culturales; b) en actividades editoriales y c) en actividades de docencia e investigación.

En la labor editorial, se incorporaron como directores de colecciones, correctores y traductores. Mediante la traducción, los españoles contribuyeron a enriquecer las colecciones de editoriales como El Colegio de México y el Fondo de Cultura Económica. Muchos continuaron con sus actividades de traducción ya iniciadas en España, como Wenceslao Roces, quien prosiguió la ardua tarea de traducir a Marx, Engels, Hegel (en particular la *Fenomenología del Espíritu*), Lukács, Bloch, Jäger, Leopold von Ranke, Collingwood, etc. A Eugenio Imaz se debe la traducción de Dewey, Cassirer, Kant, y en especial, la introducción al pensamiento de Wilhelm Dilthey. José Gaos tradujo obras de autores como Brentano, Scheller, Husserl, Fichte, Kant, Heráclito, Aristóteles, Platón, Hegel (en particular sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*), Martín Heidegger (traducción e introducción de *El ser y el tiempo*) y con Manuel García Morente, las *Investigaciones lógicas* de Edmund Husserl. Juan David García Bacca tradujo a los presocráticos, obras de Platón, la *Poética* de Aristóteles y muchas otras. Joaquín Xirau tradujo obras de Lecheleir, Robin, Russell, Descartes, Meyerson, Whitehead, Jäger,

¹⁵¹ Cosío Villegas. “España contra América... op. cit. p. 61

etcétera. Eduardo Nicol tradujo el *Demóstenes* de Jäger. De esta manera, proporcionaron las herramientas indispensables a las nuevas generaciones de escritores, profesores, alumnos y público en general, no sólo del país, sino de Latinoamérica toda.

Las obras en las que se manifestó esa influencia fueron varias, por ejemplo, Emilio Uranga, publicó su libro *Análisis del ser del mexicano*. Tema abordado también por Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* (1950, FCE) y Edmundo O'Gorman en *La invención de América* (1958, FCE). Jorge Portilla en *Fenomenología del relajo* (1966); Leopoldo Zea buscó una respuesta a partir de una filosofía americana y de una historia de las ideas en América Latina. Desde muy joven fue muy prolífico, escribiendo obras como: *El positivismo en México* (1942, FCE); *América como conciencia* (1943, Cuadernos Americanos); *Ensayos de filosofía de la historia* (1947, Stylo); *Conciencia y posibilidad del mexicano* (1952, Porrúa); *La conciencia del hombre en la filosofía* (1953, UNAM); *La filosofía en México* (1955, Libro-mex).

En los treinta años que van de 1936 a 1966, apareció un gran número de casas editoriales y se dio el desarrollo y expansión de las ya establecidas. Asimismo, se vivió un periodo de transición con respecto a la distribución del libro, ya que mientras en las primeras décadas del siglo su difusión era reducida y limitada, en las décadas siguientes se implementaron políticas para hacer llegar el libro a un mayor número de personas. EDIAPSA y las Librerías de Cristal, son dos ejemplos en la distribución del libro.

Si bien lo que ocurrió en la cultura mexicana a partir de 1940, no se puede deslindar de la inteligencia española incorporada al país en estos años, México venía creando las condiciones para la consolidación de sus intelectuales por medio del desarrollo de instituciones culturales y educativas y fue justamente en ellas, sin ser las únicas, que se dio la colaboración entre españoles y mexicanos. Por tanto, los españoles encontraron en el México de medio siglo un suelo bien abonado, por lo que sus libros encontraron tierra fértil y las posibilidades para una colaboración que benefició a los dos grupos.

“Su contribución a la lectura es innegable e importantísima por la variedad y cantidad de libros producidos por ellos. (...) En el aspecto editorial colaboraron en la Imprenta Universitaria, en las publicaciones de la Secretaría de Educación Pública y sobre todo en su lugar de unión y reunión, el Fondo de Cultura Económica.”¹⁵²

Participaron en el desarrollo de muchos sellos editoriales y aumentaron la oferta de libros de distintas materias. Pero detengámonos a ver un poco más la historia del desarrollo de *su centro de unión*, es decir, del Fondo de Cultura Económica, ya que se convirtió en la punta del desarrollo de la industria editorial mexicana durante estos años, antes de hablar de otras casas editoriales.

El Fondo de Cultura Económica.

Una vez fundada esta empresa editorial, (como ya mencionamos en sus antecedentes) rápidamente se desarrolló porque vino a satisfacer la necesidad de libros que tenían los estudiantes universitarios y público en general, pero además, porque su fundador encontró una forma muy peculiar de allegarse recursos para seguir desarrollándola, que:

“Consistía en una invitación del secretario de Hacienda Eduardo Suárez a un grupo de seis u ocho banqueros, industriales, mineros o comerciantes, a almorzar en el Club de Banqueros. Tras una comida encargada especialmente, y de beber vinos y licores de las mejores marcas, Suárez decía haberlos convocado para escucharme. Como de rayo, un mozo del Fondo muy bien adiestrado ponía frente a cada invitado una pila de diez o quince volúmenes editados recientemente, y yo hacía una breve historia del Fondo, de los fines que perseguía, y de la necesidad de allegarse recursos adicionales, sea para iniciar una nueva sección de publicaciones, sea para emprender reediciones de los títulos agotados, etcétera. Al acabar mi exposición, Eduardo Suárez, afable, pero directamente, decía: “queda abierta la lista de contribuciones”. Llegamos a perfeccionar tanto este sistema “extractivo”...”¹⁵³

La historia del FCE hasta 1965, la podemos dividir en dos periodos: el primero, que va de 1934 a 1948, bajo la dirección de Daniel Cosío Villegas; el segundo, de 1948 a 1965, bajo la dirección de Arnaldo Orfila Reynal. Durante los años de dirección de Cosío Villegas, se publicaron 342 títulos y diez colecciones, entre las que destacan: *Economía, Tierra Firme y Biblioteca Americana*. Estas dos últimas fueron de gran significación cultural para América Latina, cuya idea y desarrollo se debieron a dos grandes amigos y compañeros de Cosío:

¹⁵² Torres Septién, V. “La lectura, 1940-1960” op. cit. p. 298.

¹⁵³ Cosío Villegas, D. *Memorias*. op. cit. p. 182

Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. Las actividades para impulsar el desarrollo del FCE se complementaron con los esfuerzos para abrir una red de comercialización en países de Latinoamérica, pues su director no era ajeno al desarrollo educativo de países como Chile, Argentina y Colombia, que también habían desarrollado un grupo de lectores, pero que se enfrentaban a una escasez de textos de lectura.

“La producción librera de los países latinoamericanos, o no existía del todo, o estaba confinada dentro de los respectivos mercados nacionales, hecho éste que medía su insignificancia económica. De esta situación de producción restringida apenas si se exceptuaba en tres o cuatro países la impresión de los libros de texto para la enseñanza primaria, libros que, justamente por contar con un mercado amplio y seguro, se podían imprimir en escala industrial, es decir, imprimir en tirajes de alguna importancia, de manera regular, por métodos industriales...”¹⁵⁴

Esa comercialización no estuvo exenta de dificultades, principalmente en el pago de los libros enviados, ya que al sufrir una escasez de divisas, los gobiernos de esos países implementaban muchos trámites burocráticos para hacer efectivo el cobro y envío de los pagos. Otra de las dificultades a las que se enfrentó el FCE, fue la competencia ejercida por la industria editorial española, que a pesar de haberse mermado con la Guerra Civil, pronto buscó la forma de instalarse en países como Chile o Argentina, y aprovechar también la política económica proteccionista implementada por la dictadura. En su contra, el FCE encontraba dificultades geográficas como la distancia y la falta de vías de comunicación, lo cual repercutía en los precios de los libros. Por su parte, las editoriales españolas radicadas en España, tenían un fácil acceso por vía marítima a cada uno de los países latinoamericanos.

Para enfrentar esas dificultades es que se abrió la primera sucursal del Fondo en Argentina en 1945. Con ello, el afán y la convicción por tener presencia en todo el continente hispanoamericano, no se detendría. Además, al estar en contacto con la intelectualidad hispanoamericana, de llevarles el pensamiento mexicano, el europeo, por medio de las traducciones y de imprimir a los autores del subcontinente, el Fondo se fue convirtiendo en una empresa cultural amplia y reconocida, donde lo mexicano y lo universal se mezclaron.

¹⁵⁴ Cosío Villegas. “España contra América... op. cit. p. 60

La idea de abrir una sucursal del Fondo en Argentina se debió a Alfonso Reyes y a Pedro Henríquez Ureña. El primero, era Embajador de México en ese país y el segundo, radicaba allí desde hace varios años. Ambos se conocían desde los años 20's en México y eran grandes amigos. Para 1944, ya el Fondo tenía 10 años de fundado y le comunicaron la idea a Cosío Villegas, proponiendo a Arnaldo Orfila Reynal como su representante en Buenos Aires.

Orfila y Cosío se conocieron en 1921, durante las fiestas del Centenario de la consolidación de la Independencia en México. Con ese motivo se celebró un Congreso Internacional de Estudiantes, siendo su presidente Daniel Cosío Villegas. En ese mismo año, durante una reunión en la Embajada de Argentina, como Álvaro Obregón simpatizaba con Hipólito Irigoyen, presidente argentino, llamó a su mesa a los estudiantes de ese país para intercambiar puntos de vista. Al finalizar la reunión, Obregón ofreció un viaje en ferrocarril por el país, de 30 días. Ese viaje permitió a Orfila profundizar el contacto con Vasconcelos, Julio Torri, Roberto Montenegro, Ramón del Valle Inclán, Torres Bodet, Carlos Pellicer, Gómez Morín, Alfonso Caso, Henríquez Ureña y Cosío Villegas, entre otros más.

El Congreso estudiantil comisionó a la delegación argentina para impulsar la Internacional de Estudiantes en Nueva York y en Europa, e invitar a los estudiantes de esas regiones para organizar el II Congreso en Argentina. Por tanto, Orfila Reynal tuvo la oportunidad de conocer a los que después se convirtieron en futuras personalidades de la cultura, principalmente españoles. “En Madrid tengo el privilegio de conocer a don Alfonso Reyes, quien era el embajador mexicano en España. Llevamos cartas de recomendación de Vasconcelos y de Torri.”¹⁵⁵ Menciono lo anterior, porque los contactos hechos por Orfila, principalmente en España, fueron cruciales en su periodo al frente del FCE.

Después de ese encuentro y durante los siguientes años, el contacto con los intelectuales mexicanos continuó por vía epistolar, de tal manera que cuando Alfonso Reyes fue embajador en Argentina, se le ocurrió abrir una sucursal del FCE, pensando en Orfila para quedar al frente de esa sede. Orfila dice que a partir de enero de 1945: “nos reuníamos con

¹⁵⁵ Para profundizar en esta anécdota, se sugiere recurrir a las memorias de Cosío Villegas; así como los artículos que aparecieron en el libro-homenaje: *Arnaldo Orfila Reynal, la pasión por los libros*. México: Universidad de Guadalajara, 1993.

Pedro Henríquez Ureña, Victoria Ocampo, Jorge Luis Borges, Bioy Casares, que era cuñado de Borges, y con el propio don Alfonso”, es decir, se abrían las oportunidades para buscar la colaboración intelectual entre argentinos y mexicanos, bajo el techo del Fondo.

Cuando Cosío Villegas obtiene la beca de la Fundación Rockefeller para hacer sus investigaciones sobre la *Historia Moderna de México*, una de las condiciones para su otorgamiento es la dedicación de tiempo completo a la investigación, por lo tanto, se separa de la dirección del FCE en 1948. Después de analizar la situación entre la Junta de Gobierno y Cosío Villegas, se aceptó la propuesta de dejar a Orfila al frente del FCE de manera interina, sin embargo, como el tiempo para realizar la investigación fue muy breve, Cosío Villegas solicitó otros dos años, extendiéndose por tanto, el periodo de suplencia de Arnaldo Orfila.

A partir de 1948, el FCE inició su segundo periodo al que hacíamos referencia. Durante éste, el Fondo publicó nuevas colecciones. Sin embargo, tuvieron que pasar cuatro años en espera del regreso de su fundador, antes de iniciar el despegue. Una vez que se da la renuncia definitiva de Cosío Villegas a la dirección del Fondo en 1952, la casa editora, que había empezado a publicar libros sobre otras disciplinas como historia y sociología, profundizó la apertura hacia otras áreas temáticas. Dice Orfila:

“El hecho es que se me permite [por parte de la Junta de Gobierno] una gran expansión, propongo colecciones, la gente estaba bien dispuesta conmigo, tuve gran apoyo de la inmigración española que llegó en el 38 y 39 que viene Gaos, Eugenio Imaz, Medina Chavarría, Roces, Adolfo Salazar, en fin, toda esa pléyade de notables que se hacen amigos míos, algunos ya los conocía. Eugenio Imaz no estaba cuando llegué, se había peleado con Cosío y se fue a Venezuela; ¡un personaje estupendo!”¹⁵⁶

En efecto, cuando llega Orfila Reynal al Fondo el español Eugenio Imaz solicita regresar a colaborar en la editorial, solicitud que es aceptada por Arnaldo Orfila. En fin, a partir de 1948, entre las nuevas colecciones que se iniciaron destacan *Breviarios* y la *Colección Popular*, ambas, con el objetivo de hacer extensivo el libro a una mayor cantidad de lectores, ya que los precios de cada ejemplar eran muy accesibles. Antes de estas dos

¹⁵⁶ López López, Alejandro. “Conversaciones con don Arnaldo Orfila Reynal” en: *Revista Universidad de Antioquia*. Número 253, julio-septiembre 1998, Medellín, Colombia. p. 32

colecciones, tuvo lugar la colección de literatura mexicana, que en palabras de su creador, nos dice:

“Comencé la colección *Letras Mexicanas* con un libro de don Alfonso Reyes, otro de Arreola, uno de Torri, el otro de Rulfo: Pedro Páramo, el de José Luis Martínez; a Fuentes le publiqué sus primeros libros: *La región más transparente* y *La muerte de Artemio Cruz*. En fin, sigue la colección y me vinculo muy pronto a la vida intelectual mexicana porque le doy más proyección mexicana al Fondo que la que tenía, antes era muy cerrada en la economía y la sociología.”¹⁵⁷

Años más tarde, con motivo de la renuncia a Orfila del Fondo, los escritores mexicanos, en voz de Fernando Benítez, hicieron una evaluación sobre la importancia que significó la colección *Letras Mexicanas* y la labor desarrollada por Orfila al frente del Fondo de Cultura Económica:

“Antes de 1952 los escritores mexicanos eran unos parias. Publicar el libro de un mexicano se entendía como un acto de caridad o un acto de demencia. Un joven con su manuscrito bajo el brazo era visto como una de las tantas plagas que debe padecer un país subdesarrollado. Había también locos capaces de editarle su libro, pero estos locos o pertenecían a la mafia o sentían que practicaban un penoso acto de beneficencia. El talento de Orfila consistió en comprender que la literatura mexicana ya no era una cuestión de “plaquettes”, de ediciones vergonzantes, de altruismo editorial, de obligación nacionalista. Orfila presintió que algo importante estaba a punto de ocurrir, que algo se estaba gestando y al crear la serie y darle su adecuada difusión, abrió un canal que dio paso a estas tumultuosas aguas, cargadas de limos, de la creación mexicana.”¹⁵⁸

Esa apertura temática tuvo una gran importancia y trascendencia no sólo para la editorial, sino para el país. En primer lugar, porque no había una editorial que cubriera tantas disciplinas y colecciones: Filosofía, Antropología, Sociología, Economía, Historia, Literatura Clásica, Literatura Mexicana e Hispanoamericana, Ensayos, etc. En segundo lugar, porque con las traducciones al español de idiomas como el alemán, inglés, francés, portugués e italiano, le dio al Fondo un perfil global, donde se hacía “cultura universal”, proporcionando así, lo mejor del pensamiento universal a los lectores mexicanos e hispanoamericanos.

¹⁵⁷ *Ibidem*, p. 33

¹⁵⁸ “Los libros que editó Orfila...” en: *La Cultura en México*. Suplemento de Siempre!, núm. 198, 1 de diciembre de 1965. p. IV (Palabras de Fernando Benítez en la cena de homenaje a Arnaldo Orfila, el 18 de noviembre de 1965.)

Imagen 13



1960 - De pie, Pablo González Casanova, Carlos Fuentes, Enrique González Pedrero, Óscar Soberón, AOR, Oscar Lewis y Oswaldo Robles; sentados, Jesús Silva Herzog y C. Wright Mills.

Para dar una idea de la importancia de la editorial en los lectores se dice que: “Del *Popol Vuh*, se vendieron sesenta mil ejemplares, de la *Antropología Filosófica* de Cassirer se agotaron en un año diez mil ejemplares y la literatura mexicana que no se leía en América Latina se hizo muy popular.”¹⁵⁹

En relación a la comercialización de los libros del Fondo, Orfila continuó la labor de Cosío Villegas, que consistió en promover el fondo editorial entre los países latinoamericanos. En 1954, abrió una sucursal en Santiago de Chile, y años más tarde, en 1963, una sucursal en España. Así, con el comercio del libro en Hispanoamérica, la presencia cultural de nuestro país ganó en trascendencia, pero además, “En Francia, empezó a hablarse de esa editorial en forma sumamente elogiosa.”

“De un total de mil quinientos setenta y siete libros, durante diecisiete años al frente del Fondo, sólo tres libros que defendí no fueron aprobados por la Junta de Gobierno. *La democracia en México* de Pablo González Casanova, un libro de Juan Bosch sobre su país, Santo Domingo, que si se hubiera publicado dos meses antes

¹⁵⁹ Poniatowska, Elena. “Los trabajos y los días” en: *Arnaldo Orfila Reynal. La pasión...* op. cit. p. 22

del golpe de Estados Unidos a ese país hubiera sido un hit editorial y la tercera edición de *Los hijos de Sánchez* ...¹⁶⁰

Mencionemos ahora otras empresas editoriales, en algunas de las cuales participaron y colaboraron españoles y mexicanos. Pero lo más importante fue que estas empresas consolidaron las actividades desarrollada por la industria editorial mexicana, reflejándose en un incremento de las exportaciones del libro mexicano, principalmente hacia países de Latinoamérica.

Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana.(UTEHA) Fundada por José González Porto en 1937. Desde muy joven, se estableció primero en Cuba, donde fundó una editorial que llevó su nombre. Después, a fines de los años treinta llegó a México y junto con otros españoles y mexicanos fundó UTEHA que de inmediato tuvo éxito. Estableció la primera sucursal en Buenos Aires, en 1939; años más tarde se abrieron sucursales en Barcelona, Bogotá, Caracas, Guatemala, La Habana, Lima, Montevideo, Quito, Río de Janeiro, Santiago y Tegucigalpa, ejerciendo de esta forma la distribución e intercambio del libro en América Latina. En UTEHA se tradujeron textos al español que significaron un aporte técnico y científico para el desarrollo de esos países, con temas como farmacología, bases terapéuticas, contabilidad, química, además de obras de consulta como enciclopedias y diccionarios.¹⁶¹

Esta editorial fue miembro del gremio de Libreros Mexicanos Unidos S.A. y una vez disuelta la organización en 1962, pasó a ser parte del grupo Noriega. Desde allí, se siguieron editando libros bajo el sello UTEHA.

Editora e Impresora Cicerón, S.A. tiene sus antecedentes en la *Librería de César Cicerón*, establecida dentro del Mercado "El Volador" en los primeros años del siglo XX. Se dedicó a la compra-venta de libros viejos y a la publicación de algunos libros esotéricos. En 1940 cambió su domicilio a la calle de Seminario número 10, y cuatro años más tarde,

¹⁶⁰ *Ibidem.* p. 23

¹⁶¹ Cfr. *Enciclopedia de México*. México: Enciclopedia de México, 2003. v. 6 p. 3448
Diccionario Enciclopédico UTEHA. México: UTEHA, 1964. t. X. p. 566

su hijo, Alfredo Cicerón, cambió la denominación de la empresa a *Editora e Impresora Cicerón, S.A.* Algunos de los títulos publicados son de literatura, derecho, medicina, etc.

Kinnert, Hugo.	Fuerzas mentales: método fácil y seguro para....	México: Cicerón, 1945
Grovas, María de la Luz.	Panorama de México, la capital, el Distrito Federal y algunos datos generales.	México: Cicerón, 1946
Castañeda, Gonzalo.	Clínica interpretativa, sindrómica y biológica. 2ª ed. (libro de texto para los estudiantes de medicina)	México: Cicerón, 1947
Sartre, Jean Paul.	Teatro.	México: Cicerón, 1949
Alarcón, Alfonso G.	Poliomielitis anterior aguda: parálisis infantil...	México: Cicerón, 1951
Muñoz, L.	Ley de amparo con últimas reformas, exposiciones de motivos, formulario y prontuario analítico y...	México: Cicerón, 1951
Vázquez Islas, Enrique.	Chicle: Ensayo de novela del trópico mexicano.	México: Cicerón, 1951

La librería, fue adquirida en 1965 por el Sr. Rodolfo Gallegos y siguió con vida hasta fines de siglo. Por su parte, la empresa Editora e Impresora Cicerón, S.A. fue desplazada, poco a poco, por otras casas editoras.

La Editorial Esfinge nació como una empresa “de autor” en 1940, ya que el mismo fundador, Agustín Mateos Muñoz, fue quien editó su primer obra en esta editorial *Gramática Latina*. Con la incorporación de sus dos hijos, la empresa cobró un perfil *familiar*, como muchas otras. El éxito de esta editorial radicó, principalmente, en cubrir la necesidad de “libros funcionales” para la preparación de cuadros técnicos, por ejemplo, cursos rápidos de mecanografía y taquigrafía, para la formación de secretarías. Más adelante, empezaría a editar libros que son complemento a los editados por la CONALITEG.

Podemos decir que la mayor parte de su fondo editorial, está destinado a los estudiantes del nivel medio y enseñanza técnica, sin descartar la edición de libros jurídicos y de contabilidad. “En cada temporada escolar nuestros tiros de edición alcanzan a ser superiores a los 200 mil ejemplares”.¹⁶² Otra característica, es que su fundador editó obras de su propia autoría y que muchos de esos títulos, han tenido reimpressiones por varios años.

¹⁶² “Editorial Esfinge” en: *Libros de México*. núm. 12, 1988. p. 11

La editorial Esfinge es un ejemplo representativo de otras empresas que prácticamente dependen de la impresión de ese tipo de libros-herramienta o manuales técnicos, ya que encuentra siempre a sus consumidores entre los estudiantes de nivel medio y técnico, es decir, de un mercado seguro. El hecho de que haya contado con menos de 10 empleados durante más de cuarenta años, es síntoma de que encontraron la fórmula para explotar, año con año, sus "éxitos editoriales".

Fernández Editores es otra de las empresas que se fundaron en la década de los cuarentas. Antes de fundar su propia empresa, Luis Fernández González trabajó 10 años en la editorial Herrero Hermanos, empezando como ayudante de almacén y llegó a convertirse en gerente. Con la experiencia adquirida se independizó y estableció una distribuidora al servicio de Herrero en 1943 y más tarde, de los fondos editoriales de casas como: Porrúa, Progreso, Bruño, Esfinge, y otros sellos.¹⁶³ Su primer domicilio fue en la calle de Donceles, lugar estratégico por la cercanía de otras casas editoras. Una de sus características, es ser también una *empresa familiar*, en la que muy pronto colaboraron los hijos del fundador.

Como aun no se establecía el libro de texto gratuito, Fernández Editores pronto se encaminó al libro educativo y al libro infantil. En el año de 1943, esa empresa publicó su primer título: *Mexicanos al grito de guerra*, libro ilustrado por el español José Bardazán. Como editorial, prácticamente se especializó en la edición de libros para primaria y secundaria, además de manuales prácticos de moral y religión, materiales didácticos como mapas, juegos de mesa, libros para el aprendizaje de idiomas y diccionarios, como el *Diccionario mundo hispánico*, entre muchos otros.

La Librería Internacional, si bien no es una editorial, se menciona porque proporcionó, por medio de las importaciones, una buena cantidad de libros de cierta especialización para los demandantes universitarios. Fundada en 1941 por el Sr. Rudolf Neuhaus, austriaco, se dedicó en un principio a satisfacer las necesidades de otros exiliados alemanes. Cuatro años más tarde, se instaló en lo que sería su lugar definitivo: en la esquina de la calle Sonora y la avenida Insurgentes, en la colonia Condesa.

¹⁶³ "Fernández Editores: un editor, para serlo de veras..." en *Libros de México*. núm. 10, 1988. pp. 5-7

Roberto Kolb, quien se hizo cargo de la librería a partir de 1947 y hasta 1972, impulsó su desarrollo y prestigio no solo entre la comunidad alemana, sino entre la comunidad universitaria al traer libros especializados sobre ciencia, medicina, ingeniería, física, además de literatura y arte en lenguas francesa e inglesa. Pero no sólo eso, sino que Roberto Kolb fundó la editorial *El Manual Moderno*, años después de haber adquirido la nacionalidad mexicana, fungiendo también como asesor en cuestiones internacionales para el Fondo de Cultura Económica.

Las Librerías de Cristal. Mencionaré a esta empresa por ser hermana de Edición y Distribución Iberoamericana de Publicaciones, S.A. (EDIAPSA), y porque jugó un papel fundamental en la promoción, distribución y venta de libros por todo el país durante la segunda mitad del siglo XX. De EDIAPSA ya hemos mencionado sus antecedentes, sin embargo, sobre el origen de la Librería de Cristal, Rafael Giménez Navarro nos proporciona su testimonio:

“...en julio de 1939 Giménez Siles y [Martín Luis] Guzmán eran dueños de la Librería Juárez, situada en la calle de Humboldt; posteriormente el gobierno del Distrito Federal convocó a un concurso para que se destinaran los nuevos edificios – Pégola- que existían en el primer tramo de la Alameda Central y Giménez Siles propuso instalar ahí otra librería. Para 1945 –agrega- la empresa EDIAPSA y Librería de Cristal ocupaban ya cuatro edificios; en esa época se instituye el Premio Literario Manuel Ávila Camacho. Cinco años más tarde se inaugura la [primera] sucursal [en Río] Nazas”¹⁶⁴

El gran espacio con que contaba el edificio fue aprovechado para establecer además de la librería, una cafetería, una sala de exposiciones de arte y un lugar para conferencias (Cfr. Anexo 21). Esta nueva librería, no tardó en convertirse en un lugar de reunión de los intelectuales de la época como: Martín Luis Guzmán, Emmanuel Carballo, Salvador Novo, Remedios Varo, Ermilo Abreu Gómez, Octavio Paz, Pablo Neruda, Carlos Chávez y muchos más. Incluso, hay quienes recuerdan su asistencia a esta librería:

“El que fue niño no olvidará aquellos domingos en la Alameda de un México perdido para siempre. A fin de habituarlo a terminar lo que iniciaba, el domingo sus padres le compraban un solo libro de tres o cuatro pesos, si había concluido el de la semana anterior y era capaz de interpretarlo con sus propias palabras. Entraba en la Librería

¹⁶⁴ Pinto, Margarita. “Librerías de Cristal” en: *Sábado*, suplemento cultural de *UnomásUno*, 14 de julio de 1979. p. 14.

de Cristal, pasaba por un túnel oloroso o cola y pintura, y al subir las escaleras se desplegaba ante él un repertorio de maravillas: la sección infantil. Allí conoció a Rafael Giménez Siles y desde entonces el trato no se ha interrumpido. Con el tiempo sus intereses de lector pasaron a otras secciones. Más tarde, como parecía inevitable, osó añadir sus propios libros al caudal incesante [de la librería].”¹⁶⁵

Las Librerías de Cristal estuvieron bajo la administración de EDIAPSA hasta bien entrada la década de los años setenta. Sin embargo, la fundación y crecimiento de estas librerías no fue la única obra de Giménez Siles, ya que en colaboración con otros intelectuales mexicanos y españoles fundó otras casas editoriales como: *La Compañía General de Ediciones*, *Empresas Editoriales*, *Diógenes*, la *Colección Málaga*, las cuales se independizarían cuando Giménez Siles se jubiló en 1976; otras pasaron antes a manos de editores e intelectuales, como Emmanuel Carballo, quien se quedó con *Diógenes*.

Empresas Editoriales. Este sello editorial surgió también en la calle de Río Nazas 55-1, dentro de los proyectos editoriales de EDIAPSA, dirigida por Giménez Siles y Martín Luis Guzmán. Creada en 1944, su objetivo principal fue la publicación únicamente de escritores mexicanos. En este sello editorial hubo una colección denominada: “El liberalismo mexicano en pensamiento y en acción”, cuyo coordinador fue Luis Guzmán.

Años más tarde, cuando Emmanuel Carballo fue designado consejero editorial (1964) este sello tendría un gran impulso con la publicación de varias series como la denominada: *Colección de los mensajes*, que eran textos breves de 50 a 65 páginas. Carballo también dirigió las autobiografías de los entonces jóvenes escritores: Juan Vicente Melo, Juan García Ponce, Sergio Pitol, Carlos Monsiváis; Gustavo Sainz, José Agustín, José Emilio Pacheco, entre otros más. Podemos decir que el sello *Empresas Editoriales* apoyó a las letras mexicanas desde sus diversas colecciones, publicando a autores como Torres Bodet, Agustín Yáñez, Salvador Novo, de quien además de editar *Toda la obra*, publicó sus crónicas *La vida en México en el periodo presidencial de...*; las cuales fueron muy exitosas. Emmanuel Carballo publicó en este sello la primera edición de su libro: *diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*.

¹⁶⁵ Pacheco, José Emilio. “Giménez Siles y los libros en México” en: *PROCESO*. Núm. 101, 9 de octubre de 1978. p. 55

Colección Málaga. Una de las colecciones de libros que cobraron muy pronto un lugar en el mundo editorial, fue la Colección Málaga. Esta colección fue creada desde EDIAPSA a partir de 1956, siendo sus principales promotores Rafael Giménez Siles y su esposa, la Sra. Francisca Navarro, hija del lingüista español Tomás Navarro Tomás. Recordemos que Málaga fue la tierra natal de Don Rafael, de ahí el nombre de la *Colección Málaga*.

En esta Colección hizo historia como traductor de literatura el español Aurelio Garzón del Camino, quien llegó a México en 1942 en el penúltimo viaje de refugiados. De inmediato, se puso a traducir obras literarias del francés, del italiano, y el alemán. Por ejemplo, inició con *Pruebas de la existencia de Dios*, traducida del alemán e *Historia triste de una mujer alegre*. Continúo con la traducción del francés al español de *La comedia humana*, que se publicó de 1945 a 1948, en la Colección Málaga en 16 tomos, siendo durante muchos años, la única edición completa de esta obra de Honorato de Balzac.

Garzón del Camino siguió trabajando para esta colección durante los siguientes años, traduciendo obras como los veinte tomos de *Los Rougon-Macquart*, de E. Zola. (El primer volumen apareció en mayo de 1950, y el último en diciembre de 1963). Además de textos como *Juan Cristóbal* de Romain Roland; las *Memorias de ultratumba* de Chateaubriand; *Juana de Arco* de Anatole France; el *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones* de Voltaire. Tantos textos traducidos que el mismo Garzón nos dice:

“Aparte de las traducciones, que suman miles de páginas, no he escrito una sola línea. Soy traductor porque carezco de imaginación, de personalidad creadora. Me hubiese gustado ser escritor, y como no puedo serlo y amo con todas mis fuerzas a la literatura, me doy plenamente en cada una de mis traducciones. Procuero olvidarme de mí mismo y adoptar el estilo de los autores que traduzco.”¹⁶⁶

La Prensa Médica Mexicana se inició como una publicación mensual que satisfacía las necesidades informativas de los estudiantes de medicina, médicos y enfermeras. Su demanda era tal, que se le llegó a considerar como “el pasquín de la medicina”. Bajo el mismo nombre pasó a constituirse como casa editora a partir de la firma de un contrato entre el Sr. Watson Davis, director de Science Service de Estados Unidos, y los Fournier,

¹⁶⁶ “Con Aurelio Garzón del Camino” en: *La Cultura en México*, Suplemento de *Siempre!*, núm. 107, 4 de marzo de 1964. p. XIX.

dueños de la publicación. El acuerdo consistió en traducir y publicar libros científicos de Estados Unidos. Así, el primer libro publicado por el sello de esa editorial fue *Manual de medicina tropical*, en 1947.¹⁶⁷

Lo que empezó como una empresa traductora de libros estadounidenses de medicina, pasó muy pronto a ser una editorial de obras de autores nacionales, comercializando un porcentaje de los tirajes en países de habla hispana. La publicación de autores nacionales en el área médica es muy significativa, ya que es evidencia de que el país estaba preparando no sólo los recursos humanos necesarios, sino que éstos aportaban sus conocimientos y experiencia a la enseñanza y la investigación.

Por último, debemos tomar en cuenta que el fondo editorial de esta casa editora, lo mismo que otras con características semejantes, fue destinado a un grupo específico y limitado de profesionistas, por lo tanto, la edición de cualquier obra debe estar precedida de un estudio de “mercado”. Al respecto, nos dice la editora:

“La publicación de novedades editoriales está precedida de una serie de actividades e investigaciones como saber qué tipo de libro hace falta en la enseñanza entre los profesores, se analizan los títulos enviados desde el extranjero para traducir y publicar, se lee y analizan los textos de autores nacionales, se investiga la bibliografía existente en el mercado sobre un determinado tema y, finalmente, se discute con un consejo asesor integrado por médicos.”¹⁶⁸

Colección *Los Presentes*. A mediados de siglo, a pesar de haberse creado ya una buena cantidad de casas editoriales, los intelectuales y escritores seguían consolidando proyectos editoriales con el fin de dar a conocer a los nuevos y más jóvenes escritores. Por ejemplo en 1950, un grupo de jóvenes escritores decidió editar una colección de libros bajo el nombre de *Los Presentes*. Este grupo lo integraron Juan José Arreola, Ernesto Mejía Sánchez, Henríquez González Casanova y Jorge Hernández Campos.

En cuatro años, la labor editorial de estos escritores fue mínima, pues editaron aproximadamente 10 títulos, debido tal vez a que cada uno de ellos se dedicaba a otras

¹⁶⁷ “La Prensa Médica Mexicana, entrevista con Carolina Amor de Fournier” en: *Libros de México*, núm. 7, 1987. p. 13

¹⁶⁸ *Ibidem*. p. 14

actividades distintas de la edición. Para 1954, cuando la empresa presentó algunos problemas económicos, Juan José Arreola decidió hacerse cargo personalmente de las actividades editoriales, impulsando lo que podemos llamar la segunda época de esta colección, con un perfil netamente literario.

El primer libro que publicó Arreola fue *Litus Kikus* (1954), de Elena Poniatowska, en un tiraje de 700 ejemplares. A éste le siguieron varios más en periodos cortos de tiempo. Su propósito consistía principalmente en editar los textos de autores jóvenes, lo cual dificultaba la labor editorial desde el punto de vista económico, considerando que era una editorial nueva, ya que el lector prefiere comprar libros de o leer autores consagrados. Aún así, en pocos años Arreola logró editar 50 títulos de la colección *Los Presentes*, para dejar luego la dirección editorial al escritor Mario Puga y al librero Emilio Obregón.¹⁶⁹

Los libros editados en esta empresa eran sencillos pero bien cuidados en su edición. Fueron elaborados en la Impresora Juan Pablos y más tarde, Juan José Arreola adquirió la maquinaria necesaria para imprimirlos él mismo, convirtiéndose así, en un intelectual-editor. Debido a sus múltiples actividades dejó la dirección.

Emmanuel Carballo, al hacer un balance de la colección *Los Presentes*, desglosa con cifras de qué manera la colección cumplió su propósito de publicar a jóvenes escritores. A pesar de lo efímero de esta empresa editorial, su importancia radicó en dar a conocer autores que más adelante se convirtieron en reconocidos escritores como: Elena Poniatowska, Carlos Fuentes, Carlos Valdés, José Luis González, Ricardo Garibay, José de la Colina, Jorge López Páez, entre otros

Editorial Grijalbo. Esta editorial fue fundada en 1949, por el español Juan Grijalbo Sarrés, quien nació en Gandesa, provincia de Tarragona, Cataluña. Militó en la Unión General de Trabajadores de España y fue miembro del Partido Socialista Español. Durante la guerra

¹⁶⁹ "Los Presentes", por Emmanuel Carballo en: *La Cultura en México. Suplemento de Siempre!*, núm. 89, 30 de octubre de 1963. p. XVIII. Cfr. también: Pereira, Armando. (coord) *Diccionario de Literatura Mexicana, Siglo XX. 2ª Ed. Corregida y aumentada.* México: UNAM, Ediciones Coyoacán, 2004. También puede consultarse la página web <http://cvc.cervantes.es/actcult/arreola/cronologia/>

civil española conoció a Narciso Bassols, que era embajador de México en Francia, lo que facilitó su exilio a México.

Sus actividades en el mundo editorial se iniciaron cuando fundó la Editorial Atlante, S.A., de vida muy efímera. A principios de los 50's adquiere la nacionalidad mexicana y funda la empresa Exportadora de Publicaciones Mexicanas y poco después, la Editorial Grijalbo. En ella publicó obras que iban de acuerdo con su pensamiento crítico, además de una colección de biografías que pronto adquirieron fama, me refiero a las Biografías Ganesa. Durante varios años, esta editorial convocó a los escritores a participar en el premio "Juan Grijalbo", con el fin de publicar obras de literatura.

Las ciencias sociales y la economía eran las disciplinas sobre las que se inclinaba el catálogo de Grijalbo, y lo que empezó con la edición de unos cuantos títulos, pronto se convirtió en una empresa muy familiar entre los intelectuales de izquierda y partidos políticos. "Cuando me inicié en este negocio publicaba cuatro libros al año como máximo; en aquel entonces las ventas eran muy pequeñas...Entonces la matrícula estudiantil era todavía muy pequeña..."¹⁷⁰

Sin embargo, con la llegada de la década de los sesenta y la influencia de la Revolución Cubana, esta editorial empezó a publicar libros de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética, libros de Historia, manuales de economía política, teoría política, etc. los cuales le dieron mucho prestigio entre algunos sectores estudiantiles. Otra de las colecciones famosas y de gran demanda fue la *Colección 70*.

Editores Mexicanos Unidos. En una época en que la educación pública adquiría más impulso en las ciudades y restaba atención a la educación rural, de acuerdo a la tendencia de crecimiento urbano del país, la demanda de libros de literatura universal, destinada a los estudiantes de los niveles primario y secundario, fue cubierta por esta editorial que fue fundada en 1954, por el catalán Fidel Miró.

¹⁷⁰ "Nace un libro" en: *Memoria de papel. Crónicas de la Cultura en México*. Núm. 9, año IV, marzo de 1994. p. 20

Antes de llegar a México en 1944, como representante de la empresa española Unión de Distribuidora de Ediciones, dirigió en España una revista llamada *Ruta*, de tendencia liberal. Ya familiarizado con el mundo librero, en México funda por su cuenta una distribuidora de libros, denominada México-Lee, y poco después, en 1954, la editorial *Editores Mexicanos Unidos*.

Las publicaciones de esta editorial, si bien no son libros de texto, se caracterizan por ser obras de literatura universal en ediciones muy sencillas y económicas, destinadas como ya mencioné, a los estudiantes de nivel básico y medio. De hecho, la explotación de ese mercado será la base para su desarrollo económico, más no así su crecimiento como editorial, es decir, que se caracterice por la calidad de sus ediciones. Considero importante mencionar que la edición de obras universales le reporta grandes ganancias, ya que no arriesga capitales ni se preocupa por la venta de sus libros, además de que no paga derechos de autor. Por otro lado, al editar con materiales de poca calidad, no invierte más de lo necesario. En una entrevista que le realizó Margarita Pinto, Fidel Miró expresó:

“Cuando un libro se hace por primera vez, se utiliza el sistema clásico: linotipo, corrección de galeras, estilo, prólogo, solapas, etcétera; nosotros hacemos la reimpresión en offset, con lo cual se abarata el libro; si hacemos una primera edición tratamos de competir en cuanto a los precios, con otras editoriales. La ganancia la buscamos de la segunda edición en adelante porque una vez que tenemos los negativos, el costo de la impresión baja en un 30 ó 40 por ciento.”¹⁷¹

Para terminar, mencionemos que dos de las colecciones de esta empresa tienen por nombre “Clásicos de la Literatura Universal”, “Colección literaria universal de teatro”, además de otras de interés general.

Editorial Trillas. De aquella antigua Casa Bouret que mencionamos en anteriores capítulos, pocas empresas surgieron a partir de su desintegración. La Librería Patria y Editorial Patria, la Sociedad de Edición Franco-Americana, (SELFA), y en segundo grado, la Editorial Trillas. Digo “en segundo grado” porque los fundadores de la Editorial Trillas, de alguna u otra manera, estuvieron ligados a las reminiscencias de esa antigua librería y casa editora.

¹⁷¹ “Editores mexicanos unidos” por Margarita Pinto en: *Sábado*, Suplemento cultural de UnomásUno, 9 de octubre de 1979. p. 13

Recordemos brevemente. De la Librería Bouret se formó la empresa SELFA dedicada a la edición y venta de libros, tanto franceses como estadounidenses, aunque de corta vida. De lo que quedaba de la Sociedad Franco Americana, Jacinto Lasa Jáuregui fundó la Editorial Patria en la calle de 5 de mayo, donde trabajó por muchos años el señor Florián Trillas. Fue éste quien propuso a Jacinto Lasa establecer una librería, pero como ya no quería más compromisos, simplemente se concretó a brindar su apoyo a Florián Trillas, quien en agradecimiento por el apoyo brindado, le puso por nombre a la empresa: *Librería Patria*.

En esta librería trabajó desde muy chico un sobrino del señor Florián: Francisco Trillas, en quien delegó, con el paso de los años, muchas de las actividades del negocio y decisiones importantes como representativas, de tal manera que Francisco Trillas fue familiarizándose con el mundo del libro desde muy joven. Antes de convertirse en editor, adquirió experiencia como librero y distribuidor en la Librería Patria, hasta que, llevado por su interés nos dice: “A mí me llamaba mucho la atención todo el proceso de edición, así que decidí proponerle a mi tío que fundáramos una editorial. Pero no sé exactamente en qué momento pasé del gremio librero al editorial.”¹⁷²

En su testimonio da cuenta de cómo a partir de algunas librerías se impulsaba la fundación de algunas editoriales: “...por ejemplo, la Librería Letrán impulsó fuertemente a Editorial Continental; los señores Noriega apoyaron a la Editorial Diana en sus inicios. También Luis Fernández, hacía sus pininos en la compañía Fernández editores. Ya se había separado de la editorial Herrero Hermanos.”¹⁷³

El primer libro que publicó Trillas fue el del maestro Jorge L. Tamayo: *Geografía de México*, en 1953, destinado a los estudiantes de preparatoria. También llegó a editar excelentes libros como la *Historia Gráfica de la Revolución Mexicana*, de Gustavo Casasola. En esta casa editora, participaron exiliados españoles como Martí Soler, padre, y Pere Foix, entre otros que tuvieron una participación como autores de algunos libros. Finalmente, hay que mencionar que esta editorial también dependió por algún tiempo de la

¹⁷² “El oficio de editor. Entrevista con Francisco Trillas” en: *Libros de México*. núm. 1, noviembre-diciembre 1985. p. 4

¹⁷³ *Ibidem*.

edición de libros para la enseñanza primaria, viéndose obligada a diversificar su producción a otros niveles, cuando salieron los Libros de Texto Gratuitos.

LIMUSA. Carlos Noriega Milera, mexicano nacido en 1920, adquirió el hábito de la lectura desde muy niño en el seno familiar, ya que sus padres, seguramente motivados por la política de Vasconcelos, acostumbraban reunir a sus hijos y leerles. Con el paso del tiempo, esos hermanos fundarían librerías y trabajarían en ellas, hasta convertirse, en el caso de Carlos, en editor. Carlos Noriega, a pesar de haber abandonado los estudios a los 16 años, nunca dejó el hábito de la lectura.

Cuando en 1940 su hermano José abrió una librería en San Juan de Letrán, que tuvo por nombre *Librería Letrán*, Carlos Noriega empezó a trabajar como ayudante, junto con su hermano Alfonso.¹⁷⁴ Desde allí, fue adquiriendo un conocimiento sobre el mundo librero y particularmente, sobre las dificultades para importar libros de España, debido a la coyuntura que vivía ese país y Europa toda. Fueron esas dificultades en el comercio de libros lo que motivó que se asociara con su otro hermano, Miguel Noriega, para reeditar algunos clásicos de la literatura universal, iniciándose, por tanto, en la labor editorial.

La otra librería que abrieron los hermanos Noriega, fue la *Librería Bellas Artes*, (1944) ubicada en la Avenida Juárez, frente a la Alameda, la cual pronto se dio a conocer por su gran surtido de libros técnicos y científicos, debido al impulso que este tipo de estudios estaba teniendo en el país. En 1954, en colaboración con otros libreros, decidieron asociarse y fundaron Libreros Mexicanos Unidos (LIMUSA), fungiendo como director general, Carlos Noriega Milera. Como la importación de libros técnicos y científicos era muy costosa, Libreros Unidos decidieron hacer algunas publicaciones a precios accesibles.¹⁷⁵

Hasta aquí, podemos darnos una imagen de la época en cuanto al florecimiento de la industria editorial en nuestro país. Sin embargo, las casas editoriales mencionadas, que son las más representativas de esos años, se acompañaron de algunos suplementos culturales

¹⁷⁴ "Carlos Noriega Milera" en: *Libros de México*, núm. 2, enero-marzo, 1986. p. 9

¹⁷⁵ "Nace un libro" en *Memoria de papel. Crónicas de la Cultura en México*. op. cit. p. 28

como *México en la Cultura*, y *La Cultura en México*, ambas fundadas y dirigidas por Fernando Benítez, además de la revista *Universidad de México*, que fueron una caja de resonancia para los críticos y comentaristas de toda novedad editorial.

En la siguiente década, la industria editorial mexicana seguiría fortaleciéndose con la fundación de nuevas casas editoriales. Tres de ellas, por su importancia, vinieron a representar un aporte muy significativo en la formación de nuevos lectores y la consolidación los ya existentes, me refiero a *Ediciones ERA*, *Joaquín Mortiz* y *Siglo XXI Editores*. La coyuntura internacional en la que se establecieron marcó en cierto grado el perfil temático de sus catálogos. Al frente de cada una de ellas, estuvieron verdaderos editores, con una cultura muy amplia y actualizados en las tendencias culturales, literarias, políticas y sociales de esa época, me refiero a Neus Espresate, de Ediciones ERA; Joaquín Díez-Canedo, de Joaquín Mortiz, y Arnaldo Orfila, de Siglo XXI Editores.

Pero la fundación de estas editoriales no solo modificó el panorama de la industria editorial mexicana, sino que ofrecieron toda una gama de textos de lectura para la sociedad de esos años, sociedad que aun no estaba enajenada con la televisión, pues si bien ésta ya existía, contados eran los hogares que tenían un monitor. Los datos siguientes, nos muestran cómo andaban los niveles de compra de libros en esos años.

“Del 14 de septiembre de 1962 al 31 de diciembre de 1964, Díez-Canedo ha publicado 47 títulos, que suman 174, 000 ejemplares. Las obras, cuyos tirajes han sido los más altos, son: *El reverso de la conquista*, de Miguel León Portilla; *La literatura de los aztecas*, de Ángel María Garibay, y *La literatura de los mayas*, de Demetrio Sodi. De los tres títulos se tiraron 8,000 ejemplares. De *El tambor de hojalata* se imprimieron 7,000. Dos novelas han alcanzado una segunda edición: *Las tierras flacas*, de Yañez y *La feria*, de Arreola. Se editaron de cada una 8,000 ejemplares. (La primera edición de la de Arreola se agotó en 10 meses)¹⁷⁶

Para terminar, quiero decir que la existencia de un sector de intelectuales y escritores, se conjugó con el incremento del sector estudiantil universitario. La Universidad, que por esos años se trasladó a sus nuevas instalaciones, contaba con una población cercana a los 28000 estudiantes; tenía 12 centros e institutos de investigación; 38 bibliotecas que albergaban

¹⁷⁶ “Joaquín Díez-Canedo. Editor ejemplar” ob. cit. p. XVI

390 000 libros y una planta académica de 4 000 profesores.¹⁷⁷ Agréguese las actividades de la Casa del Lago; los programas radiofónicos de Carlos Monsiváis y el desarrollo del cine mexicano, sumado a las motivaciones desatadas por la Revolución Cubana. En fin, todo convergía para crear una atmósfera, que junto con muchos otros aspectos de la cultura mexicana, permiten concluir que la década de los 60, vino a representar la consolidación, la apertura, el clímax y esplendor del proceso cultural iniciado después de la revolución mexicana.

He hecho hincapié en la educación escolarizada por dos motivos principales: el primero, porque nuestro país al tener altos niveles de analfabetismo durante buena parte del siglo XX, limitó el ejercicio de la lectura a una pequeña parte de la población. Si bien es cierto que la alfabetización no es garantía de contar con mayores niveles de lectores, si brinda las condiciones para que ello se dé; el segundo motivo se debe a que la implementación de políticas educativas por parte de los gobiernos, significó para muchas editoriales la edición de textos escolares que les permitió su desarrollo y consolidación, aun cuando fuera para muchas de ellas la única forma de sobrevivir, dependiendo totalmente de la edición de textos escolares.

Como el libro de texto responde a una necesidad muy específica, que podemos caracterizar y definir en base a la función que cumple dentro de la enseñanza y el aprendizaje, su demanda está en relación al desarrollo y promoción de la educación pública en la sociedad. Por tanto, el libro de texto fue de fundamental importancia para una parte de las casas editoriales que se habían establecido en la primera mitad del siglo XX, es decir, estamos hablando de una etapa en la cual el Estado aún no implementaba la política de los libros de textos gratuitos y obligatorios.

¹⁷⁷ "CU ayer y hoy" en: *Gaceta Universitaria*, 25 de noviembre de 2002.

CONSIDERACIONES FINALES

Una primera consideración al terminar la investigación consiste en afirmar que el proceso de desarrollo de la industria editorial mexicana está estrechamente relacionado con la evolución y desarrollo de los siguientes elementos: el autor, el impresor, el librero, el distribuidor y el editor, siendo de fundamental importancia el lector.

En el periodo que comprende este estudio, cada uno de ellos fue adquiriendo un perfil cada vez más propio, acotando sus actividades y, por tanto, adquiriendo una especialización y profesionalización en su área respectiva que lo fue diferenciando de los demás. Así, el librero-impresor, que asumía las actividades propias de un librero y al mismo tiempo se dedicaba a la impresión de textos, dio lugar a la figura del *librero*, dedicado principal y exclusivamente al comercio de libros y otras publicaciones, por lo general en un establecimiento; la otra figura fue *el impresor*, que se dedicó exclusivamente a realizar sus actividades de impresión, dejando de lado las que se relacionaban con la edición, distribución, promoción y venta de libros. Este *impresor* muchas veces era dueño del establecimiento y la maquinaria de impresión, lo que le confería cierto poder de decisión al momento de imprimir una obra.

Si bien había quienes se dedicaban a ejercer cada uno de estos oficios por separado, sin intercalarlos en un solo negocio, el proceso de división del trabajo entre los que eran al mismo tiempo libreros e impresores, se profundizó en el periodo estudiado. Por otro lado, fue surgiendo la figura del *editor*, que además de dedicarse a seleccionar, reproducir y difundir los textos, era el responsable de su distribución y promoción, bajo el nombre del sello editorial de su propiedad. El *autor* por su parte, dejó de buscar un mecenas o el favor de un amigo colocado en el gobierno, para publicar su libro. Al tiempo que las ediciones de autor fueron disminuyendo poco a poco, es decir, el autor dejó de ser su mismo editor, su librero y el promotor de su obra, para dedicar más tiempo a su creatividad.

Con respecto a la figura del *lector*, una de las características más sobresalientes es su diversificación en el periodo estudiado (1900-1950). Tan solo el número de alfabetizados pasó de un 22% en el año de 1900 a un 56.8% en el año de 1950. Considerando que la

alfabetización significa el primer paso para entrar al mundo de los lectores, es muy significativo que para mediados de siglo, puedan diferenciarse los siguientes grupos de lectores: el infantil, juvenil, femenino, escolar, de universitarios, profesionistas, urbanos, rurales, obreros, empleados, adultos, e intelectuales.

Este crecimiento y diversificación de los lectores necesariamente está relacionado con el impulso que se dio a la educación escolar después de la Revolución Mexicana de 1910, que tuvo al libro como base del proceso de la alfabetización y la enseñanza, creando con ello, una demanda de libros de texto que fue satisfecha, principalmente, por las editoriales privadas.

Un síntoma del desarrollo educativo al mediar el siglo, no sólo está representado en la diversificación de los lectores, los textos de lectura y la educación, sino también por el número de casas editoriales que fueron establecidas, ofreciendo una oferta de libros para los diferentes tipos de lectores. Es así como se pasó de un puñado de empresas editoras de libros a principios de siglo, al establecimiento y fundación de las casas editoras más importantes, las cuales sumaban cerca de medio centenar, cinco décadas más tarde.

Si bien el impulso y promoción de la educación quedó en manos del Estado, hemos podido observar cómo es que se dio un interés distinto en cada uno de los gobiernos comprendidos en el periodo de estudio, destacándose tres momentos de mayor apoyo a la educación, la alfabetización y la promoción de la lectura. El primero estuvo encabezado por José Vasconcelos en la década de los años veinte (1920-1924), que se distinguió por llevar a cabo las primeras campañas de alfabetización, el establecimiento de escuelas, de bibliotecas, la edición de libros de lectura y su distribución por todo el territorio del país.

Con esta política de promoción de la lectura y edición de libros, por primera vez el Estado asumía una actividad que había quedado en manos de la Iglesia, de organizaciones altruistas, gremiales e iniciativas particulares. Sin embargo, con respecto a la edición de los libros distribuidos en este primer periodo, es necesario decir que muchos de ellos eran para lectores con mayor experiencia, para lectores con más horas y páginas recorridas, ya que su lectura hacía referencia a conceptos e imágenes de las que carecía un lector que por primera

vez tenía en sus manos un libro. Lo más significativo, en todo caso, fue que a partir de Vasconcelos se dejó un precedente y así, los sucesivos gobiernos establecieron una política educativa que se mantuvo, a pesar de los diferentes grados de interés.

Un segundo impulso en la promoción y formación de los lectores lo encontramos en la década de los años treinta. Particularmente en el periodo de 1934-1940, debido a la coyuntura nacional e internacional existentes, el gobierno no fue el único en mostrar interés por impulsar la educación y promoción de la lectura, pues como hemos observado, numerosas organizaciones sociales, sindicales, urbanas y campesinas, se involucraron en el proyecto de la *educación socialista*, promovida desde el gobierno.

En este periodo intervinieron factores que no se habían presentado antes con Vasconcelos, por ejemplo: 1) las grandes movilizaciones de obreros y campesinos; 2) el interés de líderes sindicales y del partido comunista por difundir tanto las ideas socialistas como lo que pasaba en la Unión Soviética, país donde se había establecido un régimen socialista, recurriendo a medios de comunicación como los carteles, las pinturas, folletos, boletines, periódicos y libros. Por primera vez se hacían tirajes considerables de las obras de los teóricos del socialismo como Marx, Lenin, R. Luxemburgo, Trosky, Bakunin, entre otros, y eran accesibles para muchos obreros y trabajadores del campo; 3) la participación activa de libreros y editores, que al ver la oportunidad de vender textos sobre estos temas, ampliaron la oferta de este tipo de lecturas, y 4) la llegada de los emigrados españoles a nuestro país al finalizar la década, significó un impulso a todas las actividades relacionadas con el libro y la lectura, desde la investigación, la tipografía, la traducción, la corrección de estilo, la edición, la distribución y el establecimiento de nuevas casas editoriales.

Pero el incremento y diversificación de los lectores se vio favorecido también por otros factores, reflejándose en la modificación del panorama social, cultural, económico y educativo del país. Por ejemplo, la coyuntura de la posguerra brindó las condiciones para el establecimiento de las bases de la industrialización del país, lo que a su vez creó la necesidad de fundar nuevos centros de educación superior, así como la reorganización de los centros tecnológicos (IPN), impulsando con ello la conformación y desarrollo de un sector que requería de libros de texto para su formación: los estudiantes de nivel superior.

El tercer momento en la promoción de la lectura y los lectores, está encabezado por Jaime Torres Bodet cuando fue secretario de Educación Pública, durante la segunda mitad del gobierno de Ávila Camacho (1943-1946). A pesar de ser un tiempo muy breve, Torres Bodet se preocupó de proporcionar lecturas a la sociedad y de profesionalizar a los profesores de todo el país, buscando su capacitación y mejora social. Estableció escuelas y bibliotecas, además de modernizar y actualizar los planes de estudio de las escuelas primarias.

En cuanto a la edición, los libros editados por Torres Bodet tuvieron como destinatario principal a todo aquel lector no especializado, ya que sin ser textos de lectura extremadamente generales, el grado de desarrollo del tema de cada libro publicado bajo el nombre de *Enciclopedia Popular*, podía ser leído por el escolar de primaria, hasta el estudiante de nivel medio o superior. Al ser distribuido de manera gratuita entre el gremio magisterial, podemos afirmar que encontró en éste a su público destinatario.

A pesar de los altibajos en la promoción de la lectura, los lectores y la educación, por parte del Estado, no cabe duda que las prácticas de lectura en la sociedad se extendieron (entendiendo por éstas las modalidades que asume el ejercicio de la lectura en cada sector social, comunidad o tipo de lectores, en una época determinada). Estas prácticas de lectura fueron la base de la existencia, evolución y desarrollo de la producción editorial, al mismo tiempo que se dio el desarrollo cultural de la sociedad. Sin embargo, considero que son justamente esas prácticas de lectura entre la sociedad, las que se ven afectadas en su desarrollo y generalización, hasta convertirse en una costumbre, cuando se impulsa o deja de hacerse su promoción desde el Estado.

Por último, en el desarrollo de la industria editorial mexicana se fueron definiendo tres grandes sectores: a) el privado, b) el estatal, y c) el universitario, cada uno de ellos con objetivos propios, programas de edición y lectores a quienes está dirigida la edición de sus textos. Por ejemplo, en relación al primero, predomina el interés por la venta y comercio del libro, más allá de la difusión de la cultura, el conocimiento y la ciencia. Su producción editorial abarca a todos los niveles educativos y tienen textos para cada tipo de lectores. Por

su parte, la producción librera del Estado, aún cuando no tiene un fin lucrativo, tiene como finalidad la difusión y promoción de la lectura; la diversificación de la oferta de textos de lectura a precio accesible, y la promoción de los lectores, sin olvidar que en algunos momentos se le da mayor impulso a la promoción del discurso oficial con fines políticos. Finalmente la edición universitaria, que tampoco persigue un fin lucrativo, pero que tiene como principal objetivo la difusión del conocimiento y la cultura que allí se desarrolla, además de promover los textos para la formación de su comunidad.

A través de la historia de México, los lectores de libros han sido una proporción pequeña en relación al total de la población. Sin embargo, los esfuerzos por extender la educación básica y disminuir el analfabetismo durante el siglo XX, dio como resultado un incremento y diversificación del número de lectores, que se reflejó en la fundación de una cantidad considerable de casas editoriales. Así, considero que es a mediados de esta centuria y hasta fines de los setentas, cuando nuestro país alcanza los más altos porcentajes de lectores de libros, de acuerdo al número de ejemplares de cada título editado.

ANEXO 1

Informe de la Dirección de Talleres Gráficos
Dependientes de la Secretaría de Educación Pública. Año de 1922
Cantidades de formas diversas entregadas a diferentes secretarías
(hasta el 30 de abril del corriente año)

Dirección General de Correos.....	11,500.000
Secretaría de Hacienda.....	1,900.000
Secretaría de Educación Pública.....	1,200.000
Secretaría de Guerra y Marina.....	700.000
Gobierno del Distrito.....	150.000
Secretaría de Agricultura.....	500.000
Secretaría de Relaciones.....	120.000
Secretaría de Industria.....	200.000
Secretaría de Gobernación.....	55.000
Gobierno de Chiapas.....	20.000
Diversos.....	50.000
Suma.....	16,395.000

Otro informe que nos da una idea de la saturación de trabajo que tenían los Talleres Gráficos, es el siguiente:

Publicaciones diversas entregadas por los Talleres

Secretaría de Educación Pública.- Tesis que presenta para su examen de médico cirujano, el señor Salvador Vitelo Altamirano	500 ejemplares
Secretaría de Guerra y Marina.- Orden General de la Plaza, correspondiente al mes de marzo de 1922	7,750 "
Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo.- Boletín del Petróleo, de enero de 1922	1,000 "
Correos.- Indicador del Servicio Postal de abril de 1922	3,400 "
Correos.- Indicador del Servicio Postal de 10 de abril de 1922	3,400 "
Secretaría de Guerra y Marina. Hipología e Hippiátrica	6,000 "
Secretaría de Agricultura.- Boletín Oficial de mayo y junio de 1921	1,500 "
Secretaría de Guerra y Marina.- Revista "Tohtli"	2,000 "
Secretaría de Hacienda.- Boletín de la Secretaría de Hacienda de julio de 1921	2,000 "
Correos.- Indicador del Servicio Postal, núm. 9	3,400 "
Secretaría de Educación Pública.- El Libro y el Pueblo, de abril de 1922	7,000 "
Secretaría de Guerra y Marina.- Revista del Ejército y de la Marina de enero de 1921	5,000 "
Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo.- Índice del Boletín del Petróleo, vol. XII de enero de 1922	1,000 "
Obras y Folletos ordenados por la SEP	292,025 "

Fuente: Boletín de la SEP, 1922, Tomo II, pgs. 181-189

ANEXO 2

Algunas de las carreras cortas ofrecidas por el IPN*

<u>Después de la primaria</u>	Plan de estudios (años)
<i>Carpintero ebanista</i>	2
<i>Experto automovilista</i>	3
<i>Electricista, instalador e embobinador</i>	3
<i>Mecánico técnico</i>	6
<i>Mecánico</i>	3
<i>Radio experto</i>	3
<i>Electricista técnico</i>	6
 <u>Después de la segunda enseñanza</u>	
<i>Constructor técnico</i>	3
<i>Estadístico</i>	2
<i>Enfermera general</i>	2
<i>Enfermera partera rural</i>	4
<i>Enfermera homeópata</i>	3
<i>Farmacéutico</i>	4

* Fuente: Rodríguez Álvarez, María de los A. y Max Krongold (Coords.) *50 años en la historia de la educación tecnológica*. México: Instituto Politécnico Nacional, 1988. pg. 108

CUADRO 1

POBLACION ESCOLAR EN LAS ESCUELAS SUPERIORES DEL I.P.N.
1936-1940

ESCUELAS	1936		1937		1938		1939		1940	
	Absoluta	%	Absoluta	%	Absoluta	%	Absoluta	%	Absoluta	%
1.- Escuela Superior de Ciencias Económicas Políticas y Sociales (Actualmente ESCA)*	1201	49.0	585	28.0	712	29.0	595	24.0	679	25.0
2.- Escuela Nacional de Medicina Homeopática (ENMHH)	91	4.0	144	7.0	135	5.0	146	6.0	146	5.0
3.- Escuela Nacional de Ciencias Biológicas (Actualmente ESCB)	—	—	115	6.0	144	6.0	205	8.0	351	13.0
4.- Escuela Superior de Ingeniería y Arquitectura (ESIA)	250	10.0	255	12.0	291	12.0	305	12.0	324	12.0
5.- Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica (ESIME)	707	29.0	767	36.0	953	39.0	1089	44.0	996	37.0
6.- Escuela Superior de Industrias Textiles 1 y 2 (Actualmente ESIT)	201	8.0	237	11.0	237	9.0	146**	6.0	230	8.0
TOTAL	2458	100.0	2103	100.0	2472	100.0	2486	100.0	2686	100.0

* Los nombres de las escuelas corresponden al año de 1940.

** No se cuenta con los datos respecto a la población de la Escuela Superior de Industrias Textil No. 1 en Rio Blanco, Veracruz, durante ese año.
FUENTE: Datos de las Memorias de la SEP de 1936 a 1940.

Fuente: Rodríguez Álvarez, María de los A. y Max Kronegold (Coords.) 50 años en la historia de la educación tecnológica. México: Instituto Politécnico Nacional, 1988, pg. 108

CUADRO 2

**INCREMENTO DE LA POBLACION ESCOLAR EN
PREVOCACIONALES Y VOCACIONALES
1936-1940**

PLANTELES	1936		1940		INCREMENTO	
	Absoluta	%	Absoluta	%	Absoluta	%
Prevocacionales del Distrito Federal	2548	24.0	4027	23.0	1479	58.0
Prevocacionales de Provincia	2851	26.0	5463	32.0	2612	92.0
Vocacionales	5356	50.0	7734	45.0	2378	44.0
TOTAL	10755	100.0	17224	100.0	6469	60.0

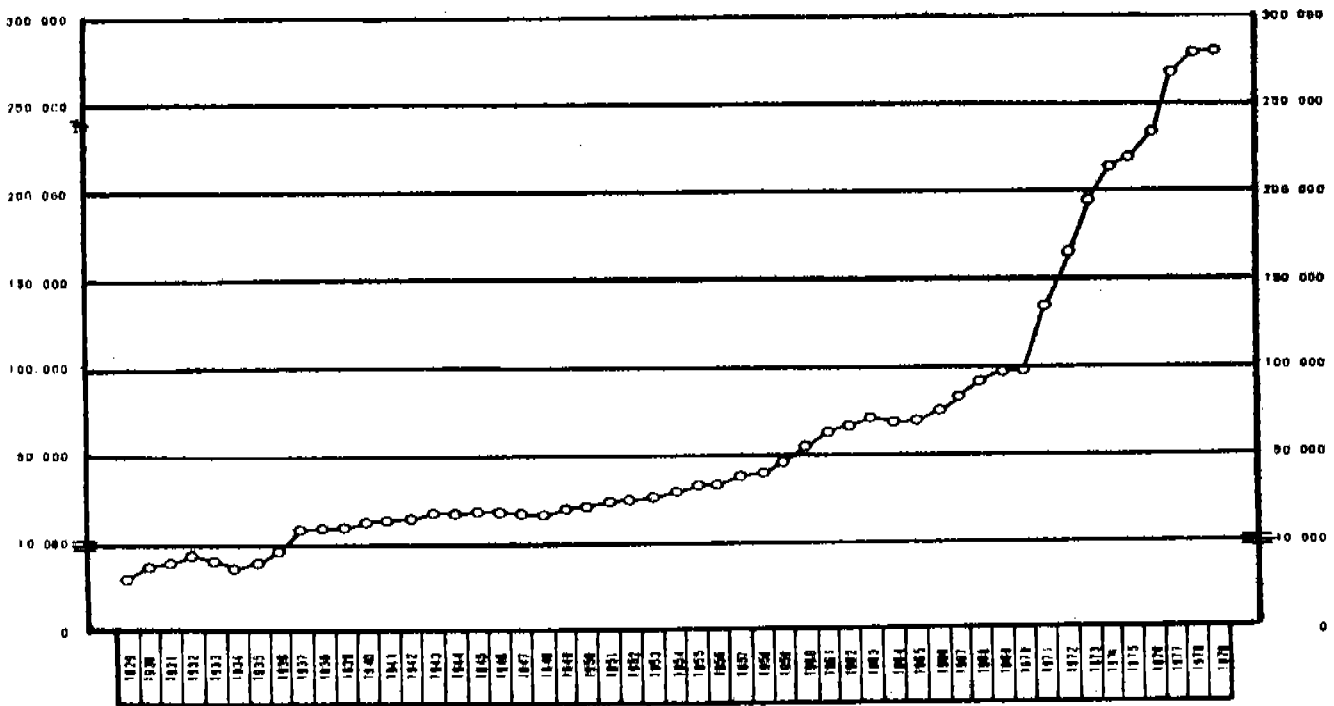
CUADRO 3

**POBLACION TOTAL DEL IPN
1936-1940**

	1936	1940	INCREMENTO DE ALUMNOS	
			Absoluta	%
Población total aproximada	14520	22872	8352	66.0

Estas cantidades corresponden a las escuelas prevocacionales, vocacionales, especiales y superiores, de acuerdo a los datos de las Memorias de la SEP de 1936 y 1940.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
RESUMEN DE LA POBLACION ESCOLAR 1929-1979



ANEXO 4

Fuente: Secretaría General Administrativa, Cuadros Estadísticos 1929-1979, México: UNAM, 1980.

ANEXO 5

CASAS EDITORIALES MÁS IMPORTANTES DURANTE LA DÉCADA DE 1940

Ábside, Editorial.- Dirigida por Gabriel Méndez Plancarte de 1937 a 1949.
Antigua Imprenta de Murguía
Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos.
Buena Prensa. (Casa editora católica)
Ediciones Alba.
Compañía Editora y Librera ARS, S.A.
Compañía General Editora, S.A.
Comunitat Catalana de Mexic.
Cultura, Casa editorial
Edición y Distribución Iberoamericana de Publicaciones (EDIAPSA)
Ediciones Botas
Ediciones Cicerón
Ediciones Fábula.- Director: Miguel N. Lira
Ediciones Frente Cultural
Ediciones Porrúa
Ediciones Quetzal
Ediciones Xochitl
Editorial América
Editorial Atlante
Editorial CIMA, S. De R. L. Dirección-gerencia: Sres. López y Fuentes y Jiménez Siles.
Editorial González Porto
Editorial Jus
Editorial Lux
Editorial Nuevo Mundo, S. de R. L.
Editorial Panamericana
Editorial Patria. Gerente: Jacinto Lasa
Editorial Pax-México
Editorial Polis. Director-Gerente: Dr. Jesús Guisa y Azevedo.
Editorial Séneca. Director José Bergamán.
Editorial Stylo
El Colegio de México. (antes La Casa de España en México)
El Libro Español
Fondo de Cultura Económica
Fondo de Cultura Popular
Herrero Hnos. Casa fundada en 1890, no confundir con Librería Herrero)
Instituto Nacional de Antropología e Historia
La Casa del Maestro (material para maestros)
La Cruz. (Editorial religiosa)
Porrúa Hnos. y Cia.
Secretaría de Agricultura y Fomento
Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas
Secretaría de Educación Pública (Departamento Editorial y de Publicidad) Secretaría de
Gobernación (Archivo General de la Nación)
Secretaría de Hacienda y Crédito Público
Secretaría de Relaciones Exteriores
Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana (UTEHA)
Universidad Nacional Autónoma de México
Universidad Obrera de México

ANEXO 6

POBLACIÓN RURAL Y URBANA (1900-1960)

	1900 *	%	1910 **	%	1921 ***	%	1930 *	%	1940 *	%	1950 *	%	1960 *	%
Población Total	13,607,250	100	15,160,360	100	14,334,700	100	16,662,722	100	19,553,552	100	25,791,017	100	34,923,129	100
Población Urbana	3,849,439	28.3	4,351,172	28.7	4,465,504	31.2	5,540,631	33.5	6,608,111	35.1	10,963,483	42.5	17,705,136	50.7
Población Rural	9,757,770	71.7	10,809,187	71.3	9,869,276	68.8	11,012,091	66.5	12,797,441	64.9	14,807,534	57.4	17,218,011	49.3

* Población urbana es aquella que habita en localidades mayores de 2500 habitantes y rural es la población que habita en localidades menores o de 2500 habita.

** Población urbana es aquella que habita en localidades mayores de 4000 habita.

*** Población urbana es aquella que habita en localidades con 2000 habita. o más.

Fuente: INEGI. Estadísticas Históricas de México. CD-ROM. México: INEGI, 2000.

ANEXO 7

Cuadro Núm. 1
Comunicaciones y transportes
Longitud. Capa de rodamiento y clases de carreteras (1930-1965)
Kilómetros acumulados*

Año	Longitud total	Pavimentadas	Revestidas	Terracerías
1930	1426	541	236	659
1935	5237	1559	1918	1760
1940	9929	4781	3505	1643
1945	17404	8163	6842	2399
1950	22455	13595	6836	2024
1955	32224	18817	9164	2816
1960	44892	26979	11203	3860
1965	61252	34431	18373	6693

Cuadro Núm. 2
POBLACION DE 10 AÑOS Y MÁS, ALFABETA Y ANULFABETA (1920-1960)

Año	1900	1910	1920	1930	1940	1950	1960
Población total	9 622 220	10 608 090	10 526 622	11 748 906	12 860 140	20 708 657	23 828 336
Alfabetizados	2 165 781	2 992 078	3 564 787	4 525 035	5 416 188	11 766 256	15 849 653
Analfabetos	7 656 459	7 617 064	6 973 665	7 223 901	7 543 962	8 942 389	7 990 685

* Fuente: INEGI. Estadísticas Históricas de México. CD-ROM. México: INEGI, 2000.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Aguilar Camín, Héctor y Lorenzo Meyer. *A la sombra de la Revolución Mexicana*. 29ª ed. México: Cal y Arena, 2001.
- Arnaut, Alberto. *La federalización educativa en México: historia de un debate sobre la centralización y la descentralización educativa, 1889-1994*. México: El Colegio de México, 1998.
- Arredondo, María Adelina (Coord.) *Obedecer, servir y resistir. La educación de las mujeres en la historia de México*. México: Miguel A. Porrúa, Universidad Pedagógica Nacional, 2003.
- Azuela, Mariano. *Epistolario y archivo*. México: UNAM, Centro de Estudios Literarios, 1969.
- Azuela, Mariano. *Los de abajo*. Ed. crítica de Jorge Ruffinelli. 2ª ed. Madrid: UNESCO, 1996. (Colección Archivos, 5)
- Barrientos Lavín, Margarita. *Bibliografía económica del porfiriato, 1877-1910*. México: Secretaría del Trabajo y Previsión Social, 1988.
- Bartra, Armando. *Regeneración 1900-1918*. México: Ediciones ERA, SEP, 1987.
- Bringas, Guillermina y David Mascareño. *Esbozo histórico de la prensa obrera en México*. México: UNAM, 1988.
- Campos, Rubén M. *EL bar. La vida literaria en México en 1900*. México: UNAM, Coordinación de Humanidades, 1996.
- Carballo, Emmanuel. *Jaime Torres Bodet*. México: Empresas Editoriales, 1968.
- Carballo, Emmanuel. *Protagonistas de la literatura mexicana*. México: Alfaguara, 2005.
- Castañeda, Carmen. (Coord.) *Del autor al lector. I. Historia del libro en México. II. Historia del libro*. México: Miguel Ángel Porrúa, 2002.

- Cockcroft, James. *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana, 1900-1913*. 14ª ed. México: Siglo XXI, 1991.
- Cosío Villegas, Daniel. *Ensayos y notas*. México: Hermes, 1966. Tomo 1.
- Cosío Villegas, Daniel. *Memorias*. México: Joaquín Mortiz, SEP, 1986.
- Cue, Alberto. (editor) *Cultura escrita, literatura e historia. Conversaciones con Roger Chartier*. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Chartier, Anne-Marie y Jean Hébrard. *La lectura de un siglo a otro*. Barcelona: Gedisa, 2002.
- Chartier, Roger. *El juego de las reglas: lecturas*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Chartier, Roger. *Pluma de ganso, libro de letras, ojo viajero*. México: Universidad Iberoamericana, 1997.
- Chartier, Roger. *Las revoluciones de la cultura escrita*. Barcelona: Gedisa, 2000.
- Chartier, Roger. *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza, 1994.
- Darnton, Robert. *El coloquio de los lectores. Ensayos sobre manuscritos, editores y lectores*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Díaz y de Ovando, Clementina. *Los cafés en México en el siglo XIX*. México: UNAM, Coordinación de Humanidades, 2000.
- Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía*. 6ª ed. México: Porrúa, 1995. 4 v.
- Dulles, John. W.F. *Ayer en México. Una crónica de la Revolución 1919-1936*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Durán, Leonel. *Lázaro Cárdenas. Ideario político*. México: Ediciones Era, 1991.
- Enciclopedia de México*. México: Enciclopedia de México, 2003. 14 v.

- Escarpit, Robert. *La revolución del libro*. Madrid: Alianza, 1968.
- Espinosa, José María. (introd.) *La Casa de España y El Colegio de México*. Catálogo Histórico 1938-2000. México: El Colegio de México, 2000.
- Fernández de Zamora, Rosa María y Margarita Martínez Leal. *La Biblioteca del H. Congreso de la Unión 1821-1994*. México: Congreso de la Unión, 2004.
- Garzón Lozano, Luis Eduardo. *La historia y la piedra: el Antiguo Colegio de San Ildefonso*. México: Miguel Ángel Porrúa, 1998.
- Giménez Siles, Rafael. *Testamento profesional*. México: (s.n.), 1980.
- Guevara Niebla, Gilberto. *La educación socialista en México (1934-1945)*. México: Secretaría de Educación Pública, El Caballito, 1985.
- Hernández Chávez, Alicia y Manuel Miño Grijalva (Coords.) *Cincuenta años de historia en México: en el cincuentenario del Centro de Estudios Históricos*. México: El Colegio de México, 1988.
- Historia de la lectura en México: Seminario de historia de la educación en México*. México: Ediciones del Ermitaño, El Colegio de México, 1988.
- Iguíniz, Juan Bautista. *Disquisiciones bibliográficas: Autores, libros, bibliotecas, artes gráficas*. México: UNAM, 1965.
- INEGI *Estadísticas Históricas de México*. México: INEGI, 2000. 1 CD-ROM
- INEGI. *México en el siglo XX. (Panorama estadístico)*. México: INEGI, 2000. 1CD-ROM
- Infantes, Víctor. (et al.) *Historia de la edición y de la lectura en España, 1472-1914*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2003.
- Krauze, Enrique. *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*. México: Tusquets, 1999.

- Lajous, Alejandra. *Manual de historia del México contemporáneo 1917-1940*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1988.
- Lenz, Hans. *Historia del papel en México y cosas relacionadas (1525-1950)*. 2ª ed. México: Miguel Ángel Porrúa, 2001.
- Lerner, Victoria. *La educación socialista*. (Historia de la Revolución Mexicana, 1934-1940) México: El Colegio de México, 1998.
- Lida, Clara E. *La Casa de España en México*. México: El Colegio de México, 1992. (Jornadas, 113)
- Lida, Clara E. "De artesanos a proletarios" en: *Crónicas de la Ciudad de México. A pie*. México, año 2, núm. 6, julio-septiembre de 2004.
- López Brun, María Eugenia. *Arnaldo Orfila Reynal: La pasión por los libros*. Ed. Homenaje. Guadalajara, Méx.: Universidad de Guadalajara, 1993.
- Los Pinceles de la Historia. La arqueología del régimen 1910-1950*. México: UNAM, CNCA, 2003.
- Loyo, Engracia. *Gobiernos revolucionarios y educación popular en México, 1911-1928*. México: El Colegio de México, 1999.
- Llinás Álvarez, Edgar. *Revolución, educación y mexicanidad*. México: UNAM, CESU, 1979.
- Martínez Jiménez, Alejandro. *La educación primaria en la formación social mexicana 1875-1965*. México: UAM-Xochimilco, 1996.
- Medin, Tzvi. *Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas*. 17ª ed. México: Siglo XXI, 1997.
- Meyer, Jean (et al.) *Estado y sociedad con Calles*. México: El Colegio de México, 1996. (Historia de la Revolución Mexicana, 1924-1928).
- Monterde, Francisco. *Mariano Azuela y la crítica mexicana. Estudios, Artículos y Reseñas*. México: Secretaría de Educación Pública, 1973. (sep-setentas,86)

- Ortiz Vázquez, María del Pilar. *Situación y perspectivas del libro en México*. México: Universidad Intercontinental, 1995. (tesis de licenciatura)
- Pacheco, Cristina. *En el primer medio siglo del Fondo de Cultura Económica. Testimonios y conversaciones*. México: Fondo de Cultura Económica, 1984.
- Pagaza García, Rafael. *Las obras de consulta mexicanas, siglos XVI al XX*. México: UNAM, CUIB, 1990.
- Palou, Pedro Ángel. *La casa del silencio. Aproximación en tres tiempos a Contemporáneos*. México: El Colegio de Michoacán, 1997.
- Paoli Bolio, Francisco J. *Conciencia y poder en México. Siglos XIX y XX*. México: Miguel Ángel Porrúa, 2002.
- Paz, Octavio. *El Laberinto de la Soledad*. 3ª ed. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Paz, Octavio. *Generaciones y semblanzas. Dominio mexicano. Obras completas, v. 4*. México: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Perales Ojeda, Alicia. *La Cultura Bibliográfica en México*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2002.
- Pereira, Armando. (Coord.) *Diccionario de literatura mexicana Siglo XX*. México: UNAM, Ediciones Coyoacán, 2004.
- Porrúa, Miguel Ángel. *Manuel Porrúa. Una vida en el oficio librero*. México: Miguel Ángel Porrúa, librero-editor, 1998.
- Quintanilla, Susana y Mary Kay Vaughan. *Escuela y sociedad en el periodo cardenista*. México: Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Rivera, Jorge B. *El escritor y la industria cultural*. Buenos Aires: Atuel, 1998.
- Rodríguez Álvarez, María de los Ángeles y Max Krongold (Coords.) *50 años en la historia de la educación tecnológica*. México: Instituto Politécnico Nacional, 1988.

- Rodríguez Díaz, Fernando. *El mundo del libro en México*. México: Diana, 1992.
- Ruiz Castañeda, María del Carmen. *El periodismo en México. 450 años de historia*. 2ª ed. México: UNAM, ENEP Acatlán, 1980.
- Sametz, Linda. *Vasconcelos, el hombre del libro*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1991.
- Secretaría de Hacienda y Crédito Público. *Entre portales, palacios y jardines. El Zócalo de la ciudad de México, 1840-1935*. México: SHCP, CNCA, Instituto Mora, 2004.
- Suárez de la Torre, Laura Beatriz. (Coord. Gral.) *Empresa y cultura en tinta y papel : 1800-1860*. México: Instituto Mora, UNAM, 2001.
- Tablada, Juan José. *La feria de la vida*. México: CNCA, 1991.
- Torre Villar, Ernesto de la. *Breve historia del libro en México*. 2ª Ed. México: UNAM, Dirección General de Fomento Editorial, 1990.
- Torre Villar, Ernesto de la. *Elogio y defensa del libro*. 3a Ed. México: UNAM, Dirección General de Fomento Editorial, 1990.
- Torres Septién, Valentina. *La educación privada en México (1903-1976)*. México: El Colegio de México, Universidad Iberoamericana, 1998.
- Torres Vargas, Georgina. *La universidad en sus publicaciones. Historia y Perspectivas*. México: UNAM, Coordinación de Humanidades, 1995.
- Vasconcelos, José. *Memorias I : Ulises criollo. La Tormenta*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Vasconcelos, José. *Ulises Criollo*. México: Botas, Jus, 1978.
- Vaughan, Mary Kay. *La política cultural en la revolución: maestros, campesinos y escuelas en México, 1930-1940*. México: SEP, Fondo de Cultura Económica, 2000.

- Vázquez Vera, Norma Olivia. *Principales problemas de la industria editorial en México*. México: UNAM, Escuela Nacional de Economía, 1968. (tesis de licenciatura)
- Velásquez Andrade, Manuel. *Moral ocasional*. Monografías Pedagógicas. Edición facsimilar. México: Editorial Libros de México, 1981.
- Villoro, Luis. *En México, entre libros. Pensadores del siglo XX*. México: El Colegio Nacional, Fondo de Cultura Económica, 1995.
- Zaid, Gabriel. (Comp.) *Daniel Cosío Villegas. Imprenta y vida pública*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Zaid, Gabriel. *Los demasiados libros*. México: Océano 1996.
- Zahar Vergara, Juana. *Historia de las librerías de la Ciudad de México: evocación y presencia*. 2ª ed. México: Plaza y Valdés, 2000.
- Zoraida Vázquez, Josefina. (et al.) *Ensayos sobre historia de la educación en México*. México: El Colegio de México, 1999.
- Zoraida Vázquez, Josefina. *Nacionalismo y educación en México*. 2ª Reimp. México: El Colegio de México, 2000.

REVISTAS Y SUPLEMENTOS CONSULTADOS

A pie. *Crónicas de la Ciudad de México*. Años: 2003-2006

Revista Universidad de Antioquia. Número 253, julio-septiembre 1998, Medellín, Colombia.

Sábado, Suplemento cultural de **UnomásUno**

La Cultura en México, Suplemento cultural de Siempre! 1962-1965

Tierra Adentro. Número 103, abril-mayo del 2000. México